LAS INVASIONES BÁRBARAS



14

Claudio
AZZARA



Universidad de Granada
Universitat de València





*nota: en esta versión faltan los mapas excepto uno, una página del índice, la última página del índice de nombres y la primera de la nota bibliográfica

Título original: *Le invasioni barbariche*

LAS INVASIONES BÁRBARAS.
ISBN: 84-338-3124-0.
ISBN: 84-370 5946 1.
Depósito legal: GR./740-2004.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de Cubierta: Rosa María Rodríguez Mérida.
Fotocomposición: Natale's S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain *Impreso en España*

INTRODUCCIÓN

Pocos temas en la historia occidental han tenido la capacidad de atraer con idéntica carga de sugestión a estudiosos y a la imaginación popular como las migraciones (o, desde el punto de vista de los romanos, las invasiones) bárbaras. O lo que es lo mismo, el vasto fenómeno de desplazamientos en cadena desde Asia a Europa protagonizado por poblaciones heterogéneas que, a partir de los siglos IV-V d. C., acabaron estableciéndose en espacios distintos a sus áreas de origen, a menudo en suelo antes adscrito al Imperio romano. Baste recordar, a modo de ejemplo, el léxico moderno, en el que ha pervivido el nombre de una de aquellas estirpes antiguas, los vándalos, y el de un rey huno, Atila, ambos ligados a episodios del siglo V, como sinónimos de comportamientos de violencia ciega y devastadora; o el uso de los términos «bárbaro», «barbárico», «barbarie», aplicados con asiduidad a individuos o actos caracterizados por una rudeza salvaje y primitiva.

Pero, a la vez, también es cierto que pocos argumentos como éste que tratamos se han prestado con tanta frecuencia a actualizaciones impropias, condicionadas por la coyuntura del momento, o a formaciones ideológicas muy notables: son riesgos no siempre fáciles de evitar, teniendo en cuenta el

nexo que liga de manera indisoluble las invasiones bárbaras a un acontecimiento que forje una época como la caída del Imperio romano de Occidente, percibido por nuestra cultura como el epílogo mismo del mundo antiguo. En este sentido se construyó entre finales del siglo XIX y principios del XX una interpretación del declive de la civilización grecorromana, de sus altos y peculiares valores, que la entendía «asesinada» por un enemigo exterior (según la conocida formulación de André Piganiol), los bárbaros, precisamente. Se constituiría, así, en una especie de modelo, de prefiguración, de la muerte de la civilización occidental moderna, asesinada por los «nuevos bárbaros», identificados con los bolcheviques y las «masas» emergentes, opuestas a las elites sociales en declive irreversible. Semejantes posiciones, faltas evidentemente de corrección histórica, han gozado de larga fortuna: recuérdese el éxito de un libro de título tan indicativo como *La decadencia de Occidente* (*Der Untergang des Abendlandes*), de Oswald Spengler, escrito entre los años 1918 y 1922. También han tenido gran repercusión las igualmente inconsistentes lecturas en clave racial, y racista, que pretendían contraponer a una romanidad tardía corrupta y decadente la fresca energía de las nuevas gentes germánicas, éticamente íntegras y detentoras de valores guerreros específicos. Respecto a este último punto, vale la pena aclarar desde ahora que, como veremos, la pretendida unidad germánica, una *Germanentum* de connotaciones peculiares, resulta sólo una fallida construcción realizada a escuadra y cartabón, forzando, o, en la mejor de las hipótesis, mal interpretando los testimonios de las fuentes. En realidad, los pueblos bárbaros fueron un crisol de diversas culturas forjadas en un clima de fortísima contaminación (al que tampoco fueron ajenas influencias romanas). Por lo demás, resulta imposible utilizar como sinónimos los términos *germano* y *bárbaro*, dado que la germánica fue sólo una de las múltiples componentes de la heterogénea galaxia bárbara, compuesta en gran medida por nómadas procedentes de las estepas de la Europa oriental y de Asia, que ejercieron una profunda influencia sobre las tribus germánicas.

Si los mitos historiográficos que hemos recordado han sido propios, en particular, del pensamiento autoritario y antidemocrático de la extrema derecha política, tampoco han faltado interpretaciones abiertamente infundadas en un contexto marxista. De este modo se ha pretendido identificar en la ideal sociedad germánica arcaica el arquetipo de una «democracia», caracterizada por formas asociativas de tipo comunitario y tendencialmente igualitarias, de una «libertad germánica» opuesta al orden autoritario y esclavista del Imperio romano

Las distintas posiciones adoptadas frente al fenómeno son consecuencia de las diferentes fórmulas utilizadas para identificarlo: los historiadores franceses e italianos, reflejando el sentimiento de los habitantes de territorios del Imperio que vieron llegar a los bárbaros, prefirieron utilizar la locución «invasiones bárbaras», que implica un juicio de valor acerca de la superioridad de la civilización grecolatina. Por su parte, la cultura germana introdujo el término «migración de pueblos» (*Völkerwanderung*), más neutro y de uso sustancialmente más correcto, para realizar una descripción objetiva de lo que sucedió, aunque en su origen subyace el intento de «revalorizar» la parte bárbara, o mejor, «germánica». En definitiva, este tema sufre como pocos condicionamientos y distorsiones de valor y queda expuesto continuamente al peligro de la sugestión del presente: los mismos fenómenos migratorios que constituyen el desplazamiento en la actualidad de grandes masas humanas desde las regiones menos favorecidas hacia aquellas otras más desarrolladas económicamente, corren el riesgo de ser también equiparados a las antiguas *Völkerwanderungen*. Es un recurso que se adopta por parte de quien, frente al acoso del cambio, está dispuesto a vaticinar el fin del orden establecido.

El periodo histórico en el que se enmarca la época de las invasiones bárbaras, que ocupa, para usar categorías convencionales, la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media, al menos desde el siglo IV hasta los siglos X-XI, es objeto en la actualidad de un interés historiográfico particular, que está

permitiendo introducir modificaciones sustanciales en muchos de los conocimientos adquiridos. En particular, la época bajo imperial se considera cada vez más como una etapa de valor intrínseco, dotada de dinámicas internas propias y de trazos específicos. Ha dejado así de quedar reducida —tal y como ha estado durante largo tiempo— al rango de simple fase final de la secular parábola del Imperio, sólo marcada por las señales de la inevitable e irreversible decadencia. El proceso de transición del mundo antiguo al medieval es por fin aprehendido en toda su complejidad y graduación, marcado por un complicado juego de persistencias y transformaciones que afectan a los diversos ámbitos, en vez de ser reducido a la rígida contraposición de un «antes» y un «después» divergentes, separados por una cesura neta. Muchos de los trabajos más recientes se mueven en esta dirección, apoyados en una labor interdisciplinar, ya imprescindible, y en oportunos cruces de experiencias historiográficas diversas. Así sucede, por ejemplo, con las aportaciones elaboradas en el seno de la *European Science Foundation*, dedicada precisamente al estudio de la «transformación del mundo romano» (*Transformation on the Roman world*) entre los siglos IV y VIII.

El mundo de las tribus bárbaras está siendo también examinado a través de una aproximación profundamente renovada, que recurre ampliamente a resultados y metodologías procedentes de otras ciencias, desde la etno-antropología hasta la arqueología. Al prestar más atención al dato material, es posible acceder a un conocimiento más profundo de los fenómenos de aculturación, lo que permite a su vez reconstruir una imagen de los bárbaros más completa que la resultante de la lectura de las fuentes escritas, producto de la cultura latina, es decir, de la memoria generada y transmitida por la *altera pars*. De este modo, se ha podido subrayar el carácter heterogéneo de las diversas poblaciones, fruto de repetidas agregaciones de grupos diversos; recalibrar la naturaleza, y la cronología, de las relaciones entre los bárbaros y la romanidad; deconstruir muchos de los lugares comunes (que se prestan a

fáciles manipulaciones ideológicas) sobre las instituciones que se pretendían típicamente «germánicas», caso de la configuración sacro-militar de la realeza (los jefes bárbaros, en realidad, tenían connotaciones discordantes y estaban condicionados por los modelos romanos), el carácter del nexo de fidelidad personal que unía jefe y guerreros (mucho más elástico de cuanto se creía), los mecanismos de identidad y funcionamiento de la familia germánica, la llamada *Sippe* (menos monolítica y distintiva respecto a otras experiencias de cuanto se creía). La valoración del nuevo orden medieval, de la sociedad que surgió, a largo plazo, del encuentro entre las gentes bárbaras y la civilización romana, se va haciendo también más articulada. Es sensible a las especificidades de los casos particulares, a los diferentes desenlaces surgidos en las distintas realidades territoriales y contingencias históricas, al multiforme desarrollo de combinaciones en los diversos campos, desde las estructuras políticas y administrativas hasta las formas jurídicas, de las expresiones culturales y religiosas hasta los aspectos económicos.

En definitiva, una vez completada la meritoria obra de recuperación de una dimensión crítica apropiada, severa, frente al mito historiográfico y a los forzamientos ideológicos, se retoma la tarea de estudio de las migraciones de pueblos en la Antigüedad tardía y primeros siglos medievales y de argumentos ligados a los últimos siglos de vida del Imperio romano y de la formación de los nuevos reinos de Occidente. Pero ésta se entiende como una labor empeñada en desmontar los viejos axiomas, repetidos vagamente demasiado tiempo, en generar la duda acerca de muchas falsas certezas, más que en aportar nuevos datos positivos, imbuida en un contexto de gran vivacidad y rápida actualización de la investigación. Ante semejante panorama, se hace necesario un esfuerzo de síntesis que, recorriendo de manera ordenada los acontecimientos que se sucedieron, ofrezca un balance acerca del estado de los conocimientos sobre cada aspecto particular e indique las eventuales, y deseables, líneas de desarrollo de la investigación histórica.

CAPÍTULO PRIMERO

ROMA Y LOS BÁRBAROS EN VÍSPERAS DE LAS GRANDES MIGRACIONES

EL BAJO IMPERIO ROMANO

Las transformaciones de la romanidad tardía

El proceso secular de expansión territorial de Roma, que había sabido asimilar a las posesiones incardinadas en la cuenca mediterránea otras tantas zonas centro-septentrionales del continente europeo, hasta llegar a las lejanas islas británicas, concluyó, en su mayor parte, hacia finales del siglo II d. C. En aquellas fechas se fijaron los límites que delimitaron un dominio extraordinariamente vasto y que, hasta el ocaso del Imperio de Occidente, en el 476, no conocieron modificaciones de particular relevancia. El confín occidental lo constituía el Océano Atlántico, al que se asoman la Península Ibérica y la Galia, quedando aislada la Britania, separada a su vez de la Irlanda de los escotos por un trecho de mar y protegida frente a la Escocia de los pictos gracias a un muro levantado por el emperador Adriano (117-138 d. C.). Al sur,

la reducida franja de tierra que constituía el África romana quedaba encerrada entre el mar Mediterráneo y el desierto del Sáhara, en cuyo borde un sistema de fortificaciones defendía el Imperio frente a las belicosas poblaciones beréberes. El *limes* oriental dividía las regiones romanas de Asia Menor, Siria y Palestina, del reino de los partos y del Imperio sasánida de Persia, mientras que algo más al norte se asomaban a las costas asiáticas del mar Negro Ponto y Tracia. En esta última se fundó, en el 330, por voluntad del emperador Constantino, la ciudad de Constantinopla, destinada a recoger y mantener durante largo tiempo la herencia de Roma. Por último, en el corazón del continente europeo, el importante confín septentrional seguía los cursos del Rin y del Danubio y separaba el mundo romano del tumultuoso y poco conocido mundo de los bárbaros.

A partir del siglo III, finalizada la fase expansiva, se inició una etapa de consolidación y organización de las áreas conquistadas, protegiendo las mismas de las amenazas externas. El Imperio hubo de adecuar las instituciones surgidas en época republicana y augustea al nuevo, y muy diferente, cuadro político-territorial, que se presentaba nada homogéneo y se caracterizaba por fortísimas especificidades internas. El objetivo entonces era mantener unidas y en solidaridad con Roma las distintas realidades locales, garantizando el mantenimiento de la correcta relación de intercambio entre la percepción de los recursos de las provincias a través del fisco, por un lado, y la protección militar y de los servicios esenciales a la misma, por otro. La apuesta consistía en evitar la unificación forzosa de esta diversidad, en consonancia con la mejor tradición romana de valoración de las autonomías, procurando crear una nueva dialéctica, ordenada y funcional, entre el centro y la multiforme periferia del Imperio, utilizando para ello el instrumento de una renovada máquina burocrática, necesariamente compleja. El esfuerzo de transformación de las instituciones fue enorme: desde las reformas de los Severos (193-235 d. C.) a las de los reinados de Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337), con el paréntesis de la

convulsa cincuentena de la llamada «anarquía militar» del siglo III, marcada por feroces luchas intestinas por el control del cargo imperial. El proceso tuvo como resultado el desarrollo de una fórmula estatal absolutamente novedosa en el mundo antiguo. Ésta no se limitó a gestionar aspectos administrativos, sino que caló en todos los sectores de la vida pública, desde la ideología a los mecanismos institucionales y políticos, hasta las fórmulas de consenso y al papel mismo del emperador.

El periodo comprendido entre los siglos III y V de la era cristiana se percibe, desde hace tiempo, en el ámbito historiográfico como una unidad bien definida y delimitada, conocida bajo el nombre de «Antigüedad tardía» o «Bajo Imperio». Una dilatada tradición, inaugurada con la imprescindible *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano (History of the decline and fall of the Roman empire)*, de Edward Gibbon, aparecida en 1788 y que ha ocupado gran parte de la historiografía de los siglos XIX y XX, que ponía el acento en su interés por la Antigüedad tardía sobre las causas de un evento tan clamoroso como la caída del Imperio de Roma, identificada como el fin mismo del mundo antiguo. De este modo, la época en cuestión fue considerada una trayectoria de decadencia progresiva e ineluctable, que desembocó en el ocaso de una experiencia irrepetible y en la transformación radical del orden de Occidente hasta el desenlace medieval (mientras que en Oriente la civilización romana se habría perpetuado en Bizancio). Por su parte, las investigaciones más recientes, liberadas de la «obsesión» del final del Imperio y de la explicación de las causas del mismo, han reconsiderado oportunamente la Antigüedad tardía, entendiéndola no como una simple etapa final, «determinada» en su conclusión, con un itinerario lineal y ascendente en el tiempo, sino como un momento digno de ser apreciado históricamente como tal, caracterizado por elementos propios y peculiares y por la coexistencia de fenómenos en parte tradicionales y en parte absolutamente nuevos. De este modo, el Bajo Imperio ha sido objeto de un interés renovado y de un número cre-

ciente de estudios específicos, que han superado ampliamente los aspectos económicos que durante un tiempo prevalecieron sobre los referentes a la historia de la cultura y a las expresiones de la religiosidad, siguiendo, a partir de los años setenta, la estela de los afortunados trabajos de Peter Brown.

Se ha abordado desde nuevas perspectivas el estudio de los caracteres de las reformas llevadas a cabo entre Diocleciano, que accede al poder en el 284, y la muerte de Constantino, acaecida en el 337, y se han sometido a relecturas datos hasta entonces considerados incuestionables y que en más de una ocasión han quedado en entredicho. La interpretación tradicional defendía este periodo como una etapa de recuperación posterior (y opuesta) a la crisis del siglo III. Ésta se desencadenó tras el asesinato de Severo Alejandro, en el 235, y se extendería durante medio siglo de máxima inestabilidad política y de continuas guerras civiles que verían sucederse débiles figuras de emperadores respaldados por un ejército que, evidentemente, se había convertido en árbitro de la situación. Todos estos acontecimientos han sido reconsiderados dentro de un contexto más amplio, prestando más atención a un periodo de maduración más dilatado en el que aparecen como hitos diversos de un proceso continuo y no necesariamente lineal. De este modo se han identificado síntomas de la crisis del siglo III en épocas anteriores, atenuando con ello el carácter de novedad rompedora. El mismo esfuerzo de reordenación institucional, administrativa y social que tuvo su máxima expresión en algunas iniciativas de Diocleciano y Constantino, ha sido contextualizado en un arco cronológico más amplio.

Las innovaciones introducidas a lo largo de este periodo de reorganización general no dejaron intacto ningún campo. En respuesta a la inestabilidad institucional de la cincuentena precedente y con objeto de impedir nuevos vacíos de poder y eventuales disputas sucesorias, Diocleciano introdujo en el 293 una tetrarquía que sancionaba la presencia de dos augustos, uno para Oriente y otro para Occidente, junto a dos césares, destinados a remplazar a aquéllos. La ciudad de Roma perdió

su estatuto de única sede del emperador, desde el momento en que los soberanos adoptaron residencias que trasladaban de una ciudad a otra (Sedica, Nicomedia, Antioquia, Tréveris, Milán). A partir de entonces, la antigua capital experimentó un proceso de marginalización, a pesar de que mantuvo el prestigio derivado de sus antiguas prerrogativas políticas; por lo demás, la fundación de Constantinopla, en el 330, contribuyó a desplazar el eje político hacia Oriente de manera progresiva, aunque ineluctable. Se emprendió una reorganización profunda del ejército, que afectó a su estructura, a los modos de actuación, y, con objeto de afrontar su creciente necesidad de recursos, se modificó el sistema fiscal, introduciendo nuevos criterios de cobro en especie. En un intento de frenar la crisis económica, se tomó la iniciativa, en el 301, de imponer tasas de precios por edicto, que se reveló vana. Por su parte, la reforma administrativa, que, entre otras cosas, supuso la reducción de la extensión de las provincias (con el consiguiente aumento de su número total) y una separación neta de los poderes civil y militar, dio como resultado el incremento del cuerpo burocrático.

La dinámica real y los efectos precisos de todas estas reformas son difíciles de reconstruir. Se trata de un déficit provocado en gran medida por la naturaleza de las fuentes de que disponemos, fuertemente condicionadas por la parcialidad y por los prejuicios —de matriz generalmente religiosa— acerca de las figuras de Diocleciano y Constantino, que dan lugar a valoraciones antitéticas de la actuación del emperador pagano o del cristiano, en función del credo desde el que se los analizara. Pero, más allá de los juicios de valor vertidos acerca de medidas particulares, es posible, al menos en el estado actual de los conocimientos, concluir (y, necesariamente, simplificar algo) que el resultado del colosal esfuerzo llevado a cabo por el Imperio para adecuarse a una nueva situación se puede considerar un fracaso. El sistema económico a escala «mundial» propio del sistema del Bajo Imperio y tan diferente del vigente en épocas anteriores, surgió como resultado directo de la unificación política que Roma llevó a

nomías que había caracterizado tradicionalmente al Imperio romano, dispuesto siempre a dejar que las distintas comunidades se rigieran conforme a los usos locales y a los ordenamientos jurídicos propios, permitiendo, de este modo, al Estado, gobernar un territorio mucho más amplio con un aparato gubernativo mucho más reducido. A esta difícil situación económica y a la nueva orientación político-administrativa se sumaron, y no por casualidad, diversas revueltas sociales surgidas durante el siglo IV y primera mitad del siglo V en el medio rural, sobre todo, en varias provincias del Imperio, desde Galia e Hispania hasta África. Fueron movimientos que aglutinaron las diferentes esferas sociales, económicas y en muchos casos religiosas, movilizadas en torno a la voluntad de reafirmación de una identidad étnica definida, en el seno de grupos que no aceptaban la homologación que suponía la romanización de sus países. Algunos estudios recientes han puesto de relieve la realidad étnica y cultural de las provincias del Bajo Imperio, nada pacífica ni homogénea. En su seno persistían especificidades locales vivas y conscientes, vigentes sobre todo en los estratos inferiores de la población, de matriz heterogénea respecto a la romanidad (céltica en Galia e Hispania, beréber en África) y capaces de oponer resistencia a los modelos culturales y políticos impuestos por el Imperio, mejor asimilados entre las elites. Entre los ejemplos posibles aparece el caso de los llamados *bagaudas* de la Galia (presentes, con algunas diferencias, también en Hispania), campesinos de origen céltico protagonistas de insurrecciones que en un primer momento fueron extinguidas con el uso de la fuerza por parte de Diocleciano, en los años ochenta del siglo III, aunque se repetirían en épocas posteriores. O el famoso movimiento donatista, que, surgido a partir de una polémica religiosa (condenada como herejía en el concilio de Arlés del 314), se extendería por las regiones africanas, movilizando a las masas urbanas y a los campesinos beréberes en una clave fundamentalmente antirromana y suscitando una polémica con los estratos urbanos medios y altos, favorables a la autoridad imperial.

En resumidas cuentas, el cuadro social del Bajo Imperio era mucho más complejo y conflictivo de lo que generalmente se ha considerado, incluso en el plano cultural y étnico. La extensión de la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio, que se hizo efectiva en el 212 con la *Constitutio Antoniniana* de Caracalla, se limitó a aplicar una simple denominación común a una pluralidad de identidades locales y étnicas irremediablemente heterogéneas entre ellas. A este complicado cuadro de transformaciones institucionales, involución económica, descontento social y particularidades mal integradas, viene a sumarse un estado creciente de dificultades militares en las diversas fronteras del dominio romano a partir de la segunda mitad del siglo III. La sustitución del reino de los partos por parte del Imperio sasánida en el 224 supuso la aparición de un nuevo y agudo peligro en Asia, si bien el problema principal lo representaba la frontera europea, violada repetidamente por las incursiones de las tribus germánicas, cada vez más frecuentes desde tiempos de Marco Aurelio (161-180 d. C.). Volvieron a fortificarse los centros urbanos de las provincias amenazadas y la misma Roma quedó protegida por Aureliano con una nueva muralla en el 271. La constante emergencia bélica exaltaba irremediablemente el peso del ejército, sobre el que se fundaban también las estructuras políticas, componiendo un cuadro de «militarización» de las instituciones favorecida por una concomitancia de factores. Casi todos los emperadores que se sucedieron entre el 235 y el 284 (es decir, entre el reinado de Severo Alejandro y el de Diocleciano) fueron creados por el ejército, que los impuso en el poder. El aparato militar, que ya no estaba encargado, como en un tiempo, de extender las conquistas de Roma, sino de proteger a un Imperio en dificultades frente a la creciente marea de los bárbaros, acabó por rebelarse, paradójicamente, a causa de los criterios de reclutamiento y organización adoptados y que constituyeron uno de los principales vehículos de afluencia de bárbaros al mundo romano.

Las graves crisis militares y las luchas intestinas del siglo III obligaron al ejército romano, cuya importancia había sido ya puesta de relieve gracias a las reformas de Septimio Severo (193-211), a elevar de manera considerable su propio cuerpo y, en consecuencia, a aumentar sensiblemente sus costes de mantenimiento. Por otro lado, los soldados, hasta entonces situados a lo largo de los confines externos del Imperio, vigilando las fronteras, fueron trasladados en número cada vez mayor hacia el interior de las provincias, provocando un fuerte impacto en la vida de las mismas. La nueva situación quedó institucionalizada gracias a las reformas militares de Diocleciano y, más tarde, a las llevadas a cabo por Constantino. A lo largo del siglo IV, la crisis monetaria que azotaba el Imperio estimuló la práctica de pagos en especie a los soldados, que se concentraron, fraccionados en unidades más pequeñas, en las proximidades de los principales centros de abastecimiento. Las prácticas de la *annona militaris* (abastecimiento de grano para el ejército) y de la *angareia* (transporte militar), ni mucho menos novedosas, conocieron un incremento de sus proporciones espoleadas por las crecientes necesidades de las tropas: su recaudación irregular provocaba el descontento de la población, lo que motivó a Diocleciano a fijar plazos muy precisos. A los habitantes de las provincias también resultaba muy gravosa la obligación de alojar a los soldados en sus propias casas, así como la demanda, por parte del Estado, de ver aseguradas las levas con un número adecuado de reclutas. Estas últimas, sin embargo, podían ser permutadas por pagos en oro, preferibles a los ojos de las autoridades conforme se hacían más acuciantes las exigencias financieras. En vez de continuar reclutando hombres en las provincias, el Estado acudía cada vez más a la asunción de mercenarios bárbaros, a la vez que procedía a retirar el ejército de muchas regiones: Britania fue abandonada casi por completo, la Península Ibérica prácticamente desocupada, fuertemente reducida su presencia en África septentrional y en

Galia las tropas romanas fueron sustituidas por grupos de bárbaros aliados. En el Occidente del siglo V el ejército de campaña imperial había sido prácticamente sustituido por contingentes bárbaros, llamados a defender Roma frente a los otros bárbaros.

El uso de guerreros bárbaros en el ejército romano representaba, en realidad, una práctica relativamente antigua, completada con otra que los llevaba a dejar prisioneros de guerra en calidad de campesinos en las tierras desprovistas de los mismos. Los guerreros bárbaros movilizados ante el apremio de las necesidades defensivas, los llamados *laeti*, eran particularmente numerosos en Galia, donde los encontramos a partir de la época de Marco Aurelio. El reclutamiento de los bárbaros llegó a ser masivo durante las revueltas del siglo III: las tropas, por ejemplo, que acompañaron en el 238 al emperador Maximino el Tracio hasta Italia para saldar cuentas con el Senado que lo había proclamado enemigo, estaban formadas en su mayoría, además de por individuos de provincias poco romanizadas, por guerreros bárbaros. La defensa de las fronteras se confiaba también cada vez más a tribus bárbaras, reubicadas a lo largo de las mismas y controladas bajo la disciplina de acuerdos precisos: en el siglo IV el fundamental *limes* renano era vigilado por contingentes de francos, alamanes y burgundios que actuaban por cuenta de Roma. El ingreso y distribución de *gentes* en territorio imperial era considerado, sobre todo a partir de un momento determinado, el precio que había que pagar inevitablemente en vista del cambio de fuerzas experimentado, más que como una posible ventaja para el Imperio, que adquiría de este modo nuevos campesinos y nuevos soldados. La estabilización de tribus bárbaras en las provincias imperiales se convirtió en una práctica común, sobre todo a partir del desastre de Adrianópolis del 378, constituyendo una elección estratégica precisa por parte de soberanos como Teodosio o Constancio III y de generales como Estilicón y Aecio.

Su presencia debía ser racionalizada y disciplinada mediante instrumentos jurídicos específicos. Los guerreros bár-

baros enrolados como soldados en el ejército romano eran mantenidos bajo el régimen de *foederatio*, es decir, eran considerados aliados, recibiendo una compensación por el servicio que prestaban. Bajo el término de *foederatio* se agrupaban tropas enteras de entidad numérica y configuración diferentes, comandadas por sus propios jefes tribales y, en general, aunque no necesariamente, activas en las proximidades de sus regiones de origen. Los grupos étnicos de entidad más relevante acogidos por el Imperio para servir al ejército manteniendo la propia identidad nacional, estaban sujetos al sistema de *hospitalitas*, en virtud del cual se les permitía ubicarse en un territorio determinado, recibiendo un tercio de las tierras (o quizás sólo de las cuotas fiscales impuestas sobre las mismas, tal y como se explicará más adelante) para garantizar su sustento. El recurso a la *hospitalitas* se mostraba muy eficaz sobre todo para recuperar situaciones de conflicto, recurriéndose al mismo para pacificar poblaciones belicosas, reconduciéndolas en cierto modo bajo el control de Roma. En todo caso, era un control precario, especialmente cuando los interlocutores eran jefes bárbaros fuertes y con autoridad, con un gran ascendiente sobre la propia estirpe y con la capacidad de tratar con el Imperio desde posiciones de fuerza.

Tras las medidas adoptadas por Galeno (260-268) para excluir a los senadores de los altos mandos militares, la «barbarización» llegó también a los vértices del ejército. Desde finales del siglo IV, los *magistri militum* eran casi todos bárbaros y constituían una nueva aristocracia de hecho, paralela a la senatorial, sostenida por la fuerza de las armas. Generales de origen bárbaro como Estilicón, Arbogasto, Aecio (que no era bárbaro, aunque había crecido entre los hunos) o Ricimero, fueron protagonistas de rápidas y muy afortunadas carreras y jugaron un papel clave en el equilibrio político del Imperio de Occidente, llegando uno de ellos, Odoacro, a cumplir el gesto extremo de deponer al último emperador en el 476. Semejante evolución no se produjo, sin embargo, en la *pars orientis*, donde la tendencia quedó bloqueada para

siempre tras el asesinato en el 400 del general godo Gainas, que tenía en jaque al mismo emperador Arcadio, y de miles de sus congéneres. Desde entonces, Constantinopla prestó mucha atención a no dejar demasiado espacio en sus fuerzas armadas a los bárbaros.

Los autores antiguos coinciden al identificar y denunciar los principales males que afectaban a la estructura defensiva del Bajo Imperio: desde los costes excesivos del ejército, fuente de graves alteraciones de todo el sistema fiscal, hasta el debilitamiento de la presencia en las fronteras; desde el exceso de bárbaros en las fuerzas armadas, hasta la influencia exorbitante asumida por potentes generales, a menudo también ellos de origen bárbaro, y no sólo en la vida militar sino también en la política. Pero aún cuando se ha de reconocer la validez de este análisis en sus planteamientos de base, los estudios más recientes tienden a interpretar en clave crítica los testimonios de los escritores de la edad clásica, que dejan con ello de ser consideradas fuentes de datos positivos. De hecho, las observaciones que se encuentran en las mismas están viciadas por prejuicios, desligados del objeto específico y dependientes de criterios de valoración heterogéneos. Así sucede, por ejemplo, una vez más, con las apreciaciones formuladas por escritores paganos respecto a la acción de los emperadores cristianos (caso de las poco generosas, e impropias, acusaciones que vierte Zósimo sobre Constantino acerca de haber debilitado las defensas del Imperio). Resulta oportuno adoptar idéntica cautela a la hora de arrojar balances cuantitativos acerca de la composición del ejército bajo imperial: cálculos basados en fuentes como la *Notitia Dignitatum* (inicios del siglo V), o el historiador Agazia (de finales del siglo VI), han llevado a estimar aproximadamente en 600.000 hombres la entidad del ejército regular durante aquel periodo, cantidad que refleja con toda probabilidad un organigrama teórico y no una situación efectiva. Sin embargo, el análisis de fuentes materiales permiten poner en duda datos considerados hasta ahora incuestionables, como ocurre con la teoría ampliamente difundida de la «defensa en profundidad» que

buscaba la organización militar de Diocleciano (con una primera línea de protección en la frontera, destinada exclusivamente a mantener entretenido al enemigo hasta la organización definitiva del ejército itinerante situado a sus espaldas y que llevaría a cabo la intervención definitiva). Aunque muchas cuestiones específicas deben, por tanto, ser recalibradas en virtud de ulteriores y puntuales investigaciones, mantiene su validez la percepción general de la amplitud de las consecuencias que la «barbarización» tuvo sobre el ejército bajo imperial. En primer lugar, alteró de manera muy relevante la estructura de las fuerzas armadas (incluso en lo relativo a la técnica militar, con un aumento progresivo del papel de la caballería pesada y otras innovaciones). Además, la necesidad de aumentar los pagos de los sueldos de los *foederati* incrementó de manera notable las necesidades financieras del ejército. Por otro lado, este fenómeno contribuyó a multiplicar los contactos entre la civilización romana y los pueblos bárbaros, acelerando los procesos de asimilación y permitiendo la absorción de los elementos bárbaros más emprendedores en el tejido social y en las jerarquías del Imperio. Lejos de demostrarse una medida realmente válida para contrarrestar a largo plazo la presión cada vez más fuerte que se ejercía sobre las fronteras del Occidente romano, la creciente presencia bárbara en el ejército imperial debe ser entendida como una especie de anticipación, de «vanguardia», de dimensiones reducidas (y sin la misma carga dramática) de las grandes oleadas migratorias que se abatirian bien pronto sobre el mundo romano con efectos devastadores.

El sentimiento del final y la percepción romana de los bárbaros

La imagen de la Antigüedad tardía como una época de crisis espiritual generalizada entre todos los estratos de la sociedad, frente a los problemas cada vez más graves con los que se debía medir, hasta el punto de constituir un terreno

propicio para el surgimiento de nuevos fermentos religiosos (explicando con ello el rápido arraigo del cristianismo), está tan consolidada que corre el riesgo de convertirse en un lugar común en la historiografía. Por otro lado, resulta innegable que las crecientes dificultades internas y externas debieron agudizar significativamente el sentido de precariedad en la existencia de los individuos y de la misma civilización romana, si bien ésta no era una sensación completamente nueva.

La larga época de estabilidad y bienestar que siguió a la imposición de la *pax augusta*, que se pretende inaugurada en el 27 a. C., había atenuado, aunque no apagado, un sentimiento profundamente arraigado en la cultura grecolatina y relativo a la ineluctabilidad del fin de los imperios, incluido el romano. La idea de un envejecimiento en cierto modo «biológico» y, por tanto, de una decadencia progresiva, de la civilización de Roma continuó manifestándose a lo largo de todo el periodo en la obra de autores muy diferentes, desde Lucrecio a Petronio, desde Quintiliano a Tácito, desde Floro a Séneca el Viejo, refiriéndose a ámbitos diferentes y con acentos desiguales entre ellos. En todo caso, el sentido de un declive del que no se podía escapar acompañó al desarrollo mismo del Imperio. Como reacción a este sentimiento fue afianzándose el culto a todo lo que era antiguo, expresión de una voluntad de cristalizar el presente, de conservar, dictada por el temor, la incertidumbre ante toda forma de innovación y de cambio. Esta percepción asumía tonos de una crisis de fe en la posibilidad de un desarrollo, casi de una manifestación de saciedad por parte de una sociedad que, en palabras de Aldo Schiavone, «creía haber alcanzado todo y había transformado las condiciones de su existencia en un límite insuperable, que obstruía la apertura de cualquier horizonte».

Los convulsos acontecimientos político-militares del siglo III d. C. agravaron e hicieron más explícita la convicción del fin próximo, identificando el término de la experiencia de Roma con el fin del mundo mismo. Estas visiones apocalípticas, presentes también en los ambientes cristianos, a menudo se

basaban en juicios de naturaleza moral y religiosa. Se interpretaba el fin como el justo castigo a un régimen que se había vuelto opresivo y a una sociedad corrupta, o como consecuencia directa de una culpa precisa, fuente de perdición para todos. El sentimiento, cada vez más angustiado, de la próxima decadencia de la civilización romana se ligó bien pronto a una creciente conciencia de la amenaza constituida por la salvaje y turbulenta masa de los bárbaros, que presionaban en las fronteras del Imperio y que eran contenidos cada vez con más dificultad. La identificación entre el sentimiento y la realidad debió agudizarse tras acontecimientos excepcionalmente graves como la derrota de Adrianópolis en el 378, o el saqueo de Roma del 410. Pero lecturas aisladas, precocísimas, como las de Hipólito o Comodiano, habían captado ya en el siglo III, al menos en parte, los signos de una crisis inminente en la violencia de los bárbaros, en la ocupación progresiva, por parte de éstos, de parcelas del ejército romano y en la disgregación de la unidad imperial a través de los impulsos centrífugos surgidos en las diversas realidades étnicas locales. En el reconocimiento de la causa del fin de Roma y, por tanto, del mundo, iba remitiendo la sensación de constituir un fenómeno de decadencia interna, la corrupción moral e institucional, frente a la conciencia del peligro externo representado por las tribus bárbaras.

Ya a finales del siglo IV aparece en los textos literarios el término *Romania* con el significado de «civilización romana», netamente opuesta a la *barbaries*. Los paganos y los cristianos más cultos, movidos por la misma preocupación ante la suerte del Estado frente a las incursiones bárbaras, demostraron una aversión por éstos que reproducía la aversión del hombre civil por los pueblos incultos y salvajes. En los cristianos, este sentimiento sería alimentado posteriormente, tras Constantino y Teodosio, con la identificación de la unidad y de la universalidad de su religión con la unidad y universalidad de un Imperio finalmente cristiano. La posible caída de Roma, en las pesarosas palabras de Lactancio o de Jerónimo, era interpretada como un signo explícito del

próximo fin de los tiempos. Por lo demás, la Biblia misma proponía pasajes que sugerían abiertamente la idea de una amenaza terrible, hasta el punto que Ambrosio, estimulado por una cierta asonancia literaria, identificaba fácilmente a los Gog y Magog del *Apocalipsis* con los temidísimos godos.

La voz *barbarus*, que, en su origen griego, designaba genéricamente al extranjero, al que se expresa en una lengua incomprensible, había asumido con el tiempo una connotación negativa, de desprecio. Se aplicaba a las poblaciones hostiles y primitivas con las que el Imperio de Roma debió medirse en el curso de su propia expansión territorial y que permanecían confinadas al otro lado de sus fronteras. La imagen de los bárbaros, de cuyas auténticas expresiones culturales y riquísimas articulaciones tribales se desconocía casi todo, se forma a través de numerosos estereotipos y descripciones sumarias, a menudo abiertamente fantasiosas. Naturalmente hablaban idiomas ininteligibles, vivían según costumbres salvajes y demostraban un aspecto semifiero, presentándose medio desnudos, sucios y malolientes. En sus relaciones se demostraban inconstantes, impulsivos e infieles, dueños de una astucia siempre tendente al embrollo. En la guerra se batían con una audacia que rayaba en la temeridad, pero también eran desorganizados y faltos de táctica; además, se desanimaban con facilidad en situaciones adversas. La exageración llegaba hasta atribuirles un ciego furor bélico que les llevaba a comer carne cruda y a beber la sangre del enemigo muerto, confirmando su naturaleza cuasi animalesca (quizás semejantes testimonios tengan una base, deformada en su planteamiento posterior, constituida sobre auténticas prácticas mágico-culturales). En todo caso, el mundo de los bárbaros aparecía a ojos de los romanos como una galaxia poco conocida y poco interesante, observada desde una perspectiva negativa y entendida en conjunto como hostil: estaba integrada por gentes amenazadoras, obligada a llevar una existencia en regiones frías y desfavorables y, por tanto, siempre dispuestas a ponerse en marcha para trasladarse a las cálidas y fértiles regiones mediterráneas, depredándolas.

Al tiempo que sucedía todo esto, aparecían también otros textos en los que se presentaba a los bárbaros en términos muy positivos, considerándolos una especie de «buenos salvajes», éticamente íntegros y dotados de múltiples virtudes (coraje, vigor, lealtad, rectitud, pudicia, sobriedad, religiosidad), como un ejemplo a presentar frente a las cada vez más corruptas costumbres romanas. Tácito, entre muchos otros ejemplos, describe en esta línea a los germanos, al igual que hace Pompeyo Trogo o Justino, refiriéndose a los escitas. Eran evidentes deformaciones con fines moralizadores, que pretendían antes que nada criticar la sociedad imperial contemporánea, exaltando las virtudes cultas como propias de la Roma arcaica, ahora proyectadas sobre las «jóvenes» tribus bárbaras. De todos modos, la imagen proyectada de los bárbaros resultaba ser, al igual que en el caso opuesto, una abstracción, ni mucho menos un retrato objetivo y puntual de quienes vivían al otro lado del *limes*.

Independientemente de las formas de percepción del bárbaro, la cultura romana se planteó el problema de elaborar conceptualmente, y traducir en comportamientos concretos, los modos de expresión de las relaciones con las tribus bárbaras con las que tomaban contacto. Las soluciones adoptadas fueron discordantes entre sí. Al precipitarse los acontecimientos y la situación en general, buena parte de la sociedad romana confiaba en la vuelta de una condición pacífica a cualquier precio, sofocando de una vez por todas la violencia de los bárbaros con la fuerza de las armas (que a esas alturas era ya una utopía). Los más realistas confiaban en componer una paz a través de pactos y acuerdos y con la ubicación de poblaciones bárbaras en provincias de la periferia. Se esperaba que las tribus desplazadas a lo largo del *limes*, más romanizadas gracias a los contactos frecuentes con el Imperio, actuaran como colchón de protección frente a los otros bárbaros, tanto más salvajes cuanto más alejados, incluso geográficamente, de la romanidad. Los tonos hostiles frente a los bárbaros se acentuaron tras Adrianópolis, criticando cualquier conducta susceptible de ser interpretada como una señal

de debilidad frente a ellos: se soñaba con que el pueblo romano, tras recuperar un improvisado —e improbable, dada la situación— vigor, pudiera expulsarlos definitivamente con la fuerza de las armas. O cuando menos se esperaba que un éxito del ejército romano, seguido de actos de benévola disponibilidad de parte de los emperadores frente a los vencidos, abriría las puertas a una pacificación general. En tales términos se expresaban tanto los textos paganos, caso de los *panegíricos* redactados en la Galia para los emperadores de los siglos III-IV, o el poeta Claudiano, como los cristianos, caso de Eusebio de Cesarea o de Juan Crisóstomo. Aún se confiaba en la capacidad defensiva del Imperio y en la protección que se ejercía desde las fronteras y, por tanto, se alababa a los soberanos que, como Juliano o los Valentinianos, se dedicaron escrupulosa y eficazmente a cuidar y vigilar el *limes*. Pero la confianza en las estructuras defensivas disminuyó a partir de las incursiones de Alarico en Italia, entre los años 401 y 410. Desde ese momento la confianza en las funciones de tutela ejercidas por el *limes* fue sustituida por la fe en la habilidad personal del general victorioso, único elemento de garantía real para una Roma expuesta a cualquier peligro.

En la *pars occidentis* del Imperio, los sentimientos de hostilidad cerrada hacia los bárbaros —cada vez más presentes en el interior de las fronteras— alternaban con múltiples expresiones de aceptación y actuaciones políticas tendentes al diálogo y a un esfuerzo de asimilación —llevados a cabo por generales como Estilicón o Aecio—, salpicadas por esfuerzos desesperados de reacción militar (como sucedió con el asesinato de Estilicón, que era vándalo y que fue acusado de excesiva flexibilidad frente a sus semejantes bárbaros). También hubo actuaciones tendentes a un repliegue defensivo puro y duro, como el traslado en el 402 de la residencia imperial desde Milán a la bien protegida Rávena, o como la consideración de Constantinopla como único y auténtico baluarte del Imperio, al haber reaccionado de manera más contundente que el Occidente frente al peligro exterior. De hecho, en Oriente se había demostrado más compacta la reacción

frente a los bárbaros, a quienes, desde la famosa matanza de godos del 400, se había prohibido el acceso a las jerarquías del Estado y del ejército, a la vez que se vigilaba y protegía el territorio frente a cualquier infiltración significativa. De este modo, Constantinopla retomaba la senda de la milenaria tradición helénica de intransigencia radical frente a los bárbaros, asumiendo plenamente el papel de heredera genuina de Roma.

Occidente, en cambio, había apostado por una mayor flexibilidad, y mientras en las diversas provincias (desde la Galia de Rutilio Namaciano y Sulpicio Severo, al África de Víctor Vitense, pasando por la Italia de Símaco, Ambrosio y de Jerónimo) se elevaban simultáneamente quejas frente a la debilidad de las instituciones y de su excesiva dependencia de los bárbaros, la clase dirigente romana se veía obligada a su pesar a continuar manteniendo relaciones con los grandes generales bárbaros, más o menos asimilados y considerados más o menos útiles a los intereses de Roma. Con el paso del tiempo, y al multiplicarse los casos de asentamientos estables de tribus bárbaras en los confines del Imperio, la actitud de la cultura romana, cada vez más cristianizada, experimentaba un lento cambio. Bien como capitulación ante una situación de hecho difícil de modificar y a la que de algún modo había que ajustarse, o bien como resultado del surgimiento de auténticas fórmulas de apertura y diálogo y, de parte cristiana, formas embrionarias de pastorales, lo cierto es que la situación cambiaba. Se perfilaba la posibilidad de asimilar las *gentes* en el mundo romano a través de la cristianización, tal y como había sucedido inicialmente con las primeras tribus a través de formas heréticas como el arrianismo, con excepción de los francos, que pasaron directamente del paganismo a la ortodoxia católica. Las posiciones del cristianismo también mantuvieron una fuerte articulación, condicionado, en las diferentes provincias y en momentos diversos, por la situación. De este modo, frente a un Víctor Vitense que, testigo de las devastaciones provocadas en su África por los vándalos, continuaba considerándolos fieras irredimibles, Salviano de

Marsella oponía, en un tono moralizante, los vicios del corrupto mundo romano a la pureza de las virtudes bárbaras. Por lo demás, el problema de la presencia bárbara en los autores cristianos quedaba generalmente impregnado de tonos providencialistas (no ajenos tampoco a algunos autores paganos). La violencia de los bárbaros, tan temida, podía ser considerada un vehículo del justo castigo divino a los pecados cometidos por los romanos, o bien, en vez de una simple masa hostil, podían ser vistos rebaños de almas ofrecidas a la evangelización por voluntad de Dios.

Tras el 476, el problema de las relaciones con los bárbaros no se vuelve a plantear en los términos de una simple coexistencia o de formas genéricas de contacto, sino como una aceptación mucho más concreta de su dominio en muchos territorios imperiales. En esta lenta y difícil construcción del nuevo orden, la Iglesia, que ya había sustituido de hecho a las decadentes autoridades civiles romanas, jugó un papel primordial en las relaciones con los nuevos señores bárbaros, al poder valerse para ello del canal de comunicación constituido por el mensaje religioso. En semejante situación, «romano» se identificaba con «católico», mientras que los auténticos «bárbaros» continuarían siendo sólo aquellos que quedaran fuera de la cristiandad.

Los bárbaros

La galaxia bárbara

Conocemos el mundo de los bárbaros a través de testimonios escritos que, además de escasos en su conjunto, son ajenos al mismo. Las noticias proceden de la descripción de los mismos por parte de observadores griegos y latinos, en particular de los célebres retratos contenidos en los *Comentarii belli Gallici* de Julio César, escritos entre el 58 y el 52-51 a. C., y, sobre todo, en el *De origine et situ Germanorum* de Tácito, redactado en el 98 d. C., la única obra autónoma de

carácter etnográfico dedicada a una población extranjera que nos ha legado la Antigüedad clásica. Las tribus bárbaras, de cultura eminentemente oral, no dejaron testimonios escritos sobre sí mismas de entidad apreciable, si exceptuamos las pocas inscripciones rúnicas, breves, a menudo difíciles de descifrar y, en todo caso, avaras en noticias históricamente útiles. El primer documento redactado en un idioma bárbaro es un texto de naturaleza completamente extraña a su ámbito cultural: la traducción de la Biblia vertida a la lengua gótica por el obispo Ulfila hacia mediados del siglo IV d. C.

Los mismos grandes autores altomedievales de origen bárbaro, como el godo Jordanes (del siglo VI), el franco-burgundio Fredegario (del siglo VII), el anglosajón Beda y el lombardo Pablo Diácono (ambos del siglo VIII), que escribieron en latín, muestran en las narraciones acerca de las tribus de las que procedían una gran influencia de la cultura latina y cristiana, que les pertenecía y que les indujo inevitablemente a reinterpretar y remodelar su propia memoria. Sólo en el siglo VII se redactaron textos en lenguas bárbaras generados dentro de las diferentes realidades étnicas, especialmente en ámbito anglosajón, caso de los códigos legales o de poemas como el célebre *Beowulf*. Hay tradiciones más tardías de indudable valor literario, como las sagas escandinavas (entre las que destaca sin lugar a dudas el *Edda*) o poemas épicos elaborados en el mundo feudal, adscritos todos ellos a los siglos XII-XIV. Pero aún cuando tratan una remota materia bárbara (la mitología nórdica en las primeras, las figuras de grandes héroes históricos o mitológicos, desde Teodorico/ Dietrich von Bern a los Nibelungos en las segundas), son expresión del tiempo en que fueron recopiladas, sin constituir un registro válido del pasado en que se inspiran. La posibilidad de conocer realmente la compleja galaxia bárbara entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media, queda, por tanto, muy condicionada por el carácter de las informaciones escritas disponibles. Debemos estar atentos a eventuales contribuciones de parte de la investigación arqueológica, cuya aportación se ha revelado determinante en muchos aspectos, para

disponer de nuevos elementos de juicio procedentes de análisis de fuentes materiales.

Con objeto de evitar simplificaciones aún demasiado recurrentes y generalizaciones indebidas, cabe aclarar que la realidad bárbara era un conjunto muy heterogéneo, caracterizado por una pluralidad de tribus de cultura diferente. Al mismo tiempo estaban abiertas a vivaces procesos de contaminación e intercambio recíproco y estaban dispuestas en todo momento a dar vida a nuevas reagrupaciones, agregándose o escindiéndose. En resumen, no es posible hablar de una «unicidad bárbara» ni recurrir a catalogaciones de pueblos de fisonomía definida con excesiva rigidez y de carácter inmutable en el tiempo. Además, si bien es cierto que muchas de las poblaciones bárbaras con las que el Imperio romano debió medirse, y que ocupaban los territorios occidentales después del 476, pertenecían a la esfera cultural germánica, no es correcto usar el término «germanos» como sinónimo perfecto de «bárbaros», ya que no todos los bárbaros eran germanos (o eran percibidos como tales). El mismo ámbito germánico estaba muy fragmentado y no representaba, por tanto, el complejo unitario y compacto que ha querido ver en el mismo buena parte de la cultura moderna, sobre todo alemana.

En un esfuerzo por identificar y describir el mundo de los bárbaros, la historiografía moderna ha debido recurrir a grandes categorías de carácter étnico, hablando de germanos, celtas o eslavos cuando no ha podido utilizar denominaciones mejor circunscritas a tribus particulares (francos, godos, lombardos...). Las aproximaciones de carácter ideológico/nacionalista que han distinguido la cultura de los siglos XIX y XX han pretendido identificar, incluso en las épocas más remotas, entidades étnicas precisas, homogéneas y definidas, con trazos peculiares y ubicadas en territorios delimitados, a través de las cuales pudieran encontrar a sus remotos progenitores. Lo poco infundado de tales reconstrucciones resulta evidente a la luz de las investigaciones más actualizadas, que, con una valoración crítica de las pocas fuentes escritas disponibles, junto a los progresos alcanzados en el conocimiento

de las fuentes materiales, han demostrado de manera incontrovertible que los pueblos bárbaros que constituyeron una auténtica unidad política, cultural y lingüística fueron una excepción. De hecho resulta muy difícil asociar de manera rígida un ámbito territorial determinado a una sola etnia. Los hallazgos arqueológicos no suelen ser susceptibles de clasificaciones realizadas en términos étnicos y su distribución en el mapa europeo no apoya ninguna pretendida «geografía» de las tribus bárbaras, ya que resulta imposible atribuir una determinada tipología de cultura material a una población específica, dados los continuos intercambios e influencias recíprocas constatadas. Pero sobre todo resulta difícil formular una definición satisfactoria acerca del concepto mismo de identidad étnica de un grupo humano, y no sólo para la Antigüedad y la Edad Media. El trabajo fundamental de Reinhard Wenskus sobre las *gentes* de la Alta Edad Media (*Stammesbildung und Verfassung: das Werden der frühmittelalterlichen «gentes»*) en los años sesenta del siglo XIX, tuvo el notable mérito de relegar a un segundo plano cualquier parámetro objetivo perceptible desde el exterior (lengua, costumbres o hábitos particulares) a la hora de definirlos, adoptando en su lugar criterios subjetivos que consideran que un individuo pertenece a una etnia desde el momento en que adquiere plena conciencia de ser miembro de la misma. Este sentimiento de pertenencia se manifiesta también a través de la adopción de signos externos caracterizadores del grupo al que se asimila, pero en todo caso surge de un elemento psicológico, interior. Los caracteres de la identidad y de la conciencia étnica de las tribus bárbaras son mucho más complejos, arduos de reconstruir y más difíciles de clasificar de cuanto se pueda creer. Sólo grupos muy restringidos y localizados podían compartir la percepción de tomar parte de una misma comunidad. Seguramente existían formas de cohesión de poblaciones más numerosas, reunidas en torno a núcleos reducidos y socialmente eminentes formados por jefes y guerreros (y quizás también por sacerdotes). Es lo que Wenskus denomina «núcleos de tradición», capaces de proponerse como ejes en

torno a los cuales se agregaba una agrupación de dimensiones mayores mediante la unión de varias tribus, conformándose una nueva entidad colectiva.

Las fuentes no reflejan los nombres con que las étnias bárbaras se autodenominaban, apareciendo sólo los que les imponían los observadores externos. La descripción, pues, resulta inevitablemente sumaria e imprecisa, mostrando un esfuerzo por incluir en categorías predeterminadas y por aplicar fáciles etiquetas clasificatorias a realidades mucho más complejas y articulaciones desconocidas. Cuando hablaban de los bárbaros, los escritores latinos empleaban una terminología que resulta indicativa del punto de vista de la romanidad, pero no dibuja ni mucho menos el cuadro auténtico de la situación descrita. Para los romanos, la identidad y las estructuras de los pueblos bárbaros no variaban a lo largo del tiempo (todo lo más podía cambiar el modo en que se hacían llamar), de manera que era absolutamente lícito utilizar nombres muy antiguos para referirse a realidades étnicas concebidas siempre como iguales a sí mismas. A título de ejemplo, baste recordar tribus de grandes dimensiones y gran notoriedad como los godos, los francos o los hunos, que fueron también conocidas con los nombres respectivamente de catos, sicambrios y escitas, antiguas poblaciones a las que fueron asimilados de manera totalmente impropia sólo porque en el pasado habían habitado más o menos los mismos territorios. También se recurría con facilidad a denominaciones cuando menos genéricas para identificar grupos humanos vastos y heterogéneos ubicados en una determinada región. De este modo se les atribuía un valor étnico, pretendiendo con ello identificar a un pueblo unitario, cuando la realidad era que se trataba de una pluralidad de pueblos. A este respecto quizás el ejemplo más significativo sea el de los germanos, vastísima categoría en la que se incluían diversas poblaciones sobre las que los romanos sabían verdaderamente poco, tal y como admite un autor como Tácito. A pesar de todo ello, la historiografía moderna, en un recurso a las fuentes antiguas falto por completo de un análisis crítico — y a menudo condi-

cionada por las escorias de ideologías nacionalista o racistas—, ha querido ver durante largo tiempo la existencia de los germanos como un grupo de identidad unitaria y cultura característica. Sólo recientemente los estudios han asumido nuevas perspectivas que hacen justicia a muchos lugares comunes y esquematismos, ofreciendo reconstrucciones menos ricas en certezas, pero indudablemente científicamente más correctas.

Las tribus germánicas

Julio César fue el primero en introducir el término *Germanos* para designar a las poblaciones situadas más allá del Rin. Con anterioridad, los romanos distinguían en las masas de los bárbaros dos grandes grupos, el de los celtas (indicados como galos en el oeste y como gálatas en el este) que poblaban la Galia, la Britania y las regiones de Europa central, y el de los escitas, ubicados en las estepas de la Europa oriental. Con ocasión de las campañas que llevó a cabo en la Galia, César se apercibió de que los celtas identificaban a su vez a otros pueblos, percibidos como más primitivos que ellos todavía, más allá del Rin. Una vez quedó fijado el *limes* romano a lo largo de este río, recuperó aquella diferenciación conceptual, separando los dos ámbitos: la Galia céltica, controlada por Roma, y, más allá del confín, la *Germania*, un enorme espacio comprendido entre el Rin y el Danubio, el Vístula y el Báltico, ocupado en su totalidad por pueblos desconocidos. A partir de entonces el nombre de los germanos se hizo común entre los romanos para indicar a los habitantes de la *Germania*, aunque ciertamente estos últimos deberían continuar llamándose a sí mismos con las tradicionales denominaciones tribales. En la Antigüedad tardía el término genérico de germanos perdió valor de manera progresiva, a la vez que aparecían nuevas definiciones de las tribus con las que el Imperio tenía contactos más estrechos, caso de los francos o de los alamanes.

Aunque se trate de una observación a menudo descuidada, vale la pena señalar que los latinos excluían del conjunto de los germanos a los godos, es decir, a las poblaciones situadas en el mar Negro y a lo largo del curso del Danubio, ya que los asimilaban más bien a los escitas, pueblo de las estepas de matriz oriental. Se trata de una percepción que choca fuertemente con el repetido conocimiento de los godos por parte de la historiografía moderna no sólo como plenamente germanos, sino incluso como una especie de pueblo «patrón» germánico y de sus supuestos valores superiores. En realidad, los godos han podido ser reconducidos a la «comunidad germánica» por parte de la cultura de los siglos XIX y XX porque hablaban una lengua germánica, extraordinariamente bien conservada (frente a lo que ocurría con casi todos los otros idiomas antiguos de los bárbaros), gracias a la citada traducción en gótico de la Biblia de Ulfila. De hecho, el criterio lingüístico ha sido uno de los elementos determinantes a la hora de identificar y clasificar a los germanos, aunque también en este caso se trata de categorías exógenas, que dejan entrever una unidad ficticia. Es poco probable que tribus tan heterogéneas, que hablaban idiomas diferentes entre ellos, si bien adscritos por parte de la ciencia lingüística a la rama germánica, tuvieran una auténtica conciencia de formar parte de un ámbito común. De hecho, sólo a partir de la época carolingia, es decir, en los siglos VIII-IX, se empezó a intuir la existencia de una cierta parentela entre las lenguas germánicas y, por tanto, entre los pueblos que las hablaban.

La investigación arqueológica ha contribuido de manera relevante a ilustrar la articulación del área germánica en ámbitos culturales bien diferenciados. Las regiones comprendidas entre el Rin y el Weser y los territorios que bordeaban las costas del mar Negro estaban habitados por tribus opuestas a la penetración romana desde época de Augusto y caracterizadas por el ritual funerario de la incineración y por la pobreza de sus ajuares funerarios. Las tribus de la zona del Elba, más romanizadas, utilizaban la inhumación y recurrían a ajuares funerarios más ricos. Este ámbito cultural se proyectaba tam-

bién hacia el centro de Europa, comprendiendo las modernas Austria, Eslovaquia, Moravia y Bohemia; en él se incluían diversas tribus de raíz sueva, entre las cuales se cuentan los lombardos, los cuados (situados en el Danubio), los marcomanos (en Bohemia), y quizá también los antepasados de los alamanes. En torno a los siglos V-VI se desarrolló en esa misma área la nueva *gens* de los bávaros. Más al este, se conformaba un área diversa de naturaleza multiétnica que los arqueólogos han identificado como la «cultura de Cerniakhov», constituida en la segunda mitad del siglo III d. C y en cuyo seno sobresale la presencia de los godos. La zona ocupada por la «cultura de Cerniakhov», para la que se ha testimoniado una intensa actividad artesanal, metalúrgica y agrícola, comprendía las regiones del Dniéper, Moldavia, Valaquia y Transilvania, aunque también se dejaba sentir incluso en el Rin y en Escandinavia. Por último, en torno al siglo IV se manifestó una original cultura mixta romano-germánica en la zona comprendida entre el Elba y el Rin, obra de los campesinos *laeti* (es decir, ex-prisioneros de guerra bárbaros) y de *foederati* germanos. En esta última se sustituyó la práctica de la incineración por la de la inhumación, apareciendo tumbas masculinas dotadas de un ajuar de armas y otros objetos personales y tumbas femeninas ricas en joyas y fíbulas, además de cerámica y otros objetos. Se trata de una civilización arqueológica de caracteres nuevos y complejos, que se difundió ampliamente y que constituyó la primera manifestación de la importante cultura de los llamados «cementerios en filas», adscrita al mundo franco-merovingio.

Las antiguas agregaciones étnicas del mundo germánico se pueden definir correctamente con el término «tribu» (en alemán *Stamm*). Eran comunidades relativamente pequeñas (alcanzaban como mucho alguna decena de millar de individuos), que se definían en función de la sangre y afirmaban la descendencia de un mítico progenitor común. Los vínculos de consanguinidad entre sus miembros, reforzados por la difusión de prácticas endogámicas, serían reales al menos en parte, considerando las reducidas dimensiones del grupo. El

progenitor era una figura mítica, divinizada, en torno a la cual se elabora la saga de la tribu, el llamado «mito de origen», que conservaba la memoria del pasado común y daba sentido a la formación primera de la tribu y a su papel específico entre todas las otras *gentes*. El relato del nacimiento de la tribu se incluía por lo general en un contexto cosmogónico, teniendo como fondo de la narración la génesis del mundo. A este respecto, es bien conocido el testimonio ofrecido por Tácito sobre la creencia por parte de las *gentes* de la zona del Rin y del Elba de un origen de su estirpe en el dios Tuistón (literalmente el «nacido de la tierra») y del hijo de éste, Manno (que se identificaría con el primer hombre, según indica la asonancia con el vocablo *Mann*, es decir «hombre»). Sus tres hijos habrían sido a su vez los progenitores de tres pueblos originarios del mundo germánico (percibido por ellos evidentemente como el mundo en su totalidad): los ingaevones, herminones e istaevones. También eran percibidos como elementos de cohesión tribal la lengua común, la comunidad de credo religioso y la tradición jurídica a la que se sometían todos los individuos libres, es decir, los varones adultos capaces de llevar armas, los menores y las mujeres, que gozaban de una condición de derechos disminuidos, ya que debían someterse a la protección (*mundium*) de un sujeto masculino (padre, marido, hermano u otro pariente). En definitiva, más allá de los lazos de consanguinidad (adquiridos por vía matrimonial), el nexo de unión entre los miembros de una tribu era fundamentalmente la adhesión a una tradición cultural y religiosa en la que todos se reconocían y que distinguía al grupo respecto a los otros. Esto significa que individuos procedentes del exterior podían entrar a formar parte de la tribu aceptando y compartiendo sus valores tradicionales. Sobre todo en la época de las grandes migraciones, tal y como se verá, núcleos originarios alógenos absorbieron grupos étnicos enteros de este modo, asumiendo el mito y fundiéndose con éste; la identidad de la estirpe demostraba ser, esencialmente, un factor cultural, de ningún modo racial.

Uno de los méritos de las nuevas perspectivas asumidas por la investigación es el haber evidenciado el carácter complejo y articulado de un mundo barbárico (y, dentro de éste, de su componente germánica), representado demasiado a menudo como una masa poco diferenciada. Del mismo modo se ha redefinido el concepto de étnia y los criterios de determinación de la pertenencia étnica; otro resultado viene dado por la percepción diferente que se tiene actualmente de los contactos mantenidos entre la galaxia bárbara y la civilización romana, con formas y perdurabilidad insospechadas hasta ahora. Las posiciones historiográficas que han resistido hasta hace pocos decenios, mantenían la naturaleza dialéctica que presidia las relaciones entre la romanidad y la barbarie como una contraposición irreductible de dos esferas antitéticas y capaces de una comunicación sólo en términos de conflictividad. En un giro total de las mismas, la crítica más actualizada subraya, sin embargo, que las estirpes bárbaras, sobre todo las situadas a lo largo del *limes* renano-danubiano, fueron parte integrante del sistema mundial tardorromano, constituyendo una especie de periferia en constante relación con el centro. La ideología y propaganda imperiales tuvieron gran cuidado en presentar la frontera como una cortina, de evidentes connotaciones simbólicas y psicológicas, que mantenía la civilización de Roma resguardada frente a la amenazante *barbaritas*. Pero, en realidad, el confín era, más allá de una línea de demarcación y una franja de indudable control militar, un área de confrontación e intercambio, un tejido conectivo entre entidades distintas, que dialogaban a través del mismo.

Al menos a partir del siglo I a. C. se puede percibir la fuerte influencia de una evolucionada sociedad romana sobre el mundo germánico. Índice de la misma puede ser el flujo desde los países mediterráneos hacia el norte de objetos de lujo, géneros alimenticios y motivos culturales, artísticos e iconográficos. Las relaciones comerciales entre los dos ámbi-

tos se valían en los dos sentidos de canales específicos. Es el caso, por ejemplo, de la antiquísima vía del ámbar, que, partiendo de Aquilea, en el extremo nororiental de Italia, proseguía a través de Panonia, Moravia y Polonia, remontaba el Vístula y llegaba por fin a las costas del Báltico, donde se encontraban los yacimientos del precioso mineral. Junto a éste, las poblaciones germánicas exportaban al sur algunos productos naturales, como pieles o miel, y numerosos esclavos. Por su parte, los territorios imperiales proporcionaban a las regiones del septentrión armas y cerámicas, tal y como evidencian los hallazgos arqueológicos, además de vino, artículos preciosos y monedas, a menudo utilizadas para fabricar objetos y collares, como las medallas (*bratteati*) del norte de Europa, medallones de oro creados sobre el modelo de las monedas romanas, con representaciones de seres humanos y de animales estilizados. Muchos de estos hallazgos son testimonio, más que del comercio, de botines fruto de las razias, o bien de tributos entregados por los romanos para comprar la paz con tribus belicosas, aunque, de todos modos, subrayan la intensidad de los contactos recíprocos. El volumen de los intercambios parece que alcanzó su máximo nivel en el transcurso de los siglos II-III d. C, y sólo después de esta fecha se verifica una contracción de los mismos debido al incremento de la actividad bélica general.

No todas las poblaciones bárbaras tuvieron el mismo tipo de relación con la romanidad. Además de la naturaleza y duración de los contactos, variaba la mayor o menor disponibilidad de las tribus a alimentar las relaciones en las diversas ocasiones que se creaban. Por otro lado, no se debe pensar que el grado de familiaridad con el mundo romano fuera directamente proporcional a la distancia geográfica del *limes*, tal y como sugieren los mismos autores latinos, para los que los pueblos más remotos eran también los más salvajes y desconocidos. En Dinamarca y en diversas regiones escandinavas, por ejemplo, se han encontrado cantidades ingentes de armas romanas, y para explicar su presencia en este contexto

natural se ha propuesto la hipótesis de que fueran utilizadas en algún culto poco precisado.

El contacto con la romanidad estimuló a lo largo del tiempo significativos procesos de transformación en la articulación de las sociedades germánicas: como consecuencia de la llegada de bienes procedentes de las provincias del Imperio, se acentuaron las estratificaciones sociales y económicas en las antiguas estructuras tribales, más homogéneas en sus orígenes; asimismo se agudizaron las diferencias de rango y poder entre los diversos jefes, según la capacidad de cada cual para obtener dinero y objetos de lujo con las razias y bajo forma de compensaciones. A partir sobre todo del siglo III d. C., la compenetración entre ambas esferas aumentó notablemente, con la difusión de la práctica del reclutamiento de guerreros germánicos en el ejército romano. Una vez de vuelta en la propia *gens*, los bárbaros traían consigo ganancias, usos y costumbres adquiridos durante su etapa militar. Además, los jefes bárbaros disfrutaban de un indudable prestigio tras haber combatido en las filas romanas; lo cual les permitía incrementar el propio séquito, atrayendo nuevos guerreros deseosos de acompañar a quienes habían sabido destacar en las tropas imperiales. De este modo iban constituyéndose nuevas figuras de jefes militares más potentes, cuya fuerza se vería posteriormente incrementada al ser reclamados por los mismos romanos para estabilizar sus conquistas territoriales y organizar a las poblaciones sometidas. Al agotarse el impulso invasor en el Rin, el Imperio emprendió una política de acuerdos con las diferentes tribus, estipulando alianzas formales o estrechando vínculos con el ofrecimiento de dones y la entrega de tributos. Esta situación favorecía el ascenso y la consolidación de un número restringido de jefes capaces de someter a su autoridad a una gran cantidad de tribus, de manera que el Imperio no se viera obligado a tratar con muchos interlocutores, que no siempre ofrecían garantías acerca de su capacidad para imponerse y hacer respetar los pactos. En conclusión, Roma favoreció la coagulación de fuertes núcleos de poder entre los bárbaros (salvo cuando

resultaba útil enfrentar dos realidades bárbaras existentes), dando la oportunidad de enriquecerse y reforzar la posición de los jefes más hábiles y ambiciosos.

Consecuencia de tal estrategia fue también que, a partir del siglo III, se constituyeran ligas de tribus germanas más vastas. Algunas de éstas resultaron ser el origen de las grandes estirpes constituidas, tal y como veremos, durante las grandes migraciones del siglo siguiente. Éste es el caso, por ejemplo, de los alamanes (cuyo nombre significa literalmente «todos los hombres», testimoniando con ello el carácter de aglutinador de gentes diversas de esta liga-estirpe) en el Meno, y, sobre todo, de los francos en el Rin. Este tipo de relación resultó en principio muy ventajosa para Roma, ya que le permitía controlar una realidad turbulenta y amenazadora con un esfuerzo relativo. Pero, a medida que el debilitamiento de la fuerza imperial era cada vez más evidente, se generarían nuevos apetitos entre los bárbaros, pretendiendo cada vez mayores concesiones y acudiendo a la fuerza cuando no las obtenían.

Los nómadas de las estepas

Si la influencia de la civilización romana sobre el mundo germánico fue intensa, no fueron menos (y quizás más aún) incisivas y fértiles las consecuencias derivadas de los contactos mantenidos entre las estirpes germánicas orientales y los jinetes nómadas, de origen iraní o mongol, que habitaban las inmensas estepas euroasiáticas entre China y Hungría. Las relaciones forjadas en un espacio tan amplio, que se extendía desde Crimea y las costas del mar Negro hasta Bohemia, Austria y Eslovenia, implicaron en primer lugar a los godos. Estos, a partir del siglo II a. C., conocieron un vivaz proceso de compenetración con poblaciones iraníes, como sármatas y alanos, en los territorios que se asomaban al mar Negro y en las áreas atravesadas por los cursos de los ríos Dniéper y Dniéster. Posteriormente, a partir del siglo IV, tomaron con-

tacto con caballeros turco-mongoles, sobre todo con los hunos. Los godos transmitieron todo lo que aprendieron de los pueblos nómadas a otras *gentes* germánicas orientales, los burgundios, hérulos, gépidos, vándalos y a los mismos lombardos, quienes, en un momento determinado de sus largas migraciones desde el norte hacia el sur del continente europeo, se establecieron en Panonia, quedando de este modo sujetos a la influencia de los ávaros, una etnia turca, y de los hunos.

Estas poblaciones nómadas, activas en áreas poco aptas para la agricultura, basaban su propia subsistencia en la cría de ganado y se caracterizaban por una frecuentísima movilidad en su búsqueda constante de nuevos pastos. En su existencia era fundamental el caballo, vehículo imprescindible en estos movimientos frecuentes y de amplio radio. Estas características les permitían controlar territorios de vastísima extensión, protagonizando agresiones rapidísimas contra los vecinos sedentarios y grupos nómadas cercanos. Sin embargo, sus estructuras políticas, a pesar de controlar espacios de amplitud absolutamente extraordinaria, eran incapaces de perdurar en el tiempo (en general caducaban a los pocos años o resistían como máximo dos o tres generaciones). A lo largo de los primeros tres siglos de la era cristiana, el predominio sobre las estepas de la Europa oriental recayó sobre los sármatas, pero hacia el 375 irrumpió el pueblo de los hunos, procedente de Asia central, que aglutinó en torno a sus jefes todas las realidades de la región. En un breve lapso de tiempo los hunos formaron un Imperio vastísimo, que alcanzó su apogeo a mediados del siglo V con Atila. Por lo demás, el mantenimiento de un organismo político-territorial tan imponente comportaba costes muy elevados, para cuyo mantenimiento ya no eran suficientes los botines de las razias o los tributos que les entregaban los romanos para aplacar su hostilidad. La situación obligó a Atila a emprender nuevas campañas militares en Galia e Italia. Como era costumbre en las formaciones políticas del mundo nómada, el Imperio de Atila (cuya corte multiétnica fue descrita con admiración por el embajador griego Prisco, huésped de la misma durante un breve

periodo) se disgregó repentinamente a la muerte de su jefe. Aproximadamente un siglo más tarde, y más o menos en el mismo ámbito territorial, se forjó la dominación de los ávaros, que alcanzó su máxima extensión a partir del último tercio del siglo VI (tras el traslado de los lombardos desde Panonia hacia Italia) y que llegó a su fin sólo en la época de Carlomagno. A diferencia de los hunos, los ávaros se abstuvieron de agredir regiones occidentales (con la sola excepción de las incursiones contra los friules), aunque, como veremos, asaltaron repetidamente los países balcánicos junto a las tribus eslavas, llegando a asediar sin éxito Constantinopla en el 626.

La influencia de los nómadas sobre las estirpes germánicas se hizo sentir en campos muy diversos, desde la cultura material y modelos artísticos e iconográficos a las prácticas de culto. En este último campo parece cierta la adopción por parte de los germanos de expresiones religiosas ligadas al chamanismo típico del mundo de las estepas. Pero destaca, sobre todo, la transmisión del uso de los combates a caballo, que transformó los hábitos militares de muchas estirpes. Los guerreros germánicos occidentales de la época de César utilizaban el caballo sólo para acceder al campo de batalla, donde descendían del mismo para combatir a pie; esta práctica se atestigua en este ámbito geográfico-cultural durante un lapso de tiempo muy amplio, llegando hasta el siglo VI d. C., tal y como narra el historiador de las guerras justinianeas, Procopio, en referencia a los francos. Las *gentes* germánicas orientales, sin embargo, se habían convertido en estirpes guerreras a caballo a partir de sus contactos con los nómadas de las estepas, dando vida a aristocracias de caballeros que dominaban poblaciones y que, gracias a su movilidad, podían realizar operaciones de saqueo a largo radio. La habilidad ecuestre de los combatientes y la superioridad táctica y cuantitativa de la caballería en el ejército parecen ciertas, por ejemplo, en el caso de los godos (es conocida la admirada descripción realizada por el mismo Procopio de la extraordinaria destreza a caballo del rey ostrogodo Totila, ante la inminente batalla de *Busta Gallorum* del 552), o de los lombardos.

Tales innovaciones no se limitaron a transformar la técnica bélica de las tribus germánicas orientales, sino que alcanzaron también aspectos sociales, con dinámicas sustancialmente diferentes de cuanto sucedió en Occidente: como no todos los individuos eran capaces de convertirse en combatientes a caballo, dados los requisitos físicos necesarios y sobre todo económicos, ante los elevados costes de manutención del animal, las estirpes experimentaron un inevitable proceso de selección y estratificación en su seno, de donde surgirían las nuevas elites guerreras.

Las estirpes en la época de las grandes migraciones

Las estirpes que invadieron los territorios del Imperio romano a partir del siglo V eran de dimensiones mucho mayores que las de épocas precedentes. Su incremento se produjo durante la tumultuosa edad de las migraciones, época que los estudiosos interpretan ahora como un auténtico momento de etnogénesis, con el nacimiento de nuevas entidades étnicas a través de la agregación progresiva de núcleos menores, en una fase de grandes trasvases de población y reorganizaciones. La unificación de grupos diversos podía realizarse de diversas maneras: por ejemplo mediante la absorción de poblaciones vencidas, o a través de la constitución de ligas sacras, que reunían varias tribus en torno al culto común de una divinidad o de un espacio sagrado. Es el caso de la liga de adoradores de la diosa Nertho, formada en el Báltico occidental y en la desembocadura del Elba, tal y como recuerda Tácito. Otra forma de agregación era el *comitatus*, antigua institución, ya descrita por Tácito, en razón de la cual bandas de jóvenes guerreros se deshacían de los vínculos tribales y se sometían a un jefe con un juramento de fidelidad, que los convertía en parte de su séquito armado personal (en referencia al *comitatus*, término latino). El jefe podía participar con sus hombres en una campaña militar determinada y posteriormente disolver el grupo; o bien podía perma-

necer activo y proponerse como base de apoyo estable, con un jefe del *comitatus* (que, por lo que se sabe, podía alcanzar incluso a centenares de individuos y, en ocasiones excepcionales, incluso algún millar) de poder mayor y ambicioso de dignidades superiores, incluso de tipo real. En resumen, era frecuente que grupos más o menos numerosos de guerreros, incluso poblaciones enteras vencidas, o al menos parte de ellas, decidieran unirse a un nuevo jefe, capaz de ofrecerles garantías de éxito y objetivos precisos. En determinadas circunstancias estos hombres daban vida a auténticas *gentes*, numéricamente relevantes y destinadas a afirmar con fuerza su nueva identidad, tal y como parece haber sucedido con los ostrogodos. Los Ámalos, la estirpe a la que pertenecían el rey Teodorico y sus sucesores, fueron en su origen una banda aglutinada en torno a su jefe, que supo reunir una buena cantidad de tribus godas y formar una *gens* que a partir de entonces adoptaría el nombre de ostrogodos (o greutungos), localizada en el mar Negro alrededor del 290. El resto de las tribus góticas, situadas al oeste del Dniéster, permaneció extraña a la hegemonía ámala y asumió la denominación de visigodos (o tervingos), dando origen a un pueblo diverso, aunque no olvidaron sus orígenes. De hecho, parece cierto que, a distancia de siglos, tras la muerte del rey Alarico II a manos francas en la batalla de Vouillé del 507, el ostrogodo Teodorico se proclamó regente del joven heredero Atanarico, en nombre de la común y antigua pertenencia a la estirpe de los godos.

Los autores medievales proponían modelos extremadamente simples y lineales para reconstruir el origen de las etnias bárbaras de su tiempo, acudiendo en particular a los árboles genealógicos: a cada *gens* se le atribuía un progenitor, que ofrecía su nombre al grupo, según el ejemplo clásico sugerido por la Biblia, donde se hacía descender a todos los pueblos del mundo de los tres hijos de Noé. También tuvieron una cierta difusión esquemas procedentes de la cultura clásica grecolatina, como el que hacía derivar a los romanos de otra noble población, los troyanos, reconocidos también como los progenitores de los francos. Parecen, sin embargo,

diferentes los mitos de los godos, reconstruidos parcialmente gracias a los testimonios de Jordanes, que hablan de una procedencia original de la estirpe escandinava a bordo de tres naves, al igual que ocurría en la leyenda de los anglosajones, conducidos desde sus sedes primitivas en el continente hasta las islas al otro lado de La Mancha en embarcaciones guiadas por los hermanos Hengist y Horsa. Más original es la saga de los lombardos, cuya redacción puede datar de los años 662-672, durante el reinado de Grimoaldo, y recorre la historia de la *gens* desde su lejana emigración de una tierra de la *Scadanan*, identificable quizás con la moderna Suecia meridional. El texto, conservado en manuscritos del *corpus* de leyes tradicionales lombardas, cuenta cómo la pequeña estirpe de los winilos, a cambio de la victoria en una batalla sobre sus enemigos vándalos, adoptaron el culto al dios de la guerra, Wotan, recibiendo de éste el nombre de lombardos, es decir «barbas largas», relativo a un tocado particular, de carácter ritual, del que se apropiaron los guerreros de aquel pueblo. La identidad de la estirpe se redefinía con motivo de un hecho bélico relevante, ligado posiblemente al traslado del grupo hacia territorios distintos de los originarios, acompañado de la asunción de un nuevo credo religioso y de una probable reestructuración militar de la etnia.

Todas estas leyendas, conocidas sólo de manera fragmentaria y puestas por escrito a distancia de muchos siglos de su génesis, evidentemente no pueden ser consideradas testimonios de eventos positivos, sucedidos realmente, sino como índice de una elaboración cultural determinante en el proceso de constitución de la identidad de cada estirpe bárbara. No obstante, es lícito preguntarse si estos mitos ofrecen realmente pistas de la cultura arcaica, tradicional y pagana de la estirpe a la que pertenecen, o si, por el contrario, se trata de reconstrucciones cultas, fruto de reinterpretaciones por parte de los escritores que las transmiten, respondiendo, quizás, a exigencias específicas típicas del momento en que se les dio una redacción escrita. A la luz de las investigaciones más avanzadas, parece poder afirmarse, con bastantes posibilida-

des de no equivocarse, que estas narraciones mantienen por lo general una memoria auténtica del pasado, aunque quedaran sometidas a las inevitables reelaboraciones y se fueran complicando con estratificaciones sucesivas. Por todo ello se prestan a ser utilizadas como auténticas fuentes históricas, capaces de aportar informaciones sobre el pasado más remoto de las gentes bárbaras, descifradas pacientemente, con una cuidadosa labor de exégesis del texto y de estudio acerca de su tradición y con una valoración precisa de la época en la que fueron fijadas por escrito, de la personalidad y finalidad del autor y del tipo de público al que iban destinadas. Los mitos acerca de la génesis de las estirpes de la época de las migraciones no pueden ser considerados como una simple creación literaria, fruto de pura fantasía sin ninguna base histórica real, aunque tampoco deben ser asumidos de modo acrítico como el calco perfecto de una pretendida «cultura germánica arcaica», portadora de valores peculiares y eternos, tal y como se ha querido creer durante largo tiempo.

La institución monárquica desempeñó un papel de gran importancia en el proceso de agregación de las estirpes. Según Tácito, los reyes de las antiguas tribus germánicas (a quienes se conocía con el vocablo latino de *reges*), que eran elegidos en el seno de la tribu sobre la base de su nobleza, habrían tenido un carácter sagrado, sin vinculación directa con la esfera de la guerra, y conectarían, quizás, con el culto a la fertilidad, asumiendo el objetivo principal de garantizar el bienestar colectivo. Los jefes militares constituirían una figura diferente (conocidos en las fuentes latinas con el término de *duces*), individuos elegidos por su habilidad con las armas y por su coraje. De todos modos, parece difícil realizar distinciones demasiado rígidas y generalizadas. En el siglo IV, en vísperas de las grandes migraciones, el peso de los jefes militares aumentó notablemente, y muchos de ellos, líderes de su propio *comitatus*, pudieron fundar nuevos poderes monárquicos e incluso defenestrar antiguos reyes, originando nuevas agregaciones. En resumidas cuentas, en una situación de guerra prácticamente continua, el poder monár-

quico adquirió una connotación militar más clara, o, mejor, sobredimensionó unos rasgos bélicos que le eran propios pero que coexistían con otros. En vez de la sustitución de un viejo tipo de rey de carácter sacro y no guerrero por otro nuevo de naturaleza militar, parece más correcto hablar de una evolución del modelo de la realeza bárbara, que llevó a un primer plano determinados contenidos que se convirtieron con el tiempo en prevalentes. Esta transformación se reflejó también en las creencias religiosas, con una sustitución progresiva de divinidades ligadas a cultos de la fertilidad por dioses de la guerra, como Wotan/Wodan (posiblemente identificable, al menos en parte, con el escandinavo Odin), adoptado como progenitor mítico de muchas de las nuevas estirpes, caso, tal y como se ha visto, de los lombardos, o de diversas dinastías de los reinos anglosajones de la Britania.

En los primeros dos siglos de la era cristiana, los territorios situados más allá del Rin y del Danubio estaban habitados por grupos humanos de dimensiones reducidas, entre los que no existió ninguna tribu que consiguiese imponer su propia supremacía sobre el resto de manera duradera. Con el siglo tercero, sin embargo, se presenta un cuadro profundamente cambiado, en el que el tejido fuertemente fragmentado característico de épocas precedentes ha sido sustituido por entidades más vastas y sólidas. Las fuentes latinas acusan este cambio y lo reflejan al utilizar un número menor de nombres, distintos, además, a aquellos otros utilizados por decenas para designar a los bárbaros. El primer fenómeno de recomposición del mundo bárbaro parece que puede localizarse en la lejana región del Vístula. Llegó de mano de los godos. Al trasladarse hacia el sureste, favorecieron la génesis de la citada cultura mixta de Cerniakhov y, entre los siglos III y IV, reforzaron su propia hegemonía sobre un territorio bárbaro mucho más amplio, hasta entonces fuertemente influido por las costumbres de los pueblos de las estepas. Tras las victorias que obtuvieron en los años setenta del siglo IV sobre los hunos, los godos atravesaron el Danubio y se establecieron en suelo imperial, atrayendo en torno a ellos a otras

estirpes bárbaras justo en los albores de una nueva época de expediciones hacia Occidente. Los vándalos también procedían del ámbito oriental, precisamente de los territorios al norte de los Cárpatos, desde donde, a través de una larga migración, llegarán, tal y como veremos, a Hispania e incluso a África.

La importante región renana se distinguió por la emergencia progresiva de los dos grandes grupos de los francos, al norte del Meno, y de los alamanes al sur. El proceso de formación de estas dos estirpes debió de ser muy lento y es poco conocido. Una vez más, las escasas informaciones de que disponemos proceden en su totalidad de fuentes romanas, que emplean las denominaciones de francos y de alamanes para identificar respectivamente y de manera genérica a los pueblos situados más allá de la frontera de la *Germania inferior* y a los presentes en la *Germania superior*. Sin embargo, es poco probable que, al menos antes del siglo V, tales nombres designaran a entidades precisas, conscientes de sí mismas, homogéneas en el plano étnico y unitarias en lo político. Estas dos estirpes empezaron muy pronto a competir por la supremacía sobre la Galia y sobre la Germania occidental, lucha que acabaría con la victoria definitiva de los francos a finales de siglo V. Éstos impusieron también rápidamente su autoridad sobre los turingios, que se habían asentado en las regiones de la Germania central en la primera mitad del siglo VI, y a los burgundios, desplazados lentamente desde Polonia hasta la zona del lago de Ginebra; la misma estirpe de los bávaros, identificada desde inicios del siglo VI, sufrió a lo largo de diversas fases la supremacía franca.

En resumen, en vísperas de las grandes migraciones se activaron procesos graduales, destinados a completarse en un par de siglos, que llevaron a una «simplificación» del mundo bárbaro, con la constitución de estirpes de dimensiones nunca alcanzadas con anterioridad, coaguladas en torno al eje vertebrador representado por algunos grupos étnicos destinados, no por casualidad, a imponerse en el curso del tiempo: fueron sobre todo los godos y los francos, pero también los

vándalos, los alamanes, los bávaros y los lombardos. Tales fenómenos de agregación comportaron profundas transformaciones sociales, culturales e institucionales y dieron vida a las *gentes* protagonistas de la invasión de los territorios del Imperio romano de Occidente. Los motivos de este fenómeno son reconstruibles sólo en parte. Tal y como se ha visto, concurrieron en medida diversa en los diferentes casos la emergencia de jefes fortalecidos por las riquezas acumuladas y por el prestigio alcanzado a través de sus propias empresas militares; la política romana, inclinada a favorecer tendencias políticas en torno a figuras de autoridad; y la oportunidad de construcciones más amplias, favorecidas por los traslados a nuevas tierras de asentamiento o por las razias a gran escala y contra objetivos lejanos. De todos modos, resulta evidente que las estirpes que, a partir del siglo IV, se preparaban para agredir el Imperio romano eran muy diferentes a las tribus frente a las que éste se había medido en épocas anteriores.

CAPÍTULO II

LAS GRANDES MIGRACIONES Y EL NACIMIENTO DE LOS REINOS DE OCCIDENTE

LOS BÁRBAROS CONTRA EL IMPERIO

Las incursiones de los siglos III y IV

La penetración romana en los territorios adscritos a la *Germania*, estuvo dotada de momentos de particular relieve, como las victorias obtenidas por Mario sobre cimbrios y teutones en 102 a. C., o las de César sobre las huestes de Ariovisto en el 58 a. C. (no sin importantes reveses, como la destrucción de las legiones de Quintilio Varo por parte del jefe germano Arminio en el 9 d. C.). No obstante sufrió un parón en los primeros decenios de nuestra era, tras la guerra liderada por Germánico entre el Rin y el Elba en el 14-16 d. C., y la consiguiente decisión de Tiberio (14-37 d. C.) de abandonar la orilla derecha del Rin y fijar el *limes* septentrional a lo largo del curso de este río y del Danubio.

Durante el reinado de Marco Aurelio tuvo lugar la primera y significativa violación de esta línea de frontera, en el

166, momento en el que cuados y marcomanos atravesaron el Danubio y llegaron hasta Aquilea, antes de ser detenidos y obligados a retroceder por las tropas imperiales. Finalizada la dinastía de los Severos, con el asesinato de Severo Alejandro en el 235, en una revuelta militar, se inauguró un largo periodo de graves inestabilidades políticas, iniciadas con el ascenso temporal al poder de Maximino y que se prolongarán hasta el 284, con la llegada al trono de Diocleciano. Este lapso de tiempo se caracterizó por las luchas intestinas y por una sucesión precipitada de emperadores, a menudo protegidos por el ejército y generalmente incapaces de mantener su posición por mucho tiempo. Durante aquellos turbulentos cincuenta años sobrevinieron numerosos episodios de violación del *limes* septentrional y de correrías de bárbaros en territorio imperial, facilitadas por la precariedad defensiva.

En la segunda mitad del siglo III, y mientras se intensificaba en Oriente la presión persa sobre Mesopotamia y Siria, se acentuó la inestabilidad de la frontera danubiana, acosada por el dinamismo creciente de los godos, aliados ocasionalmente con otras tribus (como carpos o jazigos). En el 248, mientras se celebraban los fastos del milenio de Roma, los godos penetraron en la Península Balcánica, obligando a intervenir al general Aecio, que sería aclamado en breve emperador por sus mismos hombres. Un par de años más tarde, Aecio debería afrontar de nuevo a los godos, encontrando en esta ocasión la derrota y la muerte en Mesia en junio del 251. Con Valeriano en el poder desde el 253, el *limes* germánico fue traspasado por francos y alamanes y, simultáneamente, las costas de la Galia fueron saqueadas en varias ocasiones por piratas sajones. El sucesor de Valeriano, Galieno, consiguió en un primer momento bloquear a los alamanes en el alto Danubio y a los francos en el Rin, aunque la amenaza resurgió bien pronto, con el acceso de los francos hasta Hispania, tras haber recorrido toda la Galia, y la llegada de los alamanes a la llanura lombardo-véneta, una vez atravesada la Recia y superados los valles alpinos. Galieno consiguió hacer retroce-

der a los primeros hasta la llanura del Rin y, hacia el 259, infligió una fuerte derrota a los segundos en las proximidades de Milán; a partir de ese momento y a lo largo de su reinado (que concluyó en el 268), la frontera renana fue defendida, no tanto por las tropas del emperador como por las de Póstumo, quien, tras haberse rebelado en Roma, gobernaba la Galia como un territorio autónomo. Por su parte Mesia, Iliria, Tracia, Grecia y las regiones asiáticas fueron objeto de continuas correrías de los godos, hasta que Galieno venció en el 268 a Naiso en la Mesia superior y contuvo a su gente hasta más allá del Danubio. El sucesor de Galieno, Aurelio Claudio, debió afrontar bien pronto una nueva incursión de los alamanes en la Lombardía (que manifestaban su turbulencia desde hacía tiempo en la Recia), a quienes desbarató en el lago Garda. Sin embargo, fue más relevante el éxito sobre los godos, inmersos en la enésima campaña de razias en territorio imperial, plegados tras dos batallas consecutivas en Dobero (Macedonia) y Naiso en el 269. Se concedió a los supervivientes la posibilidad de enrolarse en el ejército imperial o bien establecerse como colonos en territorio romano, mientras que Aurelio Claudio asumía el título honorario de Gótico inmediatamente después de las victorias.

Las acciones de Aureliano, llegado al poder en el 270, fueron también particularmente enérgicas y afortunadas. Una vez que los vándalos fueron expulsados de Panonia se consolidó la frontera danubiana, repeliendo a los godos en la Dacia y dominando a los carpos. Las derrotas más contundentes las sufrieron los jutungos en Fano y Pavía, quienes, tras su irrupción en Italia y su primera victoria en Piacenza, efectuando razias a lo largo de toda la vertiente adriática, fueron percibidos como un peligro de tal calibre que hasta Roma se vio obligada a reconstruir sus murallas a toda velocidad. Pocos años después, el emperador Probo (276-282) hubo de librar los territorios de la Galia de la presencia de francos, alamanes, burgundios y senones, combatiendo también en el Danubio frente a los vándalos; en el 281 pudo celebrar su triunfo en Roma tras sus éxitos en otros frentes de Asia y África. A

finales del siglo III, Roma parecía haber contenido todas las fallas que se abrían cada vez con mayor frecuencia a lo largo de sus fronteras. Incluso en momentos posteriores, sobre todo durante el mandato de Constantino, los panegiristas, desde Nazario a Porfirio y Eusebio de Cesarea, divulgaron una imagen de paz generalizada, que, sin embargo, contrastaba con la realidad.

Mientras se reanudaban las hostilidades con los persas, Constantino se vio obligado a intervenir en la Galia contra los francos. Más al este, consiguió calmar a sármatas y godos, abriéndose en esta ocasión a la misión evangelizadora del obispo Ulfila, que los convirtió al cristianismo, aunque fuera en su variante arriana. Esta confesión, derivada de la antigua controversia teológica en torno a la naturaleza de Cristo y condenada como herética por la cristiandad latina y griega en el concilio de Nicea del 325, quedó arraigada en las estirpes bárbaras (la adoptaron godos, vándalos y lombardos). Lo hicieron en ausencia de una auténtica conciencia teológica y la asumieron, junto a otras expresiones culturales, como elemento de identidad y distinción de los romanos católicos, dotándose de una estructura eclesiástica arriana propia.

Durante el breve reinado de Juliano (361-363), el emperador que intentó sin fortuna un efímero retorno al paganismo, la presión bárbara en Galia y Germania aumentó hasta obligar al soberano a intervenir con determinación. En el 357 derrotó a los alamanes en Estrasburgo, recuperó Colonia y atacó a los francos antes de desplazarse hasta el frente persa, donde murió. Una vez más, eran victorias parciales y provisionales que aplacaban sólo de manera momentánea la violencia de las diversas estirpes, que retomaban su actividad en el mismo momento en que las tropas imperiales debían desplazarse a otro frente. De este modo, sármatas, cuados y los mismos alamanes renovaron su amenaza en los últimos treinta años del siglo, momento en que el Imperio romano sufrió un embate de intensidad sin precedentes hasta el momento, fruto de un nuevo y enorme impulso migratorio.

Las migraciones del siglo V

La primera gran oleada migratoria que implicó a un número ingente de estirpes se inició a finales del siglo IV y se prolongó a lo largo del siglo siguiente, extendiéndose por un área más amplia que nunca, que abarcaba desde el mar Caspio hasta el extremo occidental del continente europeo e incluso África septentrional. Tuvo su origen en los hunos, que partieron desde sus territorios en la estepa póntica y provocaron una serie de desplazamientos en cadena que tendrían un eco a vastísima escala. Es imposible identificar los motivos profundos de este fenómeno. Seguramente concurrirían un conjunto de factores diversos, cuya dimensión individual se puede valorar sólo de manera hipotética: desde las reorganizaciones político-territoriales que estaban teniendo lugar en el mundo asiático, hasta la frontera china, al probable cambio climático que convirtió en inhóspitas regiones muy amplias y que obligaría a poblaciones enteras a buscar territorios más favorables. En el caso de las estirpes que habían tenido contactos con la romanidad y que habitaban en zonas próximas al Imperio, debió de ser también una buena motivación saber que en sus provincias había riquezas conspicuas y que los romanos eran cada vez más incapaces de defenderlas.

Hacia el 370, los hunos, en su éxodo hacia Occidente, agredieron los dominios de los ostrogodos en la Rusia meridional, obligando a éstos a dirigirse hacia el curso del Dniéster. Allí se encontraron a los visigodos, asentados en aquella zona y que a su vez pidieron la autorización al emperador de Oriente, Valente, para ponerse a salvo a este lado del Danubio. Una vez atravesado el río, los godos no detuvieron su marcha, y se dirigieron de manera resuelta hacia los ricos países mediterráneos, saqueando los territorios que iban atravesando. Hasta tal punto llegó la agresión, que el emperador Valente se vio obligado a ponerse al frente de la expedición que salió en su busca, sin esperar siquiera el auxilio de su colega occidental, Graciano. El 9 de agosto del 378 las tropas

romanas sufrieron una gran derrota frente a los godos en la llanura de Adrianópolis, en Tracia. Las filas de los bárbaros se habían visto reforzadas para la ocasión por contingentes hunos y alanos y el mismo emperador cayó muerto en la batalla, junto a muchos otros oficiales y numerosísimos soldados. Esta última circunstancia tuvo un eco vivísimo y desconcertante. La derrota, de gravedad militar indudable, aunque no excepcional, fue sobredimensionada en la conciencia de los habitantes del Imperio, a quienes se hizo manifiesta la incapacidad de Roma de reaccionar de manera adecuada frente a las adversidades. A ojos de muchos observadores, sobre todo de generaciones posteriores, Adrianópolis conquistó un valor simbólico y fue considerada, en palabras de Zósimo y de Rufino, un signo del que extraer una enseñanza moral acerca de la degeneración del Imperio y la infausta suerte que le esperaba. Los pactos que se estipularon desde entonces de manera permanente entre los godos y el sucesor de Valente, Teodosio, llevaron a la pacificación a cambio del asentamiento de los primeros en Tracia en calidad de *foederati* en el 382. No obstante, la debilidad política y militar demostrada por los romanos, dejó espacio a otras pretensiones e iniciativas por parte de los bárbaros.

De hecho, poco después, el jefe visigodo Alarico protagonizó correrías en la Iliria occidental y en Grecia, dirigiéndose posteriormente y de manera repentina hacia Italia. En el 401 sus guerreros tomaron Aquilea, ciudad de importancia primordial en el ángulo nororiental de la península, y sólo la solícita intervención de Estilicón, un general imperial de origen vándalo, que los derrotó en Pollenzo y en Verona, salvó de una suerte análoga a otros centros de la región. En palabras, salpicadas de preciosas imágenes mitológicas, del poeta contemporáneo Claudiano, sobre todo en las páginas de su *De bello Gothico*, las victorias del general eran saludadas con tonos de triunfo, como justo castigo a la maldad de Alarico y fuente de salvación para Roma: el camino hacia la ciudad había quedado bloqueado por las armas imperiales y por el mismo Dios Eridano, personificación del río Po, recuperado

ahora como figura del *limes*, menos físico que psicológico, erigido en tutela de la Urbe. En breve Estilicón sería de nuevo reclamado para frenar a las bandas reunidas en torno al ostrogodo Radagaiso, que acosaron Italia septentrional antes de ser exterminadas en Fiésole. Pero estos éxitos no se demostraron en absoluto resolutivos: rechazados, pero no vencidos, los visigodos volvieron a Italia en el 408 y decidieron marchar directamente sobre Roma, en cuyo camino no encontraron obstáculos apreciables, una vez privadas las tropas romanas de guía adecuada. Estilicón, que tras los éxitos conseguidos había obtenido demasiado poder a ojos de la aristocracia senatorial, había sido asesinado en medio de un complot, acusado de ser él mismo bárbaro y de llevar una política demasiado condescendiente con otros bárbaros. Roma fue asediada y, tras el fracaso de las tratativas mantenidas entre Alarico y el emperador Honorio, retirado a Rávena, fue asaltada y saqueada durante tres días, en agosto del 410. La caída de la ciudad tuvo una repercusión vastísima, incluso superando la indudable gravedad del evento, tal y como expresan los testimonios angustiados de Jerónimo y San Agustín. Aún cuando habia perdido ya muchas de las prerrogativas y ventajas de que disfrutó en el pasado, continuaba siendo la cuna del Imperio universal, además de sede de los sepulcros de los apóstoles y ciudad inviolada desde la remota época de las invasiones de los galos de Brenno, hacia el 380-396 a. C. Cargados con el botín y con rehenes, los visigodos se dirigieron hacia el sur, agrediendo Capua y Nola y llegando hasta el estrecho de Mesina, con la intención seguramente de entrar en Sicilia y pasar desde aquí a la fértil costa africana. Sólo la muerte imprevista de Alarico ese mismo año en Coscenza (según la leyenda está enterrado en el lecho del río Busento) fue capaz de frenar este impulso arrollador.

Aún más perturbadores para el equilibrio de la *pars occidentis* del Imperio fueron los acontecimientos sucedidos en el invierno del 406-407 sobre la frontera renana, en esos momentos ya completamente abandonada por las tropas romanas y defendida principalmente por *foederati* francos y

alamanes. La constante presión de los hunos sobre Occidente, hasta constituir un dominio suficientemente estable en Panonia, empujó a vándalos, suevos y alanos a atravesar el Rin e irrumpir en la Galia. El país fue recorrido a lo largo y ancho por las bandas de los invasores, a los que siguieron otras estirpes como los burgundios o los mismos alamanes. El Imperio, ocupado en combatir a los visigodos en Italia, no fue capaz de asumir medidas tempestivas para defender los territorios de la Galia. También fue vana la débil respuesta del usurpador Constantino, proclamado emperador por las tropas en Britania y preparado para atravesar el Canal de la Mancha y hacer frente a la situación, aunque incapaz después de obtener resultados tangibles. En el 409 grupos de bárbaros atravesaron los Pirineos y llegaron a la Península Ibérica, donde, tras un periodo de correrías, acabaron asentándose y repartiéndose las zonas de influencia: los vándalos hasdingos y los suevos se quedaron en los territorios del noroeste, los vándalos silingos ocuparon la Bética, en el extremo meridional, mientras que los alanos se establecieron en la porción media del país.

En la Galia meridional, liberada de las estirpes trasladadas más allá de los Pirineos, se establecieron los visigodos, conducidos fuera de Italia por el sucesor de Alarico, Ataulfo. El emperador Honorio les había concedido en el 413 el estatuto de *foederati* en la Narbonense, como recompensa por el apoyo que obtuvo de ellos frente al usurpador Jovino. Sin embargo, poco tiempo después, tras las campañas militares de Roma contra los bárbaros de la Península Ibérica, los visigodos ocuparon toda Aquitania, que finalmente les fue concedida como recompensa. Se creó así el reino visigodo, que a partir del 418 se extendió por toda la Galia suroccidental, constituyendo, así, en pleno territorio imperial, y con centro en Tolosa, una entidad bárbara sólida y bien definida, a estas alturas imposible de reabsorber. Roma intentaba racionalizar los nuevos equilibrios político-territoriales ya creados *de facto* y conformados a medida que Roma perdía la capacidad de control efectivo de sus provincias. Se esforzaban por reconducir la

nueva y convulsa realidad al orden constituido, encuadrando conceptual y jurídicamente las diversas entidades bárbaras a través del principio de *foederatio*, que contemplaba la subordinación de éstas a la majestad superior del Imperio. En más de una ocasión se preocupó también de utilizarlos para desarrollar sus propias estrategias, enfrentando, cada vez que se presentaba la ocasión, a unos contra otros: así sucedió, por ejemplo, en la guerra provocada entre el sucesor de Ataulfo, Valia, contra los vándalos silingos y los alanos de la Península Ibérica, quienes, tras su derrota, dejaron el territorio en manos de los vándalos hasdingos y de los suevos.

La Galia se estabilizó con el emperador Valentiniano III (425-455), gracias, sobre todo, al *magister militum* Aecio, romano de nacimiento, aunque educado con el visigodo Alarico, a quien había sido cedido como rehén, y, por tanto, con los hunos. Retirado el asedio que los visigodos, a pesar de los acuerdos que mantenían sobre Arles, bloqueados los francos ripuarios, es decir, las tribus establecidas en la ribera derecha del Rin, y detenida la marcha de los francos salios, que vivían más al norte, Aecio lanzó a sus aliados hunos contra los burgundios situados más al sur (en el 425 había caído en sus manos Cambrai), quienes sufrieron una gran derrota. Los burgundios supervivientes fueron obligados a desplazarse hacia Sapaudia, entre Grenoble y Ginebra, paralelamente al establecimiento en diversas áreas del país de grupos de inmigrados alanos.

La recomposición parcial, al menos momentáneamente, del cuadro territorial de la Galia, no se repitió en Britania, que escaparía a Roma bien pronto. Desde los años setenta del siglo IV, la porción de isla bajo control romano, muy amenazada por incursiones piratas, cada vez sufría más agresiones también por parte de los pictos de Escocia, que habían superado el *limes* septentrional, y de los escotos, quienes, desde Irlanda, embestían por mar las regiones occidentales de Cornualles y Caledonia. Los escotos terminarían de ocupar Escocia en el siglo IX, sometiendo a los pictos y dejando su nombre a la región. Parecía, por tanto, inevitable una evacua-

ción gradual del ejército imperial en la Britania, para desplazarlo hacia los frentes continentales. La provincia quedó de este modo aislada, por lo que desarrolló un autogobierno efectivo cuya dinámica es prácticamente desconocida, merced a las escasas fuentes que no aclaran casi nada. A partir de mediados del siglo V, se debieron intensificar las agresiones contra la isla por parte de las tribus de anglos, sajones y jutos, procedentes del norte de Germania y cuya llegada por vía marítima asumió con el tiempo los caracteres de una auténtica invasión, frente a la que bien poco pudo hacer la obstinada resistencia de las poblaciones británicas romano-célticas. La conquista del país por parte de los inmigrados germánicos fue larga y fatigosa y buena parte de la misma quedó sumida en la oscuridad. Es cierto que sólo desde mediados del siglo VI se identifican realidades político-territoriales anglosajonas de cierta consistencia y estabilidad, mientras que los indígenas eran relegados a los límites occidentales (correspondientes a las actuales Gales, Devonshire y Cornualles) y septentrionales (Escocia) de la isla. Estas regiones mantuvieron a partir de entonces una fisonomía cultural celta propia, frente a una Inglaterra cada vez más germanizada por los recién llegados. Una parte de los bretones acabó cruzando la Mancha y colonizando Armórica, una vasta región de la Galia noroccidental liberada del control imperial. De este grupo tomó el nombre de Bretaña, constituyendo una nueva isla céltica en medio de una marea germánica que ya ocupaba todo el continente.

La conquista de África por parte de los vándalos guiados por el rey Genserico supuso también un gran impacto para el Imperio. El precario equilibrio creado en la Península Ibérica, tras la intervención de los visigodos a petición imperial, fue muy breve. Los vándalos descendieron bien pronto desde las regiones del norte, donde habían quedado confinados merced a los acuerdos firmados, hacia el sur, ocupando hacia el 428 Sevilla, Cartagena y Baleares. Genserico tomó la decisión de guiar a su tribu más allá del Estrecho de Gibraltar y conducirlos a las costas septentrionales de África, que prometían nuevos y alentadores botines y garantizaban una distancia de

seguridad respecto a la latente presión visigoda. La conquista de África, provincia ya sacudida por repetidas revueltas militares, fue relativamente rápida y estuvo acompañada de grandes estragos y de la devastación general. El eco de las persecuciones contra romanos e iglesias católicas está tan vivo en las fuentes —en particular en la obra del obispo Víctor Vitense— que ha contribuido a ligar de manera indisoluble el nombre de los vándalos a la idea de destrucción y violencia. Téngase presente, no obstante, que estos testimonios proceden de un ambiente católico, interesado en amplificar la connotación negativa de los bárbaros arrianos, exagerando sin lugar a dudas todo lo que sucedió realmente. Cartago fue conquistada en el 439 y sufrió un durísimo saqueo: a mediados de los años cincuenta, los recién llegados controlaban firmemente toda la vasta franja comprendida entre Tanger y Trípoli. Con la pérdida de la rica provincia africana, el Imperio sufrió una gravísima mutilación. Por su parte los vándalos, desde su nueva sede, bloqueados por el desierto, emprendieron una serie de iniciativas por mar, insólitas entre los bárbaros, que los llevarían bien pronto a agredir incluso Italia.

Al mismo tiempo, Roma debía afrontar la cada vez más opresiva amenaza representada por los hunos. Establecidos en Panonia y fortalecidos por núcleos de germanos e iraníes que se habían ido asimilando con ocasión de las diversas correrías que protagonizaban, los hunos habían obligado finalmente al Imperio a entregarles un tributo anual como precio para calmar su hostilidad. Ello, sin embargo, no había impedido que realizaran constantes incursiones en los Balcanes, que llevaban a las precarias renovaciones de los frágiles acuerdos. El rechazo por parte del emperador Marciano, en el 450, a continuar entregando semejante tributo impulsó al *jan* huno Atila a poner fin a la ambigüedad, marchando con brío hacia Occidente en busca de botín. Pasado el Rin, Atila agredió rápida y sucesivamente Metz, Reims y Troyes, amenazó París y se dirigió hacia Orleáns, defendida por un ejército a las órdenes de Aecio compuesto por romanos y por miembros de las diversas tribus bárbaras asentadas en la Galia, incluidos

los visigodos aquitanos del rey Teodorico I. El encuentro definitivo tuvo lugar en el 451, probablemente en el *Campus Mauriacus*, que podría identificarse con Moirey, entre Sens y Troyes (más que con los llamados Campos Cataláunicos, cerca de Châlons, como quiere la tradición), y quedó resuelto con la derrota de los hunos, que debieron retroceder hasta el valle del Rin. De todos modos, fue solo una tregua muy breve, si es cierto que ya en el 452 Atila se puso de nuevo en movimiento, entrando en esta ocasión en Italia. Embistieron en primer lugar Aquilea, que fue devastada; posteriormente asaltaron ciudades importantes como Milán y Pavía y obligaron al emperador Valentiniano III a abandonar Rávena para refugiarse en la más lejana Roma. La misma urbe se perfilaba como objetivo inmediato de los invasores cuando el *jan* decidió de improviso volver sobre sus pasos. La retirada, seguramente, sería resultado de acuerdos satisfactorios con los adversarios romanos, representados, además de por la autoridades laicas, por el papa León I. Sobre tal decisión influiría también el estado de sus guerreros, ya muy fatigados por las largas empresas bélicas y seguramente satisfechos con el botín recogido hasta aquel momento.

Es bien conocida la leyenda que quería atribuir la repentina retirada de Atila a una providencial mediación ejercida por el papa León, cuyo solemne y valeroso encuentro con el enemigo en la confluencia del Po y el Mincio, armado solamente con su autoridad espiritual y con la protección de Dios, suscitaría un respetuoso y oscuro temor en el ánimo del monarca pagano, hasta el punto de hacerle respetar la ciudad de San Pedro. Esta historia (cuyo primer testimonio escrito data del siglo IX, de Pablo Diácono) tuvo un eco muy amplio y resultó fuertemente sugestiva. No sólo difundía el mensaje de la capacidad del pontífice romano para tutelar toda Italia, en este caso frente a un rey identificado, casi por antonomasia, con la más furiosa ferocidad bárbara, sino que, además, se adaptaba a un modelo literario muy utilizado en las fuentes medievales. Se tocaba en éste el tema del encuentro entre un obispo y los bárbaros invasores, como vía de salvación para

la población romana bajo la autoridad del prelado, en estos momentos su único defensor válido. Recordemos, por ejemplo, el caso italiano de otra tribu que, a distancia de más de un siglo de los hunos, fue percibida de manera igualmente violenta y subversiva, los lombardos. Recuérdese el relato del mismo Pablo Diácono acerca de la intercesión del obispo Félix por los habitantes de Treviso frente al rey Alboíno. O la mediación que permitió al papa Gregorio Magno evitar el ataque contra Roma del rey Agilulfo, que llegó a las puertas de la ciudad. Recién regresado a Panonia, Atila murió y su Imperio, mantenido exclusivamente sobre su prestigio y habilidad personal, se disgregó en poco tiempo.

A diferencia de cuanto ocurrió con el jefe huno, León I no pudo hacer nada frente a los vándalos, que saquearon Roma durante quince días del año 455. Partiendo de sus propias bases africanas, efectuaron, a partir del 440, varias razias contra Sicilia (que mantuvieron bajo control hasta mediados de los años setenta) y contra las regiones de la Italia meridional continental y costas españolas. Ocuparon también Cerdeña y Córcega. Mientras tanto la crisis política del Imperio de Occidente se agudizaba. En el 454, Valentiniano III hizo asesinar a Aecio y sólo seis meses después caía él mismo víctima de sicarios. Durante pocas semanas accedió al trono imperial un riquísimo senador, Petronio Máximo, que murió a manos del gentío mientras intentaba alejarse de Roma, asustado ante la llegada de los vándalos. Le sucedió entonces el senador galo Avito, derrotado muy pronto (y consagrado a la fuerza obispo de Piacenza), en otoño del 456, por el oficial suevo Ricimero, un bárbaro de confesión arriana que, como antes Aecio y de alguna manera también Estilicón, se encontró detentando un poder enorme aunque sin querer asumir la carga imperial. De hecho, prefería ejercer la autoridad del gobierno a la sombra de emperadores fantoches que él mismo designaba. Ricimero murió en el 472, poco después de haber subido al trono a Olibirio, que murió a su vez pocos meses después. El nuevo oficial del ejercito de Italia, el burgundio Gundebaldo, nieto de Ricimero, intentó hacer emperador a

Glicerio, pero la carga terminó en manos de Nepote, quien llamó a su lado, como patricio, a Orestes. Con él se abría el último capítulo de la historia del Imperio romano de Occidente.

El fin del Imperio de Occidente

En el 475 Orestes depuso a Nepote, obligándolo a retirarse a Dalmacia e imponiendo en su lugar a su propio y jovencísimo hijo, Rómulo, desde muy pronto conocido como Augústulo en referencia a su poca autoridad. Los numerosos contingentes de bárbaros que, como consecuencia del colapso de la leva ordinaria, constituían ya la base del ejército activo en Italia, pretendieron desde bien pronto que se les concediera el estatuto de *foederati* y las ventajas que conllevaba, al igual que sucedía con los *foederati* de la Galia. La negativa de Orestes indujo a los revoltosos (en su mayor parte hérulos, escitas y godos) a elegir como rey a un oficial escita, Odoacro. Orestes fue arrestado y asesinado, mientras que su hijo Rómulo fue depuesto y se le perdonó la vida sólo en consideración a su edad. Por su parte Odoacro, en vez de continuar con la política de Ricimero, creando soberanos fantoche que se mantuvieran bajo su control, prefirió entregar en el 476 las insignias imperiales al soberano de Oriente, Zenón, reconociendo con ello la autoridad de aquél sobre las dos partes del Imperio. Se reservó el título de *rex*, tal y como hacían los diversos monarcas bárbaros de Occidente, intentando, al parecer sin fortuna, obtener por parte de Constantinopla el título de patricio. Con este acto se sancionaba formalmente el fin del Imperio de Occidente, que era una realidad fáctica desde hacía tiempo. Por otro lado se debe tener en cuenta que los contemporáneos, acostumbrados ya a la enorme inestabilidad de las instituciones, la debilidad crónica de los emperadores y al ejercicio del poder efectivo de los generales bárbaros, asimilaron este proceso de manera mucho menos traumática de cuanto ha querido ver una línea historiográfica (y escolás-

tica) muy consolidada. Según ésta, el 476 marca la división entre la edad antigua y la medieval, atribuyendo a esta fecha un valor de cesura, resultado, a nuestro entender, de una convención.

Los dominios de Odoacro alcanzaban inicialmente Italia, algunas zonas de Recia, invadida en su mayor parte por los alamanes, hérulos y turingios, y de Nórica, víctima a su vez de continuas incursiones y abandonada progresivamente por las tropas romanas. Poco después se extendería hasta Sicilia, obtenida a través de acuerdos con los vándalos, y Dalmacia. Entre el 487 y el 488, lideró una campaña victoriosa contra los rugios, que habían superado el Danubio y ocupado Nórica, aunque no podría conservar durante mucho tiempo el territorio liberado. Ésta fue la última empresa de Odoacro. Zenón, que probablemente había lanzado ya a los rugios contra él, envió hacia Italia el mucho más terrible *exercitus* de los ostrogodos, guiados por Teodorico con el doble objetivo de alejar de los confines de la *pars orientis* la amenaza que aquéllos representaban y de poner fin en la península a un régimen que no era de su agrado. Una vez más serían utilizadas armas bárbaras contra los mismos bárbaros, en una elección imperial dictada por eventualidades tácticas y no por una más amplia visión estratégica.

La expedición de Teodorico salió en otoño del 488 desde *Novae* (la moderna Sistov) en la *Mesia inferior* (que ocupaba básicamente la moderna Bulgaria). Finalmente se avendría a respetar un *foedus* por el que el emperador confiaba al rey ostrogodo la administración de la prefectura de Italia, que comprendía, además de la diócesis de Italia, a su vez ordenada en 17 provincias, la Iliria, compuesta por seis provincias, y África, en esta época ya en manos de los vándalos. El ejército de Teodorico, que junto al núcleo ostrogodo predominante contaba con contingentes de otras estirpes, rugios y gépidos, sobre todo, irrumpió en la península por su frontera nororiental, por el paso de Silva Piri. Era un paso tradicional, que tomaban desde tiempos remotos todas las *gentes* que pasaban los Alpes procedentes de Oriente. Derrotado en un

primer encuentro en el Isonzo, Odoacro se atrincheró en Verona, confiando en las sólidas defensas de este núcleo, que, de todos modos, reforzaría para la ocasión excavando un nuevo foso. Pero, frente a la evidente superioridad militar del enemigo, se vio obligado bien pronto a trasladarse hasta Rávena, donde resistió otros tres años antes de rendirse definitivamente al rival. Despreciando cualquier acuerdo, Teodorico lo asesinó tras su rendición durante un banquete. De este modo, y tras obtener el reconocimiento del Senado romano, Teodorico se convertía en el 493 en el nuevo señor de Italia.

Mientras tanto, en la Galia se habían producido importantes procesos de ordenación territorial de las diversas tribus allí presentes. Los francos ripuarios extendieron su área de dominio a toda la región comprendida entre las modernas Maguncia y Bonn, descendiendo por el Rin hasta Colonia; los francos salios, por su parte, conservaron sus posesiones septentrionales. Los alamanes se establecieron en Alsacia y en la Suiza oriental, junto a los burgundios, quienes, expulsados de la Sapaudia que se les había asignado en el pasado, ocuparon junto a la Suiza occidental otros territorios, entre los que se contaba la región de Lyon. Permaneció intacta una especie de reliquia galorromana en medio de un contexto ya germanizado: la zona comprendida entre el Somme y el Loira, donde el general romano Siagrio mantendría, con ayuda de las milicias bárbaras, un dominio personal con centro en Soissons hasta que, en el 486, cayó en manos francas. La debilidad de la *pars occidentis* del Imperio en sus últimos años de vida fue aprovechada también por los visigodos. Durante los reinados de Teodorico II y de Eurico, añadieron a sus dominios Auvernia, Provenza y los territorios al sur de los Pirineos, arrasados por los suevos, quienes fueron marginados en Galicia. A mediados de los años setenta del siglo V su reino se extendía por una porción muy amplia del Occidente romano, entre el Loira y Gibraltar, el Atlántico y los Alpes marítimos, y representaba una de las construcciones más notables entre las entidades político-territoriales bárbaras.

A partir del 481 se inauguró un proceso de transformación de los equilibrios de la Galia que daría lugar a una constitución política realmente nueva. Los francos salios, antiguos *foederati* del Imperio, y, por tanto, parcialmente romanizados, habían permanecido estables hasta ese momento en la antigua provincia septentrional de *Belgica Secunda*. Tras obtener el liderazgo de todas las tribus francas, y bajo la guía del rey Clodoveo (481-511), hijo de Chilperico, de la estirpe regia de los merovingios (descendientes de un mítico progenitor Meroveo), comenzaron a extenderse hacia el sur. Conquistaron primero el territorio de Siagrio y se anexionaron después el reino de los alamanes. El éxito militar sobre estos últimos, confirmado en la batalla decisiva de Tolbac, precedería la conversión al catolicismo de Clodoveo, relatada por Gregorio de Tours. Ésta repetía el modelo de la adopción del cristianismo practicada por Constantino tras su batalla contra Magencio en el puente Milvio, como agradecimiento a Dios, que le otorgó la victoria. De este modo, Clodoveo se convirtió en el primer monarca germánico que pasó directamente del paganismo al cristianismo en su forma ortodoxa, sin conocer la herejía arriana, tal y como había sucedido con los otros bárbaros. El siguiente movimiento de los bárbaros, una vez reprimidos los turingios y los burgundios, fue agredir el potente reino visigodo del sur: tras largos años de luchas, los visigodos sufrieron una derrota definitiva en Vouillé, junto a Poitiers, donde cayó muerto su rey Alarico II. A partir de entonces, la presencia visigoda en la Galia quedó restringida al extremo meridional y en breve, sobre todo tras una nueva derrota militar en el 531, se vería reducida a su presencia en España (salvo pequeños núcleos en el norte de los Pirineos). Por su parte los francos, victoriosos, consolidaron definitivamente un predominio que se extendía desde el Rin hasta el golfo de Gascuña. Además, gracias a la conversión al catolicismo de su rey, se ganaron la simpatía inmediata y la plena disponibilidad de las clases dirigente laicas y eclesiásticas galorromanas, que predominaban socialmente en las provincias meridionales. Todo ello contribuyó a poder completar la conquista de la Galia en

el 537, con el acceso al reino de los burgundios y más tarde la anexión de Provenza, en manos de los ostrogodos.

En la Península Ibérica los visigodos consolidaron su reino, que tendría como centro principal Toledo. Se distribuyeron de tal modo que pudieron controlar los nudos articuladores del territorio, sobre todo, y vigilar las áreas marginales del país, donde sobrevivían entidades extrañas que serían absorbidas con el tiempo por la creciente potencia visigoda. Se mantuvo a duras penas la presencia bizantina, limitada a la Bética (tras el fracaso de los planes del emperador Justiniano de reconquistar toda Hispania a mediados del siglo VI) y sólo hasta los años treinta del siglo VII. En el extremo opuesto, en la Galia y en la franja septentrional del moderno Portugal, el reino de los suevos, poco conocido, aunque definido a partir del paso de los vándalos a África, se derrumbó en torno al 585. Los únicos que defendieron con eficacia su propia independencia frente a los visigodos fueron las poblaciones indígenas de las zonas montañosas del norte y noroeste, es decir, los vascones o vascos.

Los nuevos reinos

Los reinos «romano-barbáricos»

A finales del siglo V el Imperio romano de Occidente había dejado de existir, en sus formas y en su sustancia, y sobre la superficie que antes ocupaba surgían ahora nuevas entidades político-territoriales. Se caracterizaban por una heterogeneidad de espacio y configuración. La historiografía moderna, adoptando una fórmula convencional, ha acordado denominar a los núcleos constituidos reinos romano-bárbaros (o latino-germánicos), subrayando con ello su carácter complejo tanto en el plano étnico como en el de sus expresiones institucionales. De hecho, se trataba de realidades en las que minorías bárbaras de emigración reciente convivían con una mayoría de población romana (entendiendo como tales las

poblaciones ya asimiladas por el Imperio, cuya identidad étnica podía ser de todos modos de naturaleza diversa) en un mismo territorio. Unos y otros quedaban sometidos bajo un solo dominio político, en cuyo vértice había un rey bárbaro que generalmente colaboraba de algún modo con los viejos sectores dirigentes de la sociedad laica y eclesiástica romana. Junto a las instituciones propias de su estirpe, tendía, por tanto, a mantener en gran medida la infraestructura administrativa imperial. En los nuevos reinos, las familias eminentes de origen romano conservaban a menudo un papel preponderante en la nueva sociedad, asumiendo cargos políticos y administrativos de alto nivel (recuérdense las funciones desempeñadas por un personaje como Casiodoro en la Italia ostrogoda). Junto a aquéllos, la aristocracia bárbara se reservaba el monopolio de las armas, el poder militar. Se mantuvieron en vigor las estructuras de base de la administración romana, aún cuando se practicaron modificaciones e innovaciones parciales en todos los sectores, desde el aparato burocrático hasta las formas de ordenación del territorio, desde el sistema fiscal a la moneda. Aún así, se mantenían como las soluciones más adecuadas para organizar sociedades complejas, tan diferentes a las vigentes en el mundo de los bárbaros antes de su asentamiento definitivo en suelo imperial.

En el ámbito del ordenamiento jurídico coexistieron sistemas de derecho diferentes, reconocidos todos ellos como válidos, vigentes en los diferentes grupos étnicos. Es decir, que mientras la estirpe bárbara inmigrada se regulaba según las propias costumbres, los romanos continuaron rigiéndose por las normas de derecho romano. Esta división no era tal respecto a las instituciones de derecho público que concernían a la estructura misma del reino (por ejemplo, el poder de las autoridades de gobierno), pero se aplicaba a todos los demás campos. La separación más o menos acentuada que se mantuvo entre las diferentes realidades étnicas, al menos en los primeros tiempos, hacía poco frecuentes las relaciones jurídicas recíprocas y, por tanto, no daba lugar muy a menudo a conflictos entre las varias normativas. Pero, cuando esto

sucedía, intervenían disposiciones precisas que ofrecían las soluciones y los criterios de preferencia en cada caso. Pasado un tiempo del nacimiento de los reinos y tras quedar territorial e institucionalmente estabilizados, las tribus bárbaras se preocuparon por codificar y poner por escrito sus costumbres, transmitidas hasta aquel momento sólo de manera oral. Salvo excepciones, como el caso de los anglos, no lo hicieron en sus propios idiomas sino en latín, la lengua de las grandes compilaciones jurídicas. Entre finales del siglo V y el siglo VIII se codificaron las leyes bárbaras, incluyendo las de las principales *gentes*, desde los visigodos a los burgundios, desde los francos (salios y ripuarios) a los lombardos, desde los alamanes a los bávaros..., dando lugar a un conjunto de textos heterogéneo, más o menos abierto a contaminaciones e influencias externas, especialmente del derecho romano y del canónico, sobre todo tras la cristianización y la fusión étnica. Es posible (y éste es un tema actual y objeto de una vivaz discusión historiográfica) que, con el paso del tiempo, estas compilaciones superaran su propia naturaleza de normativa limitada a la estirpe y asumieran una validez territorial, vigente para todos los súbditos del reino, aun cuando adquirieran dinámicas y formulaciones que deben ser valoradas caso por caso.

Desde un punto de vista jurídico formal, los reinos latino-germánicos se presentaban como porciones del territorio imperial sobre las que se habían asentado ejércitos aliados —es decir, las estirpes inmigradas— sobre la base de un *foedus*. Al menos a ojos de las poblaciones romanas, aquéllos obtenían su legitimidad del Imperio, siempre único y con sede entonces en Constantinopla, al cual estaban conceptualmente subordinados. Sus mandos unían, por tanto, a un poder de estirpe, de carácter militar y sacro, en cuanto jefes legitimados por la victoria bélica y descendientes de unidades o de héroes epónimos, los cargos de las magistraturas romanas, sobre todo el de *magister militum*. Se les aplicaba el término latino de *rex*, aunque esta fórmula, empleada indistintamente para designar a los diversos jefes políticos de las estirpes

bárbaras, no siempre aludía al carácter de la dignidad que revestían realmente, según las tradiciones de cada *gente*, los poderes y las prerrogativas a ellas vinculados. Repetimos, eran soluciones formales —y quizá en parte formalistas— necesarias en un contexto totalmente nuevo y útiles a los reyes bárbaros para adquirir un legitimación frente a los súbditos romanos, a la vez que a estos últimos les permitía racionalizar los cambios que se sucedían y ajustar la pluralidad de los reinos en los que se encontraron viviendo con el ideal siempre vivo de la unidad y unicidad del Imperio cristiano.

Por otro lado, es útil identificar los elementos concretos que marcan la continuidad que mantuvieron regiones como Italia, la Galia o la Península Ibérica en el tránsito del antiguo orden imperial al de los reinos ostrogodo (tras la breve «transición» representada por Odoacro), franco y visigodo (parece, sin embargo, diferente el cuadro que presenta el África de los vándalos, donde la ruptura adquirió trazos más traumáticos). Pero si, por un lado, los elementos de continuidad corregirían la impresión equivocada de cesuras demasiado drásticas, por otro lado se corre el riesgo de infravalorar los fenómenos de transformación que sin duda existieron y que, de hecho, caracterizan el desarrollo de las provincias occidentales respecto al Oriente bizantino, donde la herencia de Roma parece transmitirse de manera mucho más lineal. Por otro lado es imposible pretender reducir a tipologías generales las dinámicas que siguieron los diferentes reinos y que resultan ser muy diversas, tanto que cada acontecimiento debe ser estudiado de manera específica, sin la pretensión de abstraer de un conjunto tan heterogéneo categorías interpretativas que simplifican de manera arbitraria lo que fue articulado y desigual.

En primer lugar la duración de los diversos reinos formados sobre los restos del Imperio de Occidente fue desigual, teniendo alguno de ellos una vida breve que sólo les permitió dejar una débil impronta en la historia del país en que se había desarrollado (caso de los vándalos en África, de los

ostrogodos en Italia o de los suevos en el noroeste de la Península Ibérica). Otros, sin embargo, sobrevivieron largo tiempo y transmitieron una herencia precisa a las épocas posteriores: en este sentido se puede hablar de los visigodos de España, de los lombardos en Italia (cuyo reino se formó más tarde, a partir del 569) y, sobre todo, de los francos, en cuyo ámbito de influencia y en cuya larguísima tradición política se crearon las bases de grandes naciones del Occidente europeo como Francia y Alemania. También podemos hablar en ese sentido de la presencia anglosajona en Inglaterra, a pesar de la fragmentación política que mantuvo durante mucho tiempo una pluralidad de reinos de dimensiones e importancia diversa y en conflicto frecuente entre ellos; no obstante, mantendría su hegemonía hasta la llegada de los normandos, en el 1066, y se encuentra en las bases de la futura monarquía inglesa. En general parecen tener una mayor perdurabilidad las experiencias que supieron remodelar y renovar las viejas instituciones romanas, mientras que resultaron fallidos los intentos de mantener inalteradas las estructuras antiguas, superponiendo simplemente el nuevo grupo étnico a la masa de los indígenas (como sucedió con los ostrogodos en Italia).

El grado de integración de bárbaros y romanos presenta también una gran diversidad en las diferentes realidades. En África e Italia vándalos y ostrogodos se mantuvieron separados de la población romana, actuando como una minoría armada, agregada, cuando no superpuesta a aquélla. La conservación de las diferencias de credo religioso, la herejía arriana para los bárbaros frente al catolicismo de los indígenas, constituyó en sí misma un elemento de afirmación de la propia alteridad. Aun así, en el régimen de Teodorico se buscó la colaboración de la clase senatorial itálica e incluso, en cierta medida, de los mismos cuadros de la iglesia romana, que intervendrían en el propio gobierno, por lo menos antes del drástico cambio de dirección que lo llevaría a asumir iniciativas anticatólicas en sus últimos años de vida. Por su parte los vándalos —al menos según lo que nos dicen las

fuentes, todas ellas abiertamente hostiles— mantuvieron siempre excluidos a los romanos de la vida política del reino y adoptaron posturas de abierta persecución contra ellos, sus propiedades y su iglesia, mediante confiscaciones sistemáticas en perjuicio de los propietarios romanos desde el momento en que se asentaron allí con mecanismos bien diferentes de la *hospitalitas* (adoptada por los ostrogodos). En el frente opuesto, la precoz conversión al catolicismo del rey franco Clodoveo, fechada entre el 496 y el 506 y resultado de la concomitancia de estrategias políticas y de motivaciones personales (las fuentes recuerdan la influencia que ejerció sobre él el obispo Remigio de Reims y el ejemplo de su esposa, la reina cristiana Clotilde), favoreció el acercamiento progresivo entre los francos y la población galorromana, que estimularía una gradual, lenta, pero imparable fusión de los dos grupos étnicos. Gracias al apoyo de los obispos y de las clases dirigentes galorromanas, los reyes francos consiguieron transformar su poder en sentido territorial, ejercitándolo sobre todos los individuos que vivían en el reino, independientemente de su filiación étnica. La España visigoda, tras la conversión del rey Recaredo en el 589, asistió a un fenómeno análogo, aun cuando mantuvo unos rasgos específicos y un desarrollo aún por analizar y sobre el que volveremos más adelante.

El elemento que, a nuestro entender, aúna todas estas experiencias y explica a la vez las fuertes disparidades de sus respectivos desarrollos y resultados, es el intenso carácter experimental que todas ellas presentan. Buscan en un contexto completamente modificado nuevas formas de encuadramiento político de las poblaciones occidentales, nuevos equilibrios institucionales y modelos de convivencia para los que no existían precedentes. Era inevitable, por tanto, que se caracterizaran por una naturaleza fuertemente empirica, condicionada por las especificidades locales y por la diversidad de las condiciones de partida. Su trayectoria de ninguna manera podría resultar predeterminada ni desarrollarse en un modo lineal y uniforme.

El reino de los merovingios, de excepcional importancia, fue el punto de convergencia entre la masa galorromana y una minoría franca. Se estima que estos últimos no alcanzaron más del dos por ciento de la población total, con una neta preponderancia numérica en las regiones septentrionales y una presencia reducida a pocos funcionarios y sus familias en el sur. La fusión fue muy lenta y requirió al menos un par de siglos, aunque estuvo favorecida, tal y como se ha anunciado, por la fe católica común. Mantuvo, sin embargo, dinámicas diferentes en las distintas regiones, debido a la desigual distribución étnica, y en los diferentes estratos sociales. De este modo, resultaría más fácil a los dos extremos opuestos de la sociedad, es decir, por un lado, a campesinos y grupos adscritos al ámbito rural dependientes de un mismo señor y, por el otro, a la aristocracia, francos que empezarían desde muy temprano a entrar en las filas del episcopado, de la que saldrían al menos en el norte. Menos rápida, sin embargo, aunque en todo caso culminada satisfactoriamente con el paso del tiempo, resultó esta asimilación entre los estratos intermedios, los pequeños propietarios, los mercaderes, o los habitantes de las ciudades. La obligación de responder a la llamada del ejército por parte de los romanos desde los primeros tiempos, resultó ser un fuerte elementos de integración de los dos grupos, además del hecho de compartir el credo religioso, ya que convertía en pares a unos y otros como libres armados.

Pero hay que tener presente que las leyes de los francos, al menos durante los dos primeros siglos de vida del reino, testimonian la permanencia de ciertas desigualdades en los derechos de los dos grupos étnicos. De tal modo es así que, por ejemplo, el valor social de los romanos era inferior al de los francos en el cálculo del montante de la composición, es decir, en la suma que alcanzaban las indemnizaciones que, según el derecho germánico, en caso de delito el culpable debería entregar a la víctima o a sus familiares. No obstante

estas discriminaciones jurídicas, que desaparecerían a finales del siglo VII, no obstaculizaron a los romanos en sus deseos de ocupar posiciones sociales elevadas, tal y como sucedía en la antigua Roma con los libertos (por poner un conocido y eficaz ejemplo de Marc Bloch); cuyo poder y riqueza no impedía que permanecieran en un estatus jurídico inferior al de un simple ciudadano romano. En el siglo VIII los elementos franco y romano aparecían ya plenamente fusionados. Desde este momento las diferenciaciones culturales y políticas dentro del reino se redujeron a contraposiciones regionales, sobre todo entre el norte, más germanizado, y el sur, donde se conservaba más viva la herencia latina.

En el plano político, la solidez y continuidad del reino franco no se vio minada ni por los repetidos fraccionamientos de su territorio bajo diferentes soberanos, ni por la inestabilidad endémica, ni por los prolongados estados de tensión, si no de abierta beligerancia entre las diversas regiones. Al menos hasta el 561, año de la muerte de Clotario I, los sucesores de Clodoveo mantuvieron la fase de expansión del territorio franco y, a lo largo de todo este período, se verificaron repetidas intervenciones fuera del reino, sobre todo en Italia, donde aprovecharon la guerra entre ostrogodos y bizantinos para asegurarse el control temporal de algunas regiones. A la muerte de Clodoveo, en el 511, el territorio del reino que había construido se dividiría entre sus cuatro hijos, Teodorico I, Clodomiro, Childeberto I y Clotario I. Pero no por ello desapareció la percepción de un *regnum francorum* como entidad unitaria; respondía simplemente al principio según el cual el reino constituía el patrimonio privado del rey y, en cuanto tal, podía ser subdividido a su muerte entre sus herederos, partícipes todos ellos en igual medida del carisma regio. En los años sesenta del siglo VI, estas particiones, que se respetaban en cada generación, darían lugar a regiones territorialmente bien definidas y dotadas de límites muy estables, que recibirían en el curso del tiempo los nombres de Austrasia (al este), Neustria (al oeste), Borgoña (en el valle

del Saona) y Aquitania (al suroeste). El sistema de particiones territoriales gobernadas por soberanos diversos, conocidas en el lenguaje moderno historiográfico con el término de *teilreiche* o «fracciones de reino», constituyó la regla durante toda la época merovingia, con excepcionales momentos de reunificación bajo un mismo monarca, caso, por ejemplo, de Clotario II, entre 613 y 639 y, posteriormente, de su hijo Dagoberto I.

Coincidiendo con la parada del impulso expansivo de los francos, la inestabilidad interna se acentuó sobre todo tras el 561, debido a la contraposición recíproca que mantenían los regidores de los diversos *teilreiche*. Se abrieron las hostilidades entre Sigeberto I, que gobernaba Austrasia, y Chilperico I, jefe de Neustria; el altercado se dirimió con el asesinato de Sigeberto en el 575, tras el cual, ante la minoría de edad del heredero legítimo, Childeberto, asumió la gestión del poder su madre Brunequilda, protagonista de la escena política del mundo franco durante casi cuarenta años. Brunequilda y Childeberto encontraron un eficaz apoyo en el rey de Borgoña, Gontrán, su pariente, frente al rival reino de Neustria (regido por Chilperico, sucesor de Clotario II) y frente a las turbulencias provocadas por la misma aristocracia austrasiana. Pero la estabilidad relativa alcanzada y reforzada posteriormente con la reunificación provisional del reino de Borgoña y de Austrasia bajo Childeberto, a la muerte de Gontrán, desapareció con la prematura muerte de Childeberto, en el 595, que obligó a Brunequilda a asumir de nuevo la regencia, esta vez en favor de los nietos Teodorico y Teodoberto. Los dos hermanos se enfrentarían poco después por la supremacía (el primero obtendría Borgoña, el segundo Austrasia) y morirían a breve distancia de tiempo uno del otro, dejando al rey de Neustria, Clotario II, la oportunidad de eliminar de una vez por todas a la siempre activa Brunequilda y unificar bajo su mano todas las posesiones francas.

Las repetidas luchas entre los detentadores de las diversas particiones del *regnum francorum* y las disputas entre los soberanos y las aristocracias de sus dominios, crearon una

inestabilidad constante en el mundo franco-merovingio hasta la llegada de los pipínidas, en el siglo VIII. Ni siquiera el largo período de gobierno unitario de Clotario II y Dagoberto I pudo parar el proceso de debilitamiento progresivo de la dinastía merovingia y del poder regio. El mismo Clotario fue obligado a pactar con las clases aristocráticas, laicas y eclesiásticas, que ejercían desde hacía tiempo un predominio efectivo sobre el territorio, controlando los cargos públicos y erosionando las propiedades del fisco regio en favor de sus patrimonios privados. En definitiva, los soberanos no fueron capaces de oponerse eficazmente a los actos de substracción del poder de parte de las elites del reino, incluida la eclesiástica. Esta última, ya muy germanizada y beneficiada por una cada vez más rica concesión de inmunidades sobre sus pertenencias, se identificaría en medida creciente, por mentalidad, estilo de vida y finalidad política, con las aristocracias laicas de las diversas regiones, hasta el punto de compartir su deseo de autonomía frente a la autoridad del rey.

Con la muerte de Dagoberto, en el 639, se precipitó el proceso de debilitamiento de la monarquía merovingia: el reino se dividiría otra vez entre los herederos y se abrió una nueva cincuentena de luchas convulsas entre los *teilreiche*. Mientras tanto, disminuía el control del soberano sobre amplias zonas del territorio y aumentaba el poder de los maestros de palacio de las regiones. Ni siquiera el intento desesperado de reunificación protagonizado por Teodorico III, entre el 687 y el 690-691, salvó la situación, ni tampoco evitó el creciente poder del mayordomo de palacio Pipino de Héristal. No mucho después, un descendiente de éste, Pipino el Breve, hijo de Carlos Martel, puso fin a la crisis, asumiendo la corona como rey de los francos en el 751. Ello no significó ni mucho menos el fin de la tradición inaugurada casi tres siglos antes con Clodoveo. Al contrario, la nueva dinastía de los pipínidas-carolingios estaba destinada a protagonizar un crecimiento imprevisto que desembocaría en la creación en el año 800 del Imperio de Carlomagno.

El establecimiento de los ostrogodos en Italia y la consolidación del régimen de Teodorico, que sustituyó el maltrecho gobierno de Odoacro, abrió una fase histórica nueva en la península. Marcaría el paso desde una situación que se había dilatado durante todo el siglo V, caracterizada por la sucesión de incursiones bárbaras muy devastadoras, aunque de carácter transitorio y de efectos parciales, al establecimiento estable y duradero de una estirpe, compuesta por decenas de miles de individuos, con inevitables consecuencias en el plano social e institucional.

En el momento de su emigración a Italia, los ostrogodos no debían superar los 100.000 ó 125.000 individuos, de los cuales unos 25.000 eran guerreros. Se trata de números modestos en su conjunto. No obstante, hay que tener en cuenta que el impacto de este grupo en la sociedad itálica debe ser calculado en términos cuantitativos a partir de su presencia entre los *possessores*, es decir, entre la clase dirigente romana, más que en el conjunto de la masa de población indígena. Derrotado Odoacro, los ostrogodos se establecieron en el territorio de la península aprovechando el tradicional criterio de la *hospitalitas*, es decir, del acuartelamiento militar: se les destinó un tercio del territorio italiano, asignación de la que se encargó el prefecto del pretorio Liberio, asistido por *delegatores* que expedían títulos regulares de posesión (*pittacia*) a los beneficiarios. En las zonas confiscadas donde no tuvo lugar una ocupación efectiva de contingentes godos (de hecho, la distribución de territorios fue de todo menos homogénea), los *possessores* romanos pagaban un alquiler (denominado *tertia*, voz también empleada para designar la cuota de propiedad alienable) por el tercio teóricamente disponible para su distribución, aunque no asignado efectivamente.

Esta reconstrucción de las modalidades de asentamiento de los ostrogodos en Italia, aceptada tradicionalmente por la crítica, ha sido recientemente revisada, sobre todo a partir de los estudios de Walter Goffart, que pone en duda que fueran

cesiones de tierras auténticas. Por el contrario, en su opinión se trataba de la concesión de una cuota de los impuestos fundiarios a los que ya estaban obligados los *possessores*, y que correspondería a aquel tercio teóricamente asignable. Según esta tesis, semejante criterio habría suscitado una particular aceptación por parte de los recién llegados, ya que, además de garantizarles la cuota fiscal, los habría excluido del pago de impuestos fundiarios, al no ser posesores efectivos de ningún tercio de las tierras (obviamente deberían cargar con los impuestos de las posesiones adquiridas por vía ordinaria). Además, el sistema sería menos oneroso también para los romanos, quienes no habrían perdido sus propiedades ni sufrirían otros agravios fiscales, sino que sólo cambiaría el destinatario del tercio de los impuestos, que de todos modos debían entregar; de ahí derivaría la ausencia en las fuentes del eco de cualquier lamento por parte de los expropiados. Esta última observación puede ser explicada convincentemente —además de por la naturaleza específica de las mismas fuentes—, arguyendo que la distribución de las tierras según el principio de la *tertiatio* constituía una práctica bien conocida y asimilada, y que en Italia ésta se ejercía de una manera mucho más ordenada y equitativa que en otras regiones. El sacrificio económico pedido a los *possessores* se vería compensado con la garantía de estabilidad política ofrecida por Teodorico, incluso frente al nunca apreciado régimen de Odoacro. La propuesta de interpretar la *tertia* como el equivalente de una cuota fiscal está, en definitiva, basada en argumentos hipotéticos y, junto a algunos consensos, ha recogido muchas críticas. No obstante, tiene el mérito indudable de proponer nuevos argumentos de reflexión en torno a un tema importante y, por supuesto, susceptible de ulteriores aclaraciones.

Los testimonios ofrecidos por las fuentes escritas muestran de manera bastante clara lo heterogéneo de la distribución de los ostrogodos en suelo italiano. De hecho, no hay alusiones a su presencia en las provincias meridionales (Apulia, Calabria). En general, no es posible identificar asentamientos godos significativos al sur de la línea trazada por la vía

Valeria (que unía Roma y Pescara), a excepción de las pocas guarniciones militares que tutelaban algunos centros de especial importancia estratégica, como Nápoles o Cuma. Incluso en algunas zonas importantes de la Italia centro-septentrional, que corresponden a las modernas Umbría, Romaña y Marcas, se cuentan asentamientos reducidos y muy concentrados, ubicados en lugares de importancia estratégica como Osimo, Rímini u otros centros de la franja comprendida entre Ascoli Piceno y Ancona. El poblamiento ostrogodo adquiría mayor densidad en la Italia septentrional, en particular en la moderna Lombardía, en la franja prealpina comprendida entre Brescia y Belluno y en torno a ciudades de la llanura padana como Parma o Reggio Emilia, además de la sede regia de Rávena. Fue también significativa su presencia en Dalmacia.

El cuadro que se compone a través de la lectura de los textos no siempre puede ser confirmado (o desmentido) con datos arqueológicos. La investigación arqueológica adolece hasta el momento de retrasos y parcialidades que afectan a su desarrollo. Sin olvidar que, por lo que respecta a las sepulturas, resulta imposible efectuar identificaciones precisas, ya que los ajuares funerarios ostrogodos no presentan elementos característicos. Por otro lado, el carácter inorgánico del asentamiento ostrogodo en Italia es comprensible si se tiene en cuenta la aludida exigüidad numérica de la estirpe, que comportaría la obligación de concentrarse en pocas zonas de gran importancia, más que quedar desperdigados por un territorio más vasto. Asegurado el control de las principales vías de comunicación, se preocuparon de mantener una ocupación más intensa en el norte, en los rebordes de la cadena alpina que constituía el *limes* y que los protegía de las turbulentas poblaciones transalpinas, mientras que en el sur pareció suficiente construir pocas, válidas, cabezas de puente, sobre todo en Campania, utilizadas como plazas fuertes.

Generalmente se reconoce que en la época de Teodorico se mantuvo inalterada la infraestructura institucional y burocrático-administrativa del mundo tardoantiguo, acentuando los aspectos de continuidad respecto a la Antigüedad. Los ostrogodos

prefirieron pactar con la clase senatorial romana antes que diseñar planes de ruptura más traumáticos, tal como hicieron los vándalos en África. En este sentido se mantuvieron en la línea de Odoacro, defendiendo la convivencia entre el elemento bárbaro de nueva emigración, que se reservaba en exclusiva la fuerza militar, y los cuadros eminentes de la sociedad ítalo-romana, en cuyas manos se concentraban el poder político y económico. La convivencia entre romanos y godos se resolvió en términos de una coexistencia en el mismo territorio de dos organismos fundamentalmente distintos, sin protagonizar esfuerzos apreciables de asimilación y fusión recíproca (lo confirma la dualidad de confesión religiosa, católica para los primeros, arriana para los segundos), aunque colaboraran políticamente en el gobierno del reino.

El dualismo institucional se manifestó en la yuxtaposición de funcionarios góticos y romanos, tanto en el nivel central (donde, junto a ministros romanos como Casiodoro, operaba una «casa» gótica compuesta por los llamados *mayores domus regiae*), como en el ámbito provincial. Allí, junto a los gobernadores civiles, cuyas cortes administraban la justicia entre la población romana, aparecían los *comites* godos, encargados de desempeñar funciones militares y judiciales. La comunicación entre el soberano y las provincias se mantenía a través de oficiales romanos (los *comitiaci*) y mediante los *saiones* ostrogodos, los «secuaces» del soberano, en la acepción romana del término, que operaban en calidad de mensajeros y agentes personales del rey, ocupándose también de la leva militar y del aprovisionamiento del ejército. La bipartición entre las magistraturas civil y militar se definía de manera mucho más neta partiendo de la base étnica.

La continuidad respecto al orden antiguo del régimen de Teodorico, consciente y cuidadosamente exaltada por los escritores del momento, desde Casiodoro a Enodio, se magnifica a ojos de la crítica moderna, sobre todo —y de manera algo convencional— en comparación con el caso vándalo o, aún más, dentro de la historia de Italia, con la «ruptura» lombarda que le seguiría. De este modo, se han subrayado en el reinado

de Teodorico las analogías más evidentes con la estructura político-administrativa tardorromana. Se ha remarcado, por ejemplo, que junto al respeto demostrado por el rey godo frente al Senado y al mantenimiento en vida de la estructura burocrático-administrativa tradicional, se defendió también la continuidad en ámbito fiscal y jurídico. Incluso existe continuidad en sectores tan diversos como el mantenimiento de las vías de comunicación, el impulso dado a la agricultura, a la actividad edilicia y monumental y el cuidado del mobiliario urbano. La insistencia con que la fuentes coetáneas, a menudo de carácter abiertamente laudatorio, confirman intervenciones concretas de Teodorico en estos ámbitos, inducen a pensar que nos encontramos frente a una continuación deliberada por parte de la misma corte ostrogoda de elementos peculiares de la soberanía tardorromana. Fueron asumidos y proyectados en servicio del monarca modelos de realeza que implicaban funciones y comportamientos precisos, capaces de suscitar reacciones favorables entre las clases dirigentes romanas.

La definición del poder de Teodorico es indudablemente compleja, habida cuenta de las muchas y diferentes componentes que la formaban y que aparecen imbricadas hasta el punto que resulta difícil aislarlas. El vencedor de Odoacro, al expresar su propia acción de gobierno en un territorio ya perteneciente al Imperio romano de Occidente y sobre grupos étnicos diferentes y separados, presentaba una soberanía que conservaba connotaciones étnicas originarias, que hundían sus propias raíces en la tradición de la estirpe. Su legitimación se basaba en la victoria militar y su predominio se soportaba sobre las armas de los godos. Pero, sobre aquella soberanía, se habían ido estratificando una titulatura (adoptó la fórmula de *Flavius Theodericus rex*), modelos iconográficos y prerrogativas típicas de la autoridad imperial, en una relación con esta última que era a la vez de subordinación y de orgullosa emulación. En definitiva, resultaba ser un modelo de realeza de connotaciones peculiares y sin una definición constitucional demasiado rígida, marcado por una «ambigüe-

dad» que respondía a la naturaleza empírica de la construcción política de Teodorico (y de todos los nuevos reinos de Occidente de aquella época). Quizá estuviera alimentada por el deseo de no estrechar demasiadas relaciones con el emperador de Constantinopla, frente al cual se proponía, más allá del reconocimiento formal de su potestad superior, como un rival.

La acción política del soberano ostrogodo tendió a afirmar su papel hegemónico sobre los otros reinos bárbaros, en virtud de vinculos dinásticos (ya se ha hablado de su intervención con los visigodos, tras Vouillé) y del prestigio derivado del hecho de gobernar Italia, centro del Imperio. Se esforzó en instaurar relaciones de solidaridad entre los reinos, desempeñando un papel de mediador y pacificador; siguiendo una táctica que, al menos en potencia, podía tener un fondo anticonstantinopolitano; creando nuevas formas de cohesión en Occidente. Las relaciones con Constantinopla fueron pacíficas, a pesar de la ambigüedad que las marcaba, al menos hasta el momento en el que la existencia del *regnum gothorum* en Italia se enfrentó al gran plan de restauración de la integridad territorial del Imperio concebido por Justiniano (527-565).

La efímera restauración de la unidad imperial

Justiniano se convirtió en protagonista de la última tentativa de restaurar la unidad del Imperio romano y cristiano bajo la suprema autoridad de un único *princeps*. Ésta no sólo afectó al ámbito político-territorial, sino que incluyó también los campos de la ideología y de la cultura. Desde esta perspectiva se interpretan los grandes esfuerzos realizados durante su reinado, tendentes, por un lado, a neutralizar cualquier tipo de oposición, incluso mediante la persecución de cualquier forma de heterodoxia religiosa, y, por el otro, a reformar y disciplinar las diversa ramas de la administración y del derecho, creando, entre otras cosas, la monumental y

conocidísima codificación del *Corpus iuris civilis*. La reunificación incluía también la recuperación de las provincias fragmentadas en los diversos reinos nacidos de las cenizas de la *pars occidentis*, fenecida en el 476. Justiniano puso en marcha una larguísima época de guerras, que, aunque apenas constituyeron un rasguño para los dominios visigodos de España, ganando para los imperiales solo la pequeña región meridional de la Bética, causaron, sin embargo, el desplome definitivo del reino de los vándalos y de los ostrogodos.

El primero en ser agredido, a partir del 533, fue el reino africano del vándalo Gelimero, frágil construcción política marcada por la escasa cohesión interna entre romanos y bárbaros, por algunos elementos de inestabilidad estructural de su organigrama institucional y por la debilidad de fondo de su economía. Mal soportados por la población local a causa de la particular dureza de su gobierno, y, por tanto, aislados, los vándalos opusieron una escasa resistencia a las tropas guiadas por el general Belisario, quien en menos de un año maduró su definitiva y radical victoria. Tras ella el Imperio volvió a las regiones africanas, además de a Baleares, Córcega y Cerdeña. Desapareció completamente la presencia vándala en las tierras reconquistadas: los guerreros supervivientes fueron enrolados en el ejército imperial y los que consiguieron permanecer en África fueron expulsados tras protagonizar algunas revueltas, mientras que los bienes adquiridos por los bárbaros fueron confiscados y devueltos a sus antiguos propietarios. Por su parte, la Iglesia católica, ya víctima de violentas persecuciones, recobró la posesión de cuanto les había sido sustraído y eliminó cualquier residuo de arrianismo mediante la prohibición por ley de todos los cultos heterodoxos.

El conflicto en Italia resultó ser mucho más largo, durando hasta 18 años, desde el 535 al 553. Dejó al finalizar un país gravemente herido por las enormes devastaciones bélicas, que condujeron al despoblamiento de amplias zonas, a la consecuente regresión de los cultivos y, por tanto, a carestías y epidemias cada vez más frecuentes entre una población

desnutrida y debilitada. Todo ello favoreció un sensible retroceso demográfico.

El sustancial, aunque precario, equilibrio mantenido entre el reino ostrogodo y Constantinopla fue desarticulado por la puesta en marcha por parte de Justiniano de una política de unidad religiosa, con la que pretendía poner fin a un largo período de controversias teológicas y doctrinales. Entre otras medidas, supuso la abierta persecución de los arrianos habitantes en las regiones imperiales. La respuesta de Teodorico fue la asunción de iniciativas análogas contra los sectores católico-romanos de su reino. Estas actitudes dieron rienda suelta a tensiones antiguas y nunca resueltas, consecuencia de la deficiente fusión étnica, y supusieron la confirmación de los temores de los godos sobre la posición favorable que la elite ítalo-romana mantenía frente a los proyectos de Justiniano. Figuras eminentes romanas, como los conocidísimos Severino Boecio y Símaco, que había incluso colaborado con el régimen de Teodorico, sufrieron la condena a muerte bajo la acusación de traición. La misma figura papal, frente a la que el soberano arriano había mantenido siempre una postura de corrección formal, recibió una enorme humillación en la persona del pontífice Juan I, obligado por el rey godo a trasladarse a Constantinopla para defender la causa de los arrianos y encarcelado después de su regreso a Italia, donde moriría de hambre.

A la muerte de Teodorico, en el 526, subió al trono su nieto Atalarico, entonces menor de edad, y sobre el que ejercía la regencia su madre Amalasunta. Desaparecido prematuramente el mismo Atalarico, Amalasunta asoció al trono al primo Teodato, quien, haciéndose portador del sentimiento anti-imperial cada vez más arraigado entre la aristocracia goda, no dudó en desembarazarse bien pronto de la mujer, estrangulada en la isla del lago Bólsena, a la que habia sido relegada. El asesinato de Amalasunta, que había liderado una política de diálogo con Constantinopla, fue el pretexto que usó Justiniano para declarar la guerra a los ostrogodos con objetó de recuperar este diálogo, según sus planes. Los ejér-

citos imperiales, confiados al mando de Belisario, partieron desde Sicilia, ascendieron por la península hacia el norte y ocuparon progresivamente las principales ciudades hasta la toma de Roma y Rávena. El conflicto parece resuelto a los pocos años de haberse declarado. El sucesor de Teodato, Vitiges, se rindió y estipuló un acuerdo que contempló la devolución al Imperio de toda la Italia meridional hasta el Po, dejando en manos godas solamente las regiones al norte del río. Sin embargo, los ostrogodos protagonizarían una reacción imprevista tras el acceso al poder del nuevo rey, Totila, en el 541. Éste se demostraría capaz de recuperar con la fuerza de las armas gran parte de lo que sus predecesores habían cedido. El soberano se esforzó por minar la capacidad económica de los grupos aristocráticos que le eran hostiles, adoptando medidas específicas como la expropiación de las rentas de los latifundios (además de percibir los impuestos fundiarios) y la liberación de los siervos para enrolarlos en sus tropas.

Pero el auténtico giro de tuerca de la guerra aconteció a partir del 552, con la expedición de Narsés, que sustituyó a Belisario, al caer éste en desgracia frente a Justiniano, a quien quizás le pareció excesivo el prestigio adquirido a partir de sus muchos éxitos militares. El nuevo comandante entró en Italia desde Dalmacia, atravesando la frontera friulana y descendiendo a lo largo de la costa adriática hasta alcanzar Umbría, donde, en la localidad de *Busta Gallorum* (junto a la moderna Gualdo Tadino) derrotó al enemigo y vio caer en el combate al mismo Totila. Esta dramática derrota militar puso fin al conflicto y, con él, al reino de los ostrogodos en Italia. A la muerte de Totila le sucedió un último monarca, Teyas, rápidamente derrotado y asesinado en la última batalla de los montes Lattari, en Campania. Durante algún tiempo se mantuvieron algunos focos de resistencia, aunque finalmente los restos de la estirpe de los ostrogodos serían absorbidos por la sociedad itálica, inmersa en pleno proceso de remodelación del nuevo orden político. El estado de confusión en que se encontraba la península no mejoró gracias a la situación de

importantes porciones de territorio, sobre todo de las regiones nororientales, que permanecieron durante algunos años bajo el control de bandas de guerreros de diferentes etnias, que habían combatido con anterioridad al servicio de uno de los dos contendientes. En el curso del 553, por ejemplo, los hermanos Leutario y Butilín guiaron a cuadrillas de francos y alamanes que, desde sus bases situadas en la *Venetia*, recorrieron toda Italia antes de ser dispersadas por las tropas imperiales y por una epidemia que los diezmó.

El 13 de agosto del 554, Justiniano dió fe del fin de toda una época política promulgando la pragmática sanción, un texto de leyes que restablecía oficialmente el dominio imperial en Italia y que definía los términos del nuevo orden institucional y administrativo en los territorios de la península. Conforme a los modelos tradicionales, se procedió a separar en cada provincia el poder civil, asignado a un *iudex*, y el militar, atribuido a un *dux*. Por su parte la elección de las magistraturas civiles se reservaba a los obispos y a los grupos de poder locales. Más que como una reordenación político institucional, la restauración justinianea aparece como un intento de reubicar plenamente el grupo de grandes *possessores* itálicos en sus antiguas posiciones de predominio económico y social, muy deterioradas por los últimos acontecimientos del reino gótico, y sobre todo por las iniciativas de Totila. En consecuencia, el primer paso fue la revocación de todos los actos cumplidos durante el reinado de aquel soberano. Los grupos eminentes de la sociedad itálica, aún cuando resultaron muy beneficiados, no dejaron de expresar algunas resistencias sobre esta reordenación, habida cuenta de la tendencia a mortificar la autonomía a favor de un vínculo más estrecho con Constantinopla.

La reintegración de Italia en el cuadro imperial, perseguida con tanto ahínco por Justiniano, estaba destinada de todos modos a ser breve, ya que a partir del 569 se inició la invasión de los lombardos, que causaría una cesura mucho más traumática; sucedería lo mismo que en África, arrancada a los vándalos y perdida para siempre a manos de los árabes

a partir de mediados del siglo VII. El diseño justinianeo de recuperación del Occidente romano demostraría un carácter inevitablemente efímero, dado que el Imperio carecía en aquella época de las fuerzas suficientes, no tanto para recuperar cuanto para mantener de manera duradera semejante extensión territorial.

CAPÍTULO III

LA EMIGRACIÓN DE LOS LOMBARDOS EN ITALIA Y LA EVANGELIZACIÓN DE LAS ESTIRPES BÁRBARAS

EL REINO DE LOS LOMBARDOS EN ITALIA

La ordenación de la Italia lombarda

Los lombardos hicieron irrupción en el 569 en una Italia aún gravemente castigada por las consecuencias de la larga guerra mantenida entre godos y bizantinos, y reincorporada al cuadro imperial desde hacia apenas 15 años. Su llegada a la península representó la última etapa de una emigración plurisecular que los había llevado desde el extremo norte del continente europeo (posiblemente desde la misma Escandinavia), a lo largo del curso del Elba y a través de las regiones danubianas, hasta Panonia. Los lombardos entraron en Italia por la frontera nororiental guiados por el rey Alboíno, quien los hizo vagar por el país de modo relativamente desordenado, repartidos en bandas al mando de sus propios jefes militares, conocidos en las fuentes como *duces*. En esta primera

fase pretendieron cercar, más que agredir abiertamente, las bases imperiales más sólidas. De todos modos, la toma de posesión del territorio resultó desorganizada y espacialmente discontinua, sin un fuerte centro unificador y con una amplia libertad de iniciativa dejada a los diferentes jefes. En consecuencia, se llegó a una distribución muy poco homogénea de los lombardos en suelo italiano, limitada fundamentalmente a las regiones centro-septentrionales de la península, en cuyo interior, sin embargo, sobrevivirían bastantes enclaves bizantinos, a los que, además, se dejó el pleno control de la costa adriática y tirrénica.

Constantinopla estaba ocupada en otros frentes de enemigos más temibles, como los persas de Oriente o los ávaros del área balcánica, y quizás consideró que los lombardos protagonizarían una simple correría destinada a concluir muy pronto. Sólo cuando el carácter difícilmente reversible de la situación se presentó en toda su dramática evidencia, el Imperio intentó consolidar sus posiciones en la península, reordenando los territorios que aún controlaba. En los últimos años del siglo VI se creó la figura del exarca, con sede en Rávena, primero como magistratura extraordinaria y poco después con carácter permanente. El exarca (el primero conocido, en el 585, es Esmaragdo) reunió en su persona todo el poder civil y militar, de modo que podría responder con la máxima eficacia a una emergencia que requiriera un liderazgo más sólido. Las otras provincias bizantinas de la península dependían también de su autoridad a través del control de sus funcionarios, los *magistri militum*. El objetivo de la creación del exarcado era la reorganización de las posesiones bizantinas de la Península Italiana y la constitución de una cabeza de puente capaz de resistir eventuales expansiones lombardas; incluso se podría intentar recuperar lo hasta entonces perdido.

Las fuentes de que disponemos ofrecen una imagen de particular ferocidad y de terrible furia devastadora al tratar la invasión lombarda de Italia. Es indudable que la llegada y asentamiento de esta población en la península tuvo un carácter traumático para los romanos, ya que los lombardos no

habían llegado por designio imperial, tal y como había sucedido con los ostrogodos de Teodorico, sino por iniciativa propia y con el objetivo de conquistar por las armas una tierra de cuya riqueza estaban al tanto. Algunos de ellos habían combatido como mercenarios durante la guerra entre godos y bizantinos, destacando entonces por su belicosidad y por sus costumbres particularmente salvajes —al menos si atendemos a las palabras de Procopio de Cesarea. Habían tenido pocos contactos con la civilización romana de épocas anteriores y, por tanto, aparecían como portadores de una cultura totalmente extraña, cargada con los valores guerreros y paganos tradicionales de una tribu germánica. Estaban, además, notablemente influidos por los contactos mantenidos en los países de la Europa central con los nómadas de las estepas, en particular con los ávaros, de quienes los lombardos habían tomado incluso las técnicas de combate a caballo.

El cuadro de violencia de las invasiones lombardas está marcado más que por episodios de asesinatos, saqueos y destrucciones materiales, por la denuncia de expoliaciones y daños a la Iglesia y por la desarticulación del orden eclesiástico en todas las regiones que cayeron en sus manos. Los lombardos mantenían bajo una superficie arriana una base sustancialmente pagana ligada al culto del dios de la guerra, Wotan. Otro hecho muy significativo fue la ruina de los *possessores* latinos, recordada en un conocido pasaje de Pablo Diácono y ocurrida particularmente en el período de ausencia de poder regio, que duró diez años a partir del 574. Es lógica la insistencia que se mantiene sobre el primer argumento, considerando la matriz eclesiástica de los testimonios a nuestra disposición; de todos modos, es acertada respecto a las laceraciones que se produjeron. Por ejemplo, la red de diócesis quedó diezmada por las muchas vacantes que se produjeron con el asesinato o la fuga de sus titulares y ante la dificultad de encontrar sustitutos adecuados. En cuanto al segundo aspecto, debemos recordar que las grandes familias senatoriales, con grandes riquezas en latifundios, sufrieron con mucha mayor intensidad que los pequeños propietarios o

los campesinos el impacto de las confiscaciones y expropiaciones que siguieron a la aplicación de los criterios de *hospitalitas* a favor de los lombardos. Se usaron para ello métodos que podrían ser considerados precipitados y que no excluyeron el recurso a la prevaricación y al homicidio.

La estirpe lombarda, enriquecida en el momento de la emigración hacia Italia con elementos de diversa procedencia, tal y como solía ocurrir en estas ocasiones, no debía superar los 150.000 individuos. Estaba organizada en torno a un ejército itinerante, que se ordenaba, según las fuentes, en *farae*, es decir en destacamentos militares de *arimanni/exercitales*, ligados por vínculos de parentela y subordinados a un jefe, al que juraron fidelidad. Se establecieron fundamentalmente en zonas de valor estratégico para el control del territorio conquistado, por ejemplo, cerca de las grandes vías de tráfico o en lugares elevados, eficaces puntos de observación. En las ciudades posiblemente ocuparon, al menos al principio, barrios separados desde los que pudieran dominar todo el núcleo urbano, aprovechando antiguos edificios públicos romanos como sedes de sus autoridades de gobierno. El núcleo de habitación familiar lombardo en ámbito rural, la *curtis*, surgía aislado, a menudo sobre una antigua *villa* romana, protegida por una cerca que encerraba todos los edificios que la componían y la hacían inviolable frente a extraños, que podían ser asesinados por los residentes si entraban sin autorización.

La discontinuidad que se observa en la organización territorial de la Italia lombarda respecto a épocas anteriores puede ser en parte explicada por el fenómeno de ruralización general, que se atribuye a esta etapa como principal característica. Sin querer rebatirla por completo, es cierto que consideramos que merece un análisis más atento apoyado en la investigación arqueológica, que ayudaría a comprobar las impresiones derivadas de la lectura de testimonios literarios. La época lombarda se considera tradicionalmente como una etapa de fortísima cesura en la vida ciudadana italiana entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media. Al menos un tercio de las ciudades romanas conocidas en época imperial desapa-

recieron en etapas sucesivas, hasta el punto que, en el siglo VIII, nos encontramos frente a un panorama totalmente nuevo. También se suelen contraponer los cuadros ofrecidos por las regiones del reino lombardo y el de las provincias bizantinas: mientras en el primero se asistiría a un colapso generalizado de la vida ciudadana a favor de una ruralización intensa de los asentamientos, en el segundo se observaria un mejor mantenimiento de las ciudades y de sus estructuras. En realidad, a la luz de las investigaciones más actualizadas (que han promovido un debate muy vivo y plenamente vigente), la situación parece ser mucho más compleja y las distinciones posibles se muestran mucho menos netas. Los resultados de las pocas excavaciones realizadas hasta el momento tienden a desmentir estas destrucciones radicales de los centros urbanos que, según las fuentes escritas, protagonizaron los lombardos, y han contribuido a reconsiderar los fenómenos de abandono masivo de las ciudades. Además, es evidente que el concepto mismo de decadencia urbana está condicionado por modelos paralelos, históricos o ideales, asumidos en alguna ocasión, y que el cuadro general se ve complicado por la naturaleza heterogénea de los datos ofrecidos por fuentes literarias y arqueológicas, que trasladan el análisis desde el ámbito de las representaciones culturales al de las estructura materiales.

El cambio de equilibrio respecto al orden anterior se materializó en el modo mismo de organizar el territorio en sus articulaciones administrativas de base. Tras la primera y desordenada fase de conquista se verificó un posterior esfuerzo por ordenar de manera gradual la superficie del reino, que se llevó a cabo mediante la plasmación de la institución del ducado en un sentido territorial. Los *duces* lombardos experimentaron una transformación que los llevó, desde su anterior posición de oficiales de destacamentos militares, a convertirse en figuras que ejercían un poder sobre un determinado ámbito espacial, conocido en la mayoría de las fuentes con los términos de *civitas* o de *iudicaria*. Estos distritos conformaban su diseño a partir de un centro —denominado *civitas*—, sede del poder político y

a menudo también episcopal, ya que en general (aunque con excepciones notables) parecen coincidir las fronteras públicas y diocesanas. Los nuevos distritos lombardos constituidos de este modo raramente coincidían con los antiguos distritos municipales de la Italia tardoantigua, sobre todo porque, por lo general, los centros elegidos como núcleos de asentamiento de los bárbaros eran diferentes de aquellos otros. De hecho, en más de una ocasión se prefería, frente a muchas ciudades ilustres de época romana, centros de carácter menor, si bien dotados de una importancia estratégica mayor en la nueva organización; así ocurrió, por ejemplo, con la secundaria Cividale, frente a la vecina Aquilea. A esta red de *civitates-iudicariae,* constituida gradualmente a lo largo del tiempo, se superpuso en todo el reino a partir de un momento dado un entramado de *curtes regias*, es decir, el complejo de bienes fiscales constituido en el interior de los distintos ducados inaugurado por el rey Autario (584-590) y desarrollado por sus sucesores. Las *curtes* se convirtieron en la autentica célula de base del poder del soberano en el territorio del reino; a través de la actividad de los *gastaldi*, funcionarios de designación regia testimoniados a partir del siglo VII, el rey intentaba controlar de cualquier modo la autoridad ducal, que tendía a ser centrífuga. No obstante, la figura del *gastaldus* debe ser considerada en gran medida como complementaria a la carga ducal, más que como alternativa a la misma. El modelo hacia el que tendían los reyes lombardos y que alcanzaría una aplicación más orgánica sólo a partir del siglo VIII, preveía la división de toda la superficie del reino en distritos ordenados y coherentes —aunque con una entidad real muy difícil de calcular—, cada uno de los cuales se sometía a la autoridad de un *iudex*. De cualquier modo, todo esto supone un esquema de referencia ideal más que una realidad constatada, ya que su traducción a términos concretos debió medirse en cada caso con las relaciones de fuerzas locales y enfrentarse a inevitables resistencias. Este largo proceso de reordenación comportó un modo totalmente nuevo de encuadrar política y administrativamente el territorio, lo que acabó por transfor-

mar profundamente las articulaciones tradicionales de las diversas regiones italianas.

La evolución del reino

Tras la muerte del sucesor de Alboíno, Clefi, los lombardos no eligieron un soberano, haciendo honor a la antigua costumbre de nombrar un rey sólo con ocasión de grandes empresas bélicas o de fenómenos migratorios de la estirpe. A lo largo de un decenio (574-584) los lombardos vivieron políticamente divididos en varios grupos, cada uno de los cuales estaba sujeto a la autoridad del propio duque. No obstante, la conciencia de la necesidad de consolidar el dominio en la península, sobre todo frente a la posibilidad de una recuperación bizantina, aconsejó la restauración de la carga regia en la figura de Autario (584-590). Los duques le cedieron la mitad de sus tierras con el objetivo de crear aquel conjunto de bienes fiscales, las *curtes regis*, distribuidas por todo el territorio del reino y que constituían el auténtico patrimonio de la Corona, del que los soberanos podían obtener recursos para reforzar la base de su poder.

Con Autario y con su sucesor Agilulfo (591-615), la institución regia conoció un proceso de reforzamiento con la imposición de una disciplina, a menudo conseguida mediante las armas, a los numerosos duques que seguían manifestando una excesiva autonomía política. En más de un caso se alcanzaron acuerdos con los imperiales, desarrollando un juego de alianzas muy libre y dictado por pequeñas conveniencias. Además, se llevaron a cabo una serie de campañas militares dirigidas contra las provincias imperiales que limitaban con el reino (sobre todo la zona oriental, en la *Venetia* y en la *Aemilia*) que perseguían no tanto una expansión territorial, cuanto someter y racionalizar las zonas de frontera. Agilulfo penetró también en las regiones de la Italia central, llegando hasta las proximidades de Roma, donde lo detuvo solamente el compromiso del papa Gregorio Magno de entregarle un

tributo a cambio del respeto a la ciudad. Frente a un conflicto, el pontífice asimilaba la práctica arraigada entre los obispos de la península de erigirse en defensor último de la población romana frente a los bárbaros, repitiendo el esquema del encuentro entre su predecesor, León, y el jefe huno Atila. Su actitud provocó las críticas del exarca y del mismo emperador, quienes le reprocharon una ingenua docilidad frente al enemigo bárbaro.

Tras la acción de Agilulfo, la presencia lombarda en suelo italiano adquirió contornos territoriales más nítidos y estables, que quedarían fijados posteriormente gracias a las empresas de Rotario (cuya fama está ligada fundamentalmente a la codificación por escrito del patrimonio de las leyes lombardas que se llevó a cabo en su reinado) y por Grimoaldo, que actuarían entre los años cuarenta y sesenta del siglo VII. Sus gestas llevaron a la conquista del litoral ligur y a la erosión de una nueva zona de la *Venetia* bizantina, ya reducida solamente a la franja lagunar costera. De este modo la península se encontró políticamente repartida entre el reino lombardo y las provincias bizantinas. El primero, con centro en Pavía, comprendía casi la totalidad de la Italia septentrional y la Toscana, a las que se añadían los ducados de Espoleto y Benevento, entidades creadas en los primeros tiempos de la invasión gracias a la iniciativa autónoma de bandas de guerreros trasladados hacia el sur y capaces de mantener una relación muy flexible con el reino. Las provincias bizantinas se extendían por todo el *Mezzogiorno*, además de Roma y, más al norte, la costa altoadriática, el exarcado y la llamada Pentápolis, una franja de territorio que comprendía cinco ciudades situadas entre las modernas Romaña y Marcas y que se conectaban con Roma a través de una serie de castillos en los Apeninos. Esta organización presentaba evidentes diferencias respecto a la organización de la Italia ostrogoda. Yuxtaponía dos órdenes político-territoriales irremisiblemente hostiles, que no consiguieron alcanzar nunca un *modus vivendi* estable y cuya dialéctica se complicaba con la presencia de una sede pontificia cada vez más activa y consciente.

A pesar de la llegada del catolicismo al reino y de los progresos alcanzados en el proceso de integración, los lombardos no dejaron nunca de representar una amenaza para sus interlocutores italianos y no renunciaron en ningún momento a continuar la labor de erosión de las posesiones imperiales. Pretendieron en todo momento una posible unificación de la península bajo su égida, presionando especialmente al exarcado de Rávena hasta provocar su colapso definitivo en el 750-751, en tiempos del rey Astolfo.

Durante el reinado de Agilulfo (591-615) y de su consorte Teodelinda, viuda de Autario, se esbozó un primer, embrionario, esfuerzo de dotar a su propia autoridad de un valor más amplio que el que les otorgaba la tradición de su estirpe. Para ello adoptaron elementos de la tradición ideológica helenística que enriquecían los valores de la historia y del mito de la *gens Langobardorum*, pretendiendo reducir las distancias con los súbditos romanos y procediendo a una caracterización territorial, no solo étnica, del poder del rey. A todo ello apuntan indicios formales, como la presencia en la corona conservada en el tesoro de la catedral de Monza del título de *rex totius Italiae*, en vez de *rex Langobardorum*. También son interpretadas en esta clave las actividades desarrolladas en la corte de Pavía, junto al soberano, por una serie de consejeros romanos, cuyos nombres nos son desconocidos, aunque sin duda se contaba entre ellos el tricapitolino Secondo de Non, padre espiritual de Teodelinda. O el cauto acercamiento de los soberanos al catolicismo (la reina, de origen bávaro, era ya católica), aunque en la forma cismática de los llamados Tres Capítulos; ésta, originada en el contexto de las antiguas controversias cristológicas como oposición a la condena realizada por Justiniano de los escritos de tres teólogos orientales, estaba asentada sobre todo en la Italia nororiental, aunque fue duramente criticada por el Papado y por las autoridades bizantinas. A través de todo ello se pretendía quizás favorecer la separación de los católicos tricapitolinos del reino de Roma y Constantinopla y ofrecerles un nuevo punto de referencia político-religioso en los soberanos de Pavía.

Incluso el diálogo que mantenían a duras penas con el pontífice Gregorio Magno, lejos de ser interpretado como la preparación de una auténtica conversión de los soberanos lombardos, se considera una estrategia más dentro del nuevo cuadro político. Sea como fuere, acabó con el bautismo y la coronación del hijo y heredero de Agilulfo, Adaloaldo, en el circo de Milán, con un aparato ceremonial que hacía clara referencia al simbolismo romano imperial.

Pero Adaloaldo fue derrocado bien pronto, en una reacción de la aristocracia de la estirpe, hostil al fortalecimiento de la monarquía y a la búsqueda de esta última de nuevos motivos de legitimidad que ampliasen la base de su poder. En el 626 fue sustituido por Arioaldo, detentor de los valores tradicionales. En definitiva, el intento de Agilulfo y de su hijo parece que constituyó una especie de «huida hacia delante» en la formulación ideológica de la carga regia y en las elecciones políticas concretas. Además, la llevaron a cabo en un momento en que evidentemente no era posible substraerse al condicionamiento de la tradición del grupo étnico, en el que residían las auténticas fuentes del poder. Pero, a pesar de la resistencia, el desarrollo de la monarquía lombarda a lo largo del siglo VII se distinguió por ser un proceso, gradual y fatigoso, de fortalecimiento de la autoridad regia, que caminaba hacia su plena formulación territorial, alcanzada a lo largo del siglo siguiente. Para todo ello fue necesario conseguir un control militar más firme del territorio, dentro y fuera de los límites del reino; la adopción de medidas como la acentuación de la tendencia a perpetuar dinastías hereditarias (que eliminaría la práctica de la conquista militar del poder, o la legitimación personal a través del matrimonio con la viuda o con la hija del predecesor); y el incremento del patrimonio regio, que se obtendría merced a las disposiciones contenidas en el Edicto de Rotario, promulgado en el 643, convirtiendo la *curtis regia* en perceptora de una parte significativa de las composiciones (es decir, de las sumas de indemnización) previstas en el código sobre una amplia serie de delitos. Otro signo indicativo de las transformaciones que

se estaban llevando a cabo es la identificación territorial de la realeza. Esto se tradujo en el aumento de la importancia de la ciudad regia de Pavía y, dentro de ella, del *palatium*, que se constituye no sólo en residencia del soberano, sino en sede de los organismos administrativos del reino, siguiendo modelos romano-bizantinos.

El esfuerzo protagonizado por los lombardos para fortalecer la institución regia tuvo que vérselas con la oposición de la potente aristocracia tribal. En las varias fases del proceso, se alternaron momentos de aceleración del mismo con otros en los que resurgió con fuerza la cultura tradicional de la estirpe y las fuerzas que la integraban. Incluso un acto de gran impacto ideológico, la codificación del patrimonio normativo de los lombardos llevada a cabo por Rotario, acusa esta dicotomía. La iniciativa, expresión de una de las actividades más características de la función regia, necesitó del concurso y del consenso de los otros dos polos tradicionales de la *gens*, el *populus-exercitus* y los miembros de la aristocracia. Con ello se seguía la tradición de pactos reforzada por la legislación propia de la cultura germánica antigua, que excluía de manera radical el principio romano del monarca como principal fuente de derecho. La imposibilidad de substraerse a tales condicionamientos se confirma con la declarada incapacidad por parte del rey —incluso en tiempos de Liutprando (713-744)— de abolir costumbres consideradas equivocadas: el duelo judicial, por ejemplo, era una práctica que obligaba a acusado y acusador a batirse para dilucidar a quien se debía dar la razón y cuya eficacia probatoria se ponía en duda, aunque no se pudo eliminar por ser una antigua costumbre de la *gens*. Sin embargo, se consiguieron introducir innovaciones significativas gracias a la supresión de otro uso tradicional, la *faida* o venganza privada, que concedía a todo el grupo parental de la víctima de un delito el derecho a vengarse del reo. Ésta fue reemplazada por el pago de una compensación pecuniaria o indemnización, proporcional a la gravedad del crimen y al estatuto social de la víctima, que el culpable debía pagar al damnificado o a sus parientes.

También fue constante entre los soberanos lombardos del siglo VII la búsqueda de nuevas maneras de presentarse frente a la Iglesia católica, no sólo por parte de aquellos reyes que se adhirieron abiertamente al catolicismo, como Ariperto, Pertarido o Cuniberto, sino de quienes permanecieron fieles al arrianismo, como Arioaldo. Esta actitud, explícita en actos de mayor disponibilidad y creciente atención, en la multiplicación de iglesias y fundaciones religiosas creadas por iniciativa regia, hasta la renuncia oficial al arrianismo por parte de Ariperto (653-661), logró la gradual solidaridad de las estructuras episcopales con los reinantes lombardos, abriendo el camino hacia nuevas formas de colaboración.

En el siglo VIII, antes de la ruina definitiva a manos de los francos, se completaron los procesos de transformación que se habían estado gestando y que cambiaron profundamente la ordenación institucional y social del reino lombardo, promoviendo un nuevo equilibrio entre sus diversas componentes étnicas. La creciente estratificación por criterios económicos de la estirpe lombarda vigente en estos momentos y la consiguiente acentuación de la articulación del cuerpo social, llevaron a la superación definitiva de la vieja estructura de carácter tribal y estimularon la formación de una nueva clase de *possessores*. Sus orígenes étnicos no siempre correspondían al grupo lombardo, aunque reivindicaban la plena y exclusiva herencia de la tradición de la *gens* lombarda, sobre todo frente a los *pauperes* (étnicamente mixtos), condenados a mantenerse ajenos a la estirpe. En definitiva, a pesar de recurrir a una terminología tradicional, al definirse a sí mismos con un léxico perteneciente al antiguo ordenamiento del grupo étnico, como *arimanni-exercitales*, el grupo de los *possessores* constituía ahora una entidad totalmente nueva, una *gens Langobardorum* que se perfilaba como una clase socio-económica dominante, y no como entidad étnica. Cabe subrayar que en las leyes del rey Astolfo del 750, relativas a los criterios seguidos en el reclutamiento para el ejército sobre el censo, los *possessores*, que basaban su riqueza en la propiedad fundiaria, eran equiparados en relevancia económi-

ca y prestigio social a los *negotiantes*, los mercaderes, también mixtos étnicamente y que basaban su elevado nivel económico en los bienes muebles. Por lo demás, la relevancia de esta última categoría de personas constituye otra prueba de que la economía de la Italia lombarda del siglo VIII debió conocer una fase de recuperación general y de relativa reanudación de los intercambios y producción artesanal, por lo demás en ningún momento interrumpidos del todo.

Frente a esta redefinición general de la sociedad del reino, el soberano intentó crear un nuevo tipo de relaciones con los *arimanni-possessores*, que ahora mantenían con él un vínculo de fidelidad personal, probablemente institucionalizada por medio de un juramento. Por su parte los distintos grupos de hombres libres, en buena parte —aunque no exclusivamente— de procedencia romana, agrupados bajo el término de *populus*, estaban excluidos del ejército y del juramento de fidelidad requerido a los *arimanni*. Al mismo tiempo, el rey se esforzó por emanciparse del condicionamiento que suponía la asamblea de los *arimanni-exercitales* en el ejercicio de su poder, a la vez que imponía una disciplina a la pluralidad de los poderes existentes en el reino. Estableció para ello un modelo jerárquico en el que el monarca se situó en el vértice, delegando él mismo cualquier otro tipo de autoridad.

Liutprando (713-744) llevó a cabo la más completa formulación del modelo territorial y católico de la realeza lombarda, capaz ya de reinar sobre todos los súbditos, homogeneizados bajo el catolicismo y superadas las primitivas diferencias de base étnica. El tema de las condiciones de los romanos, bajo la égida de los lombardos, ha sido uno de los más largamente tratados en la historia de la Italia altomedieval. Durante mucho tiempo se ha creído que, tras la invasión, fueron reducidos al rango de siervos. Pero, en realidad, aunque los lombardos se constituyeran inicialmente como una clase de dominadores, separada de los dominados, estos últimos fueron capaces de mantener su libertad personal y de continuar con sus actividades, aunque el poder político y la fuerza militar pasaran a manos de los recién llegados. Con el

correr del tiempo, se asistió a la progresiva fusión de los dos grupos, favorecida por diversos factores y completada en el siglo VIII. Entre los elementos a favor contaron la convivencia en el mismo suelo, la cotidianidad de las relaciones (en particular en las ciudades, donde los contactos recíprocos debían ser más intensos) y, sobre todo, la conversión al catolicismo de los lombardos, con el influjo que inevitablemente ejerció sobre ellos la cultura de la mayoría romana. Por lo demás, aunque existieron por parte de la minoría lombarda comportamientos y tácticas políticas destinadas a salvaguardar su propia identidad cultural, no hay traza de ninguna medida normativa específica tendente a perpetuar la división étnica: ni las leyes de Rotario ni las adiciones posteriores contienen previsión alguna acerca de los matrimonios mixtos, que, por tanto, debieron ser practicados desde bien temprano.

La producción legislativa de Liutprando reflejaba el intenso e inmediato influjo del mensaje cristiano. Este rey se definía explícitamente como *christianus langobardorom rex* y, a diferencia de Rotario, conducía su obra normativa a partir de su voluntad soberana y no de la inspiración divina. No obstante, ésta contenía un afinamiento ético y espiritual de las leyes y, sobre todo, favorecía la filtración lenta, a través de los preceptos de la moral católica, de instituciones típicas del derecho romano y canónico, incluso en campos como el matrimonial o el sucesorio, tradicionalmente refractarios a las influencias exteriores. Las modificaciones introducidas, entre otros ámbitos, en materia de transmisión de bienes y herencias, contaron con instrumentos como las disposiciones *pro anima* o el testamento y reconocieron nuevas capacidades a favor de las mujeres. Todo ello contribuyó a romper el rígido control patrimonial ejercido por parte de los linajes, apoyando y posteriormente estimulando las exigencias de mayor libertad económica manifestadas por la sociedad. También fueron muy notables las medidas de protección abierta a la fe católica y a la tutela de las instituciones eclesiásticas, que no sólo garantizaban el ejercicio de su actividad al clero, sino que llegaban a condenar la consulta a

los adivinos y demás expresiones de idolatría, o el ejercicio de prácticas culturales paganas, como la adoración de los árboles y de fuentes sagradas. Por todo ello constituyó un *unicum* entre los códigos de las estirpes bárbaras.

El final del reino lombardo

El reino lombardo alcanzó una relativa solidez interna con el fortalecimiento de la autoridad regia, la mayor disciplina política y una estructura del cuerpo social más cohesionada. Todo ello constituyó la base necesaria para formular diseños de ampliación de la superficie del reino, en perjuicio de la ya residual presencia imperial en la Península Italiana. Este estímulo para la expansión lombarda sobre las regiones bizantinas de la Italia centro-septentrional seguramente provocó un debilitamiento de las posesiones del Imperio en la península, sobre todo cuando Constantinopla debió distraer energías y recursos para hacer frente a la creciente presión de los árabes en Oriente y de los búlgaros y eslavos en las regiones balcánicas. Ya bajo Liutprando, los lombardos consiguieron reducir aún más el área del exarcado y con su sucesor, Astolfo, se obtuvo la capitulación definitiva de Rávena, en torno al 750-751. La ciudad ya había sido ocupada temporalmente con anterioridad gracias al nieto de Liutprando, Ildeprando, y al duque de Vicenza, Peredeo. Pero, en aquella ocasión, la rápida reacción del exarca consiguió recuperarla, tras haberse refugiado en las lagunas vénetas, desde donde guió la expedición de reconquista. Hacia el 770 cayó también en manos lombardas la Península de Istria.

El colapso del exarcado eliminaba el último reducto imperial inserto en el cuerpo vivo de la Italia lombarda, abriendo las puertas a soluciones aún más radicales, de resultados imprevisibles. La misma Roma se exponía al riesgo de anexión a un reino lombardo que amenazaba con extenderse, al menos potencialmente, sobre toda la península. La fe católica de los soberanos lombardos, y su pretexto al declararse protectores

de la Iglesia, no eran ni mucho menos garantías válidas a ojos del Papado, que, por el contrario, temía seriamente el peligro que se perfilaba en el horizonte. Los pontífices no podían seguir contando con la protección de las armas imperiales, en un momento, por lo demás, de grave división entre Roma y Constantinopla a causa de la controversia sobre el culto de las imágenes sagradas, tras la declaración iconoclasta del emperador León III Isáurico en el 726 (a quien se opusieron incluso los ejércitos de las provincias bizantinas de Italia). Ante esta tesitura, se vieron obligados a buscar la tutela de los soberanos de los francos, población católica desde tiempos remotos y en fuerte ascenso político militar.

En el mundo franco, el declive de la dinastía merovingia coincidió con el auge progresivo en la corte de Austrasia de sus mayordomos de palacio. Ya a finales del siglo VII, uno de ellos, Pipino de Héristal, había conseguido formar un sólido núcleo de poder personal y transmitirlo a su hijo, Carlos Martel. Este último fortalecería posteriormente su autoridad gracias a la importantísima victoria sobre los árabes en Poitiers, en el 732, gracias a la cual se detendría el avance islámico sobre el continente europeo. El hijo de Carlos Martel, Pipino el Breve, consiguió por fin deponer al último merovingio, Childerico, a quien sustituiría como nuevo rey de la *gens francorum* en el 751.

En enero del 754, el papa Esteban II se trasladó a la ciudad francesa de Ponthion para solicitar a Pipino el Breve (a quien impuso la unción regia, consagrando su poder con un gesto de fuerte valor simbólico) la intervención franca en Italia. Pediría a su interlocutor que lo ayudara a arrebatar a los lombardos los territorios del exarcado y a entregarlos al *patrimonium beati Petri*, es decir, a la Iglesia de Roma (y no al Imperio). Esta petición, que preveía una ordenación completamente nueva de la península y que prefiguraba un papel político sin precedentes del pontífice, seguía la estela de otras formuladas con anterioridad por los predecesores de Esteban II a Carlos Martel. Posteriormente sería reiterada por los papas Pablo I y Esteban III, que extendieron sus pretensiones

a todas las provincias imperiales, incluyendo, por tanto, la *Venetia* e *Istria*. En definitiva, se intentaba crear con la ayuda de los francos una realidad territorial en la Italia centro-septentrional guiada por Roma que se opusiese al reino lombardo, sustituyendo al ya arruinado dominio bizantino. El compromiso franco de satisfacer las peticiones papales, confirmado también por el sucesor de Pipino, Carlos, en realidad nunca se vería traducido a actuaciones concretas sobre el plano de las concesiones territoriales, aunque sí supuso dos incursiones inmediatas de Pipino en Italia que frenarían el impulso lombardo. Pero no se demostrarían resolutivas.

La presión lombarda sobre las regiones centrales de la península se hizo más insistente tras el ascenso al trono de Desiderio en el 756. A pesar de la entrega de algunos territorios al Papado (antes que él, Liutprando había donado a los papas las posesiones de los Alpes Cozie y el castillo de Sutri), el cerco en torno a Roma era cada vez más estrecho, tanto por méritos del soberano como por las continuas conquistas de los duques de Espoleto y Benevento. Desiderio tampoco dejó de entrometerse en las disputas entre las facciones romanas. Tras la muerte del papa Pablo I, en el 767, intentó condicionar la elección del nuevo pontífice, imponiendo a un tal Filippo, protegido por guerreros llegados a tal fin desde Espoleto. No obstante, el nuevo papa sería destituido muy pronto por los romanos en favor de Esteban III. Aunque la intervención de Desiderio había sido solicitada por algunos romanos eminentes, que pretendían que arbitrara la situación (la sede papal había sido ocupada por un laico, Constantino, sostenido por las armas de su hermano, que era duque de Nepi), el episodio puso de manifiesto el temor ante la posible instauración de un control de la carga pontificia por parte de los reyes lombardos, lo que abriría las posibilidades de asimilación de la ciudad al reino.

El hijo de Pipino, Carlos (el futuro Carlomagno), rey único de los francos tras la muerte de su hermano Carlomán, respondió a los repetidos requerimientos de la sede romana. Atendiendo a la solicitud de ayuda del papa Adriano I (772-

795), Carlos decidió hacer frente a los lombardos y, para evidenciar la ruptura de alianzas, llegó a repudiar a su mujer Ermengarda, hija de Desiderio. Tras reunir al ejército de los francos en Ginebra, el rey entró en Italia a través de Moncenisio, infligiendo una primera derrota a los enemigos en el paso de San Michele, a las puertas del valle de Susa, en el 773. Desde allí irrumpiría en la llanura padana y asediaría las ciudades en las que los lombardos se había refugiado. Tras resistir muchos meses, Pavía cayó en el 774. Allí se encontró a Desiderio, que fue capturado y deportado, mientras que su hijo Arechi fue localizado en Bizancio.

Así terminaba la experiencia de la dominación lombarda en Italia. Durante casi dos siglos se configuró como una especie de «experimento interrumpido» del proceso de construcción de una realidad político-territorial original, generada a través del encuentro de una mayoría romana y de una minoría germánica (de las menos romanizadas), en lo que había sido la cuna del antiguo Imperio. Su conclusión no fue necesariamente inevitable, al menos en el modo en que se manifestó, sino que surgió a partir de la combinación de diversas situaciones convergentes: la precipitación de fenómenos de amplia escala que llevaban tiempo madurándose, como la regresión de Constantinopla en Occidente; o la nueva, fundamental, empatía de intereses del Papado con los de la emergente dinastía de los pipínidas, que, al defenestrar a los merovingios, necesitaban para afirmarse una sólida legitimación que les proporcionó aquél. El vencedor, Carlos, asumió el título de «rey de los francos y de los lombardos», subrayando con ello la vigencia del reino lombardo, aunque no como entidad independiente, sino como nación anexionada al reino franco y, pocos años después, como parte del gran Imperio carolingio. Los que siguieron reconociéndose en la tradición lombarda protagonizaron inicialmente algún conato de revuelta, rápidamente truncada, y desde luego conservaron durante largo tiempo su identidad (incluso jurídica) en el nuevo orden. La herencia política lombarda fue asumida por los duques de Benevento, quienes desde entonces ostentaron

el título de *príncipes*. Evitando la conquista franca, supieron defender su propia independencia hasta la segunda mitad del siglo XI, momento en el que su dominio, dividido con el paso del tiempo en varios principados, cayó en manos de los normandos.

No obstante, la presencia de los francos en Italia no supuso el traslado de una población entera tras el 774, aun cuando ésta fuera relativamente exigua, adoptando fórmulas similares a las de los ostrogodos o de los mismos lombardos, sino que supuso la superposición de una clase dirigente de etnia distinta al cuerpo social, que se mantuvo sustancialmente inalterado. De hecho, los elementos de la nueva emigración se redujeron a un número muy contenido de individuos, no todos de etnia franca (se contaban entre ellos alamanes, burgundios y bávaros, exponentes todos ellos de las diversas regiones anexionadas por los francos), que ocuparon altos cargos. Por tanto, no se trató de un nuevo, enésimo, fenómeno migratorio, sino de la simple inserción de un núcleo de funcionarios públicos acompañados por sus familiares.

La cristianización de los bárbaros

Las formas de conversión

Los siglos de la Antigüedad tardía y de la Alta Edad Media, caracterizados por las grandes migraciones de pueblos que acompañaron el colapso del Imperio romano de Occidente y la lenta génesis de un nuevo orden medieval en el continente europeo, coincidieron con la gran difusión del cristianismo. Éste acabaría imponiéndose no sólo en todas las regiones imperiales, sino en todas las áreas extrañas o marginales a la dominación romana, como Irlanda o los países situados más allá del Rin. La conclusión de este proceso fue el nuevo orden que culminaría en plena época carolingia, momento en que la uniformidad religiosa y cultural obtenida

desembocaba en la asignación de un papel determinante a las instituciones eclesiásticas en el encuadramiento y organización general de la sociedad. Sin embargo, el proceso en que se embarcarían fue todo menos lineal, homogéneo o irreversiblemente progresivo. Por el contrario, conoció muchas interrupciones y hubo de afrontar resistencias y reacciones diversas, a menudo tras un primer intento de evangelización de superficie, protagonizadas por núcleos de identidad que se negaban a ser homologados.

La extrema complejidad de los fenómenos de penetración de la religión cristiana en el mundo altomedieval ha sido percibida sólo recientemente. De hecho, hasta hace poco tiempo, la historiografía tendía a acoger de manera poco crítica la imagen apologética y simplificadora de la obra de evangelización ofrecida por las fuentes, todas de matriz cristiana y eclesiástica. Según éstas, la conversión derivaba en un progreso automático en los modos de vida de los bárbaros convertidos, que pasarían a un grado superior de civilización. Desde esta perspectiva, el cristianismo habría determinado por si solo y de manera inmediata el desarrollo cultural de los bárbaros, habría pulido sus costumbres y favorecido la evolución hacia modelos sociales complejos. Sin embargo, parece claro que todas estas transformaciones (a las que efectivamente no fue del todo extraño el cristianismo) ocuparon tiempos más largos y fueron consecuencia de los múltiples contactos que mantuvieron los bárbaros con el mundo romano. En definitiva, se constituyeron en razón de dinámicas internas mucho más complicadas. Además, hay que tener bien presente que cualquier proceso de aculturación comporta una inevitable adaptación de los nuevos valores asumidos por parte de la cultura de origen y que las reminiscencias paganas se mantuvieron vivas bajo la pátina cristiana, interactuando con ésta de diferentes maneras y durante largo tiempo.

Como confirmación de la gran complejidad del cuadro al que nos enfrentamos, vale la pena recordar que, bajo la etiqueta genérica de «paganismo» adoptada por las fuentes, se

agrupan experiencias religiosas muy variadas y creencias de diferente tipo, propias no solo de los bárbaros, sino también de la sociedad imperial. Junto a la religión de los germanos, existían creencias paganas de matriz céltica, vigentes sobre todo en los ámbitos rurales de ciertas regiones de la Galia, fugazmente recordadas en la *Vita* de Martín de Tours redactada por Sulpicio Severo; y, junto a las oscuras prácticas de tradición mediterránea de los campesinos sardos, condenadas en una carta de Gregorio Magno, se situaba el paganismo culto y elitista de los círculos filosóficos neoplatónicos, perseguidos por el emperador Justiniano. Estas expresiones no fueron rechazadas por la acción misionera en igual medida en todos los casos, aprovechando la oportunidad de remodelarse y sobrevivir, al menos en sectores específicos de la sociedad. La misma religión cristiana, al menos en los primeros siglos, conservó orientaciones y expresiones teológicas y culturales que complicarían los pulsos dialécticos que se crearon en su seno. Es el caso, por ejemplo, del arrianismo adoptado por la mayor parte de las estirpes que invadieron el Occidente imperial y que se utilizó como elemento de discriminación frente a los romanos.

Ya hemos visto cómo fue cambiando la actitud de la cultura cristiana frente a los bárbaros a lo largo del tiempo y qué problemas suscitaría a la Iglesia, como institución, el paso de la protectora unidad del Imperio de Constantino y Teodosio a la experiencia de los llamados reinos romano-barbáricos, de naturaleza mixta no sólo en el plano étnico, sino también en el confesional. El mundo bárbaro, arriano o pagano, era un espacio inmenso abierto a la evangelización, prescrita por las Escrituras y necesaria para intentar construir un nuevo equilibrio inspirado en los valores de la civilización romana. La tarea de la conversión en un principio fue responsabilidad de los obispos. Estos, tras el desplome de las estructuras imperiales, habían quedado como la única autoridad capaz de representar a la sociedad románica y, por tanto, de tratar con los bárbaros, en cuyos reinos adquirirían posiciones de prestigio. La predicación de grandes figuras episcopales,

como Remigio de Reims, Avito de Vienne y Leandro de Sevilla, influyó junto a otros factores en la adopción del catolicismo, en tiempos diversos, por parte del franco Clodoveo, el burgundio Segismundo y el visigodo Recaredo. Sólo a partir del pontificado de Gregorio Magno (590-604) el Papado asumió directamente la iniciativa, enviando a un grupo de monjes a convertir el lejano reino anglo de Kent. Pero, para asistir a una acción misionera orgánica coordinada por el Papado, hubo que esperar al siglo VIII, momento en el que el poder armado de los pipínidas apoyará el impulso evangelizador protagonizado por monjes insulares.

La conversión del rey fue sin duda el instrumento principal de la evangelización de un pueblo, ya que era lógico que la estirpe entera se adecuase a la elección del propio soberano, incluso en ausencia de una acción coercitiva explícita. Además, un rey cristianizado podía imponer la nueva fe a otras poblaciones que consiguiera derrotar y someter, o estimular a seguir su ejemplo a otros soberanos ligados a él mismo por vínculos de alianza o de parentela. Esto no significa que no surgieran resistencias dentro de la estirpe. Así sucedió, por ejemplo, con el reavivamiento del paganismo entre los anglos tras una primera serie de conversiones regias, o entre los lombardos, que reaccionaron rápidamente ante la conversión al catolicismo del rey Agilulfo y de su consorte Teodolinda. Si se considera que la adopción del cristianismo era a menudo un medio utilizado por los reyes bárbaros para ampliar la base de su poder, aportándole un carácter territorial y no sólo étnico, se entiende mejor la hostilidad que mostraba la aristocracia de las estirpes frente a esta opción religiosa: su peso político disminuiría mientras aumentaba el poder del soberano. De ahí que se sintieran mejor tutelados en el viejo orden garantizado por la cultura tradicional.

Mientras el apoyo del rey constituía una condición inexcusable para el éxito de la iniciativa misionera, las fórmulas pastorales a las que se recurría muestran una enorme diversidad. Las instrucciones del papa Gregorio Magno a los misio-

neros enviados a Kent y las exhortaciones de éstos al rey Ethelberto preveían, según el momento y las diferentes situaciones (y el carácter del interlocutor), la radical destrucción de los ídolos paganos (recomendación dirigida sobre todo al soberano, que era, él mismo, un neoconverso, y que tenía que dar ejemplo de intransigencia); o la transformación o cristianización de lugares de culto o fiestas tradicionales de los anglos. De este modo, los misioneros procedían con cautela y gradualmente, dejando puntos de referencia anclados en las viejas costumbres, si bien profundamente renovadas, a quienes se adherían a un credo religioso hasta aquél momento desconocido. Dos siglos más tarde el obispo de Winchester, Daniel, procedió de manera análoga. Recomendó a Winfrido-Bonifacio, ocupado en la conversión de los turingios, que contrapusiera a ojos de aquéllos la mayor eficacia del dios cristiano, que permitió a sus fieles vivir en los fértiles países mediterráneos, frente a las divinidades paganas, que habían dejado que sus adeptos habitaran las inhóspitas regiones del norte. También eran muy eficaces los milagros y las reliquias, dada la inmediatez de su poder de sugestión y a las que a menudo se atribuía una capacidad taumatúrgica. Por último, respecto a los soberanos, resultaba válida la propuesta del modelo de Constantino, es decir, un monarca a quien el dios cristiano, a cambio de su conversión, había concedido la victoria.

Con el avance de la cristianización de los reinos bárbaros se planteó el problema de la organización de las instituciones eclesiásticas. Las situaciones de partida eran también diferentes en este caso. A veces, como en la Inglaterra anglosajona, se trataba de reconstruir *ex novo* una red eclesiástica que había sido destruida con la llegada a la isla de nuevos colonizadores. En otras ocasiones, sin embargo, caso de la Italia lombarda, se trataba de reorganizar y reactivar estructuras ya existentes, aunque gravemente dañadas con la violencia de las invasiones, que siguieron funcionando a pesar de las dificultades. La tarea se valió (sobre todo en Italia) de la actuación del Papado, que proporcionó programas de acción global

y diseñó intervenciones específicas (como, por ejemplo, la reestructuración de la trama de sedes episcopales de la Italia central y meridional, destruida por los lombardos). No obstante en un reino como el de los visigodos de España, el desarrollo de la Iglesia se llevó a cabo sin la coordinación liderada desde Roma. De todos modos, las diversas realidades presentan en común la implicación general de las instituciones eclesiásticas en la vida de los reinos, donde, con modos, tiempos y grados diversos, terminarían asumiendo competencias específicas de naturaleza política y administrativa. Todo ello fue consecuencia de la necesidad que percibieron los soberanos bárbaros de valerse del patrimonio cultural e ideológico de la Iglesia, así como de su experiencia en organizar la sociedad, para construir uniones políticas más sólidas y duraderas, de carácter territorial y no sólo étnico.

La diversificación de los procesos de cristianización de los reinos bárbaros y el desarrollo de la organización eclesiástica en su interior siguieron dinámicas específicas en cada situación y, por tanto, son difíciles de recoger en un esquema general. De todos modos se pueden entender algo mejor analizando con más detalle un par de casos particulares: las experiencias de los reinos anglosajones en Inglaterra y del reino visigodo de España tuvieron lugar aproximadamente dentro del mismo arco cronológico (desde finales del siglo VI a mediados del siglo VIII). Siguieron, sin embargo, recorridos bien diferentes y alcanzaron resultados dispares, sobre todo a partir del papel jugado por Roma en el primer caso y de la preeminencia de fenómenos internos en el segundo. La acción de evangelización que más adelante protagonizarían los misioneros insulares entre los sajones y otras estirpes del mundo germánico es otro modelo digno de interés, en el que contó el determinante y convergente apoyo ideológico, logístico y político-militar del Papado y de la potencia franca. En este último caso se demuestra claramente el nexo que une la difusión del mensaje cristiano y la voluntad de asimilación de nuevas poblaciones en el orden político creado por los pipínidas.

La evangelización de la Inglaterra anglosajona se debió a la iniciativa directa del Papado. En tiempos de Gregorio Magno (590-604) se envió una misión guiada por el monje Agustín que actuaría entre el 596 y el 597 ante el rey de Kent, Ethelberto, con el fin de convertir a los aún paganos soberano y estirpe.

No es fácil acertar los motivos que indujeron al pontífice a preocuparse por la cristianización de un país tan lejano, lo que, por lo demás, le valdría la imagen de auténtico apóstol de los anglos. Además, la zona se había perdido desde hacía mucho para la romanidad y al tiempo afrontaba la difícil situación italiana acosada por los lombardos. Las mismas fuentes medievales recurren para explicar la situación a la conocida leyenda según la cual Gregorio, antes de convertirse en papa, estaría ya convencido de la necesidad de llevar la auténtica fe a Inglaterra, conmovido por las facciones casi angelicales de algunos esclavos insulares que encontró en un mercado de Roma. Ante esta visión consideró que unos hombres de aspecto casi celestial no podían continuar siendo paganos. Por su parte, los estudiosos modernos han oscilado entre la existencia de intenciones pastorales sinceras, basadas en el vivo sentimiento escatológico de aquel pontífice, y otras claves de lectura que, por el contrario, minimizan el peso de las motivaciones espirituales, interpretando la acción misionera en Inglaterra como un proyecto esencialmente político, que pretendía recuperar para la civilización romana la lejana provincia de la Britania. Pero parece evidente que un aspecto no tiene por qué excluir el otro. De todos modos, se ha de tener en cuenta que entre todos los reinos anglosajones de la época Kent pareció distinguirse por sus estrechas relaciones con el mundo franco, quizá en términos incluso de alguna forma de subordinación a la autoridad de los soberanos merovingios. La misma mujer de Ethelberto, Berta, era una princesa franca de fe católica, a la que el consorte había permitido que continuara profesando su religión, para lo que

mantendría a un confesor personal. Por tanto se podría suponer que los mismos soberanos de Kent enviaron señales favorables (y, por qué no, una solicitud específica), ante una eventual misión evangelizadora. Así parece desprenderse de una carta de Gregorio al rey de los francos, a quienes pediría apoyo logístico para la expedición de Agustín y de los suyos.

La conversión de Ethelberto debió tener lugar a lo largo del año 597. Si bien no está testimoniada ninguna intervención coercitiva por parte del soberano para imponer el bautismo a sus súbditos, lo cierto es que su ejemplo tuvo un efecto catalizador en la difusión del nuevo credo religioso dentro de su reino y quizás ejerció también cierta influencia en la cristianización de algunos reinos limítrofes. La evangelización en principio se extendió sólo por los territorios situados al sur del río Humber, cuyo curso separaba en aquellas fechas dos ámbitos de influencia diversos, a su vez fraccionados en una pluralidad de entidades político-territoriales reunidas en confederaciones ocasionales. Sólo en un segundo momento el cristianismo alcanzaría las regiones septentrionales con la conversión del rey de Northumbria, Edwin, en el 627. No obstante, se ha de tener en cuenta que la adhesión al cristianismo de Ethelberto y de otros soberanos anglos no era ni mucho menos irreversible. Hasta tal punto es así que en los primeros treinta años del siglo VII se asistió a una reacción pagana generalizada. A diferencia de cuanto había sucedido con la dinastía merovingia y, más recientemente, con los visigodos de España, la adopción de la fe católica revistió un carácter individual entre los reyes anglos. A menudo ni siquiera se imponía el bautismo a los herederos legítimos del trono y el dios cristiano, más que destituir a las divinidades paganas, acabaría en muchos casos por acompañarlas. La asunción del cristianismo por parte de Clodoveo o de Recaredo había sido estimulada por la conciencia de la aportación que podía hacer a la creación de una nueva definición de la autoridad regia en reinos, por lo demás, caracterizados por la presencia de una fuerte componente étnica románica. Pero

estas posibilidades no parecen haber sido advertidas por los soberanos anglos, al menos en esta época, en la que la legitimidad de su poder residía por entero en la tradición pagana de la estirpe. Como máximo el nuevo dios podía ser acogido junto a las antiguas divinidades ante las ventajas materiales que su protección podía garantizar.

Los reinos anglos evangelizados hubieron de preocuparse bien pronto por construir los fundamentos de una organización eclesiástica. Su esquema sería diseñado por el mismo papa Gregorio Magno. Agustín, el jefe de la misión en Inglaterra, fue consagrado obispo de Canterbury y quedó encargado de nombrar a otros doce obispos, que debían ocupar las diversas regiones de la isla. En el futuro el más importante de estos prelados, el titular de Londres, lo elegiría directamente el sínodo y recibiría el *pallium* de Roma. También se anticipó el envío de un obispo a York, es decir, a los territorios al norte del río Humber, que por el momento eran extraños a la iniciativa misionera. Cuando la fe cristiana se propagara en aquellas regiones, el metropolitano de York debería crear otros doce obispados, reproduciendo en el norte lo que había hecho Agustín en el sur. Éste se reservó la máxima autoridad sobre todos los prelados de la isla, si bien a su muerte los dos metropolitanos de Londres y York sería plenamente independientes el uno respecto al otro, aunque se verían obligados a colaborar en todas las cuestiones referentes a la vida de la Iglesia de los anglos y a la tutela de la pureza de la fe. Pero este modelo de organización eclesiástica tuvo una traducción práctica muy frágil. Las sedes previstas de Londres y York, a pesar de haber sido efectivamente fundadas tras las conversiones del rey de los sajones orientales, Saberto, y del northumbro, Edwin, tuvieron un funcionamiento irregular, marcado por el recrudecimiento del paganismo que no tardó en ser efectivo. El retroceso de la cristianización podía deberse también a un evento militar y al consiguiente cambio de dominación política, tal y como sucedió con la derrota de Edwin frente al rey pagano de Mercia, Penda, en el 633. Son pruebas, todas ellas, de que la difusión de la fe

cristiana en la isla se mantuvo ligada en exceso a elecciones personales y a la fortuna de los individuos.

Sólo a partir de los años cincuenta del siglo VII se retomaría con vigor el proceso, esta vez irreversible, de afirmación de la fe católica en la Inglaterra anglosajona. Éste puede considerarse finalizado a finales de ese mismo siglo. Una vez más lo alimentaron las relaciones de fuerza entre los soberanos y los cálculos políticos y no la predicación de los hombres de la iglesia. Peada, hijo de Penda, por ejemplo, se convirtió para satisfacer su deseo de unirse en matrimonio con la cristiana Alchfled, hija del potente Oswin de Northumbria. No obstante el Papado estuvo siempre dispuesto a apoyar cualquier iniciativa favorable, proporcionando ayuda directa y proponiéndose como punto de referencia constante: de este modo se sucedieron nuevas iniciativas misioneras como la impulsada por el papa Vitaliano con el monje Teodoro de Tarso, futuro obispo de Canterbury y reformador de la iglesia de los anglos; o la disponibilidad de otro pontífice, Sergio, a acoger en Roma al rey Caedwalla, que recibiría el bautismo en la ciudad de san Pedro y que incluso se convertiría en monje.

El catolicismo en el reino de los visigodos

A diferencia de cuanto ocurrió en la Inglaterra anglosajona, la conversión al catolicismo, desde el arrianismo, del visigodo Recaredo no se vio apoyada por el concurso significativo de Roma. La conversión quedaría sancionada oficialmente en el III Concilio de Toledo del 589. El evento fue resultado de un largo proceso que tuvo lugar en el interior del reino, que tendería a favorecer la superación de la fractura entre la componente goda y la hispanorromana. Si se considera que, apenas pocos años antes, el padre y predecesor de Recaredo, Leovigildo (572-586), había adoptado una política religiosa de signo opuesto, preocupándose por reforzar el arrianismo y subrayando, por tanto, la separación étnica, vemos que la elección de Recaredo se nos muestra como una decisión re-

pentina, que no deja de ser subrayada por las fuentes coetáneas y por muchos estudiosos modernos. La adopción del catolicismo por parte de Recaredo pudo surgir como resultado de la confluencia de varios motivos, entre los cuales no se debe de obviar la influencia que pudo tener la predicación del gran obispo de Sevilla, Leandro. Por lo demás, su decisión parece que fue un acto consecuente con el esfuerzo de fortalecimiento de la institución regia, sobre todo frente a las resistencias opuestas por la aristocracia visigoda. La tarea la iniciaría el mismo Leovigildo con una determinación desconocida en sus predecesores. Al acortar las distancias entre los visigodos y los hispanorromanos a través de la conversión, Recaredo daría al poder del rey de la España visigoda una definición de carácter territorial más que étnica, ofreciendo una base diversa, más amplia y más sólida a su autoridad.

Entre la monarquía católica y las jerarquías eclesiásticas hispanas se crearon vínculos muy estrechos y un compromiso de cooperación firme. Las segundas aportarían al rey el soporte de su bagaje ideológico, de lejanos orígenes cristiano-helenísticos, y la legitimación de su poder, reconociéndole al soberano incontestadas y específicas prerrogativas en el campo religioso. A cambio tendrían la oportunidad de implicarse activamente en la vida del reino, lo cual comportaba la concesión de competencias civiles bien definidas a los obispos, entre las que se contaba una amplia capacidad jurisdiccional.

El espacio constitucional en el que tenía lugar el «encuentro» entre la Corona, el clero y la aristocracia del reino fue el concilio, abierto a la participación de los laicos y enriquecido con competencias específicas, políticas y administrativas. A partir del 633, con el IV concilio de Toledo (el primer sínodo general que se reuniría tras el del 589), se institucionalizó la práctica de los concilios generales, que deberían ser convocados de manera regular para ocuparse de las grandes cuestiones de la fe o de interés general. Hasta el final de reino visigodo a manos de los árabes, en el 711, se celebrarían 12 concilios, el último en el 703. Las deliberaciones del concilio tenían efectos civiles y formaban parte de la

legislación regia, de manera que se configuraban como una especie de gran «asamblea del reino» —casi unas *cortes ante litteram*—, en cuyo seno encontraban plena expresión las diferentes relaciones que se instituían entre la aristocracia, laica y eclesiástica, y el poder monárquico. El sínodo de todos modos reservaba un papel central al soberano, no sólo porque a él correspondiera la tarea de convocarlo, sino por su capacidad para orientar las tareas que se le reconocía: en la apertura del mismo presentaría el *tomus* regio, un documento que constituía el programa a desarrollar en la reunión conciliar.

La implicación del clero en la vida política y administrativa del reino visigodo sería correspondida con la injerencia del soberano en la organización de las instituciones eclesiásticas. Ésta culminaría en el 681 con la adquisición de casi un control pleno sobre las designaciones episcopales, tras haber asumido el derecho de indicar al obispo de Toledo (que se convertía de este modo en una especie de primado de la Iglesia española) los nombres de los prelados que debían ocupar las sedes vacantes del reino, sin atender a la voluntad de los diversos metropolitanos. Aun reconociendo que la facultad del monarca de intervenir en ámbitos de la esfera eclesiástica respondía a un modelo común de la realeza cristiana, no se puede obviar que la solidaridad que demostraron los eclesiásticos frente al soberano durante todo el reino visigodo de España, así como su total implicación en la administración pública, contribuyeron a determinar una fortísima identificación entre sus intereses respectivos. Esta simbiosis comportó una especie de «restricción» del campo del clero hispano al ámbito exclusivo del reino, siendo extremadamente raras (y, en algunas circunstancias, abiertamente conflictivas), las relaciones con los pontífices de Roma. Por lo demás, estos últimos serían identificados como afines al Imperio de Constantinopla, que seguía manteniendo el control de la porción meridional de la Península Ibérica y representando, por tanto, una amenaza latente para el reino visigodo.

El monacato insular y el impulso misionero

Un nuevo, fortísimo, impulso misionero tuvo lugar a lo largo del siglo VIII de manos de los monjes insulares anglosajones, alentados e incitados por el Papado y por la autoridad de los pipínidas. Su acción alcanzaría las regiones del mundo germano que confinaban al noreste con el reino de los francos, aclarando el camino al proceso de integración en la civilización carolingia de las poblaciones bárbaras aún paganas. La misión seguiría la estela de la eficaz iniciativa propuesta, ya desde finales del siglo VI, por otros monjes procedentes de las islas británicas, en particular de Irlanda, que habían llegado a la Galia y a parte de la Italia lombarda, estimulando una asimilación más consciente del mensaje cristiano por parte de aquellas sociedades, ya convertidas.

En Irlanda, cuya evangelización se atribuye tradicionalmente a Patricio en el siglo V, se había desarrollado una forma de religiosidad, o, más exactamente, de organización eclesiástica muy original respecto al continente. La isla, que no había conocido la colonización romana y no tenía centros urbanos de importancia, basó la estructura de la Iglesia en lugar de sobre las típicas circunscripciones diocesanas en un entramado de monasterios regidos por abades, que a su vez podían gestionar varias fundaciones vinculadas entre sí. De ellas dependían los mismos obispos, en caso de que el abad no estuviera dotado de la autoridad episcopal. Este ambiente se caracterizó, además de por su notable densidad cultural, por una espiritualidad de gran ascetismo y por un celo misionero que indujo a los monjes irlandeses a salir fuera de su propio país, animados por el principio de la *peregrinatio pro Christo*, es decir, por el viaje a tierras lejanas con el objetivo de difundir el mensaje del Evangelio. En la vecina Inglaterra, influida por la predicación del romano Agustín, los religiosos irlandeses fundaron importantes abadías en Lindisfarne y en Iona, y, a finales del siglo VI, uno de ellos, Colombano, llegó a la Galia, donde dio impulso a la institución, o a la refundación, según su regla rigurosa, de numerosos monasterios, entre los

cuales destaca el de Luxeuil, en Borgoña. La obra de los monjes insulares atrajo el interés y la solidaridad de los soberanos merovingios y de la aristocracia del reino, cuyas donaciones constituyeron la base material sobre la que se fundaría el desarrollo posterior. Colombano atrajo los mismos apoyos en la Italia lombarda, levantando en el Apenino emiliano el monasterio de Bobbio, destinado a alcanzar una gran fama.

En definitiva, el monacato irlandés aportó una contribución valiosísima a la acción del clero secular, en pro de una mayor difusión y de un profundo arraigo de los valores cristianos en la sociedad merovingia. Introdujo formas de espiritualidad originales y nuevas prácticas de culto (como la disciplina de la penitencia según las prescripciones de los llamados libros penitenciales), que se fundieron con los usos locales, modelando expresiones de religiosidad muy bien articuladas, típicas del espacio occidental. En los siglos VII y VIII proliferaron en los territorios de los reinos francos y lombardos numerosos centros monásticos, a menudo creados por voluntad de los soberanos y de la aristocracia y capaces de constituir no sólo islas de oración, sino válidos núcleos de organización del territorio. Sólo en Italia podemos recordar, además de Bobbio, las grandes fundaciones de Nonantola, Farfa, San Vincenzo al Volturno y Montecasino, mientras que en el ámbito franco, junto a las sedes ubicadas en el corazón de las posesiones merovingias, aparecieron otras destinadas a convertirse en bases avanzadas en los confines del mundo germánico, caso de Echternach, Reichenau o Fulda.

La hegemonía de los francos en diversas regiones de la actual Alemania se fue acrecentando a lo largo del siglo VIII, extendiéndose en particular sobre Austrasia, Turingia y Alamania. Ésta sería acompañada por la acción misionera de monjes anglosajones como el aristócrata insular Winfrido, que, tras su ordenación, adoptó el nombre de Bonifacio y actuó entre los paganos turingios (que finalmente lo matarían). La predicación de otro anglo, Wilibrodo, en Frisia fue también muy significativa. Estas iniciativas condujeron a una primera evangelización de aquellas tierras, si bien investigaciones arqueo-

lógicas recientes revelan la existencia de intentos de penetración católica anteriores. A partir de los años setenta del siglo VIII los francos ya no se contentaron con tener bajo control a los turbulentos vecinos sajones, situados entre el Rin y el Elba; ya no eran suficientes las campañas militares periódicas, saldadas con acuerdos más o menos duraderos, y pretendieron incorporar de manera definitiva a todas estas poblaciones dentro del propio orden político. En el cuadro general del poderoso impulso expansivo del reino (después Imperio) de Carlos, orientado en diversas direcciones y cuya exigencia de poner a disposición de la numerosa clientela propia nuevos objetivos de conquista favorecería la ampliación de la Cristiandad —en plena sintonía con el Papado—, se preparó una guerra más allá del Rin que duraría una treintena de años. Con ella se pondría fin a la resistencia de las tribus sajonas, cuya natural fragmentación política había conocido un momento de excepcional reunificación bajo el jefe Widukindo frente al peligro que se cernía sobre ellos.

La victoria militar de los francos sobre los sajones, acompañada de actos de violencia despiadada, finalizó con la conversión al cristianismo de los vencidos, lo cual facilitaría la asimilación. El control del territorio conquistado fue confiado a funcionarios laicos y a la recién gestada red episcopal. Sin embargo el proceso de evangelización fue muy dificultoso, ya que la imposición del nuevo credo y de la estructura eclesiástica que lo acompañaba fue considerado por parte de los sajones como una imposición por parte de los vencedores. La reacción provocaría actitudes de firme resistencia por parte de amplios sectores de la sociedad sajona, que encontraban en la adhesión a la tradición pagana y tribal elementos de apoyo a la defensa de su propia entidad. Los esfuerzos por doblegarlos no excluyeron la adopción de todo tipo de medidas, pastorales y coercitivas, tal y como demuestra la orden emanada por Carlos en el 785, que contemplaba penas de máxima severidad para quienes se opusieran al nuevo orden. La fatigosa cristianización de la Sajonia, y con ella su asimilación político-cultural, llegaría a convertirse en un éxito de tal calibre

que, poco después, esta región, junto a Turingia, también recién convertida, constituirían no sólo parte integrante del Imperio carolingio, sino sus núcleos más sólidos. A finales del siglo VIII el reino franco adquirió el control de Baviera, tras la derrota del duque Tasilón, y de Carintia. El gran espacio germánico por el que se habían movido estirpes heterogéneas durante siglos se recomponía gradualmente bajo la autoridad de los Pipínidas (con el último gran impulso imperial de Carlomagno tras el 800), creando una nueva unidad política cimentada en la fe católica común.

CAPÍTULO IV

LAS MIGRACIONES DE LOS PUEBLOS ESLAVOS Y LAS ÚLTIMAS INVASIONES CONTRA LA CRISTIANDAD

A partir del siglo VII aparecen nuevos bárbaros paganos en las fuentes del Occidente cristiano altomedieval. Eran distintos de los pueblos que habían protagonizado la dilatada estación de las migraciones, aunque fueron igualmente capaces de encarnar el tipo, casi ideal, del enemigo de la civilización. Se trataba de la galaxia de los eslavos, que emergieron progresivamente en los grandes espacios de la Europa oriental y que se asentaron en los Balcanes; de los árabes, conquistadores de la Península Ibérica y de Sicilia y flagelo de muchas otras regiones mediterráneas; del enésimo pueblo nómada, los húngaros, situados en Panonia y protagonistas de razias devastadoras en numerosos países; y, por fin, de los normandos, procedentes de Escandinavia y que se proyectarían sobre un área inmensa, desde el extremo noroeste atlántico hasta Rusia y al mismo Mediterráneo. Todo este heterogéneo movimiento sólo se puede entender de manera unitaria a través de la sensación común que sobre todas estas gentes

tenían quienes sufrían su ímpetu, percibiendo como nueva amenaza bárbara una realidad completamente diferente de lo que constituyeron las invasiones bárbaras de los siglos anteriores (por entidad, situaciones de partida y cuadro geopolítico general). De hecho, eran también profundamente diferentes entre sí respecto a su naturaleza, las modalidades de desarrollo y sus resultados.

La prepotente aparición y la posterior estabilización de los eslavos en la Península Balcánica, junto a la génesis de las primeras entidades político-territoriales suficientemente estructuradas del mundo eslavo, tuvieron un peso evidente en la transfonnación de la antigua organización y en la plasmación de una nueva geografía del continente europeo. Aunque no siempre resultan subrayadas adecuadamente, lo cierto es que aportaron profundas modificaciones culturales y aceleraron los procesos de redefinición del Imperio de Oriente.

La extraordinaria expansión de los árabes islamizados a partir del siglo VII conllevó también consecuencias muy relevantes para la cristiandad. Sustrajo definitivamente el África septentrional de la esfera de la civilización latina. Ocuparon, además, durante largo tiempo regiones del Occidente como España y Sicilia, reduciendo drásticamente la extensión territorial del Imperio de Constantinopla y presentándose como un nuevo y gran interlocutor frente al mundo cristiano, griego y latino, con quienes debería medirse en los siglos posteriores.

Por su parte los húngaros se establecieron en una antigua provincia romana situada en el corazón de Europa, la Panonia, donde actualmente habitan sus descendientes. Por lo demás, normalmente se ha exagerado la importancia de sus incursiones contra los países occidentales —ya que su objetivo último no era la conquista permanente de territorios, sino el ejercicio de formas de adquisición violenta de riquezas, tal y como ocurriría también en el caso de la piratería sarracena. Teniendo en cuenta esto, es imposible imputar únicamente al temor que provocarían las correrías húngaras la proliferación de castillos que caracterizó el siglo X. Por otro lado, parece

ya totalmente superada la célebre tesis propuesta por Henri Pirenne (1937), quien pretendió explicar la disgregación definitiva de la unidad mediterránea con la llegada de los árabes, que daría fin al mundo antiguo e inauguraría la Edad Media con el desplazamiento hacia el norte del epicentro político de la Europa cristiana.

El fenómeno representado por los húngaros, de dimensiones relativamente reducidas en lo que respecta al ámbito territorial ocupado y al número de efectivos que se cuentan, fue sin duda incisivo. No obstante, siempre hay que considerar este extremo de manera relativa, sobre todo frente a los movimientos de mucho mayor calibre y duración que constituyeron la consolidación del mundo eslavo y la afirmación de la civilización islámica. También parece diferente el caso de los normandos, en principio percibidos como simples piratas, no muy diferentes en su tipo de actividad de los húngaros o de los sarracenos. Pero fueron capaces con el tiempo no sólo de dar vida a creaciones políticas que tuvieron un peso relevante en la historia del Occidente medieval (el ducado de Normandía, los reinos en Inglaterra y en la Italia meridional), sino también de estimular el desarrollo de áreas muy lejanas y hasta aquel momento marginales. Desde los nacientes principados rusos hasta las remotas e inhóspitas islas del Atlántico septentrional, todas ellas hubieron de sentir el peso normando. Las mismas riquezas que arrancaron a los países más evolucionados, víctimas de sus agresiones, impulsaron el comercio del mar del Norte, al ser aquéllas redistribuidas por esta vía, y dieron lugar a una nueva prosperidad en muchas regiones y centros urbanos bañados por el mismo.

Los eslavos en Occidente

El Imperio en el siglo VII

Tras el fracaso del gran diseño de Justiniano de reconquista del Occidente, a partir del siglo VII se inició una

contracción territorial progresiva del Imperio bizantino, que llevaría a un traslado de su centro neurálgico hacia el este. La drástica reducción de la presencia bizantina en las regiones occidentales, consecuencia del avance de los lombardos en Italia y de la erosión en España de la Bética por parte de los visigodos, conoció un impulso decisivo a partir de la invasión de los Balcanes por parte de las tribus eslavas, encuadradas en la etnia de los bávaros. En Oriente, las campañas militares del emperador Heraclio, que alcanzaron su ápice a partir del 627, provocaron el colapso decisivo de la Persia sasánida, permitiendo al soberano bizantino celebrar la victoria sobre su antagonista histórica como un «nuevo Alejandro». Pero este éxito sería muy efímero. El vacío dejado por la desaparición de los sasánidas fue ocupado muy pronto por el expansionismo de los árabes, que constituirían una amenaza mucho mayor para Bizancio (en el 678 la capital imperial ya estaba siendo asediada). De hecho, a partir del 640, los nuevos agresores conquistarían de manera rapidísima e irreversible todo lo que Constantinopla había arrancado a los persas.

La caída una tras otra de las diversas provincias del Medio Oriente y del África septentrional (con la supresión del exarcado de Cartago) en manos árabes, significó una mutilación territorial para el Imperio. La pérdida de más de la mitad de sus posesiones, completada en el primer decenio del siglo VIII, representaría sobre todo una gran merma económica, ya que muchas de las regiones caídas se contaban entre las más importantes fuentes de recursos para el Estado: Egipto, por ejemplo, se encontraba entre los principales proveedores de grano y fuente de ingresos fiscales, al igual que sucedía con Siria, Palestina o Mesopotamia. De este modo, Bizancio se reducía prácticamente al Asia Menor y a la Península Balcánica, controlada cada vez con más fatiga. La siguiente regresión, antes de la conquista de Constantinopla, tendría lugar en la segunda mitad del siglo XI, con la afirmación en cabeza del Islam de los turcos selyúcidas. En este momento debieron renunciar a todo el territorio de Asia Menor, tras repetidas derrotas militares como la que debieron encajar en

Mantzikert en 1071, controlando a duras penas sólo la franja costera.

La emergencia que supuso el avance del frente oriental encontró de nuevo la desidia de Occidente. A lo largo del siglo VII, los territorios imperiales de Italia y otras realidades provinciales bizantinas fueron objeto de una profunda reorganización administrativa. Los cambios tendían a una acentuada militarización de todas las estructuras y a un mayor arraigo local de los cuadros dirigentes. Todo ello transformaba el modelo tardoantiguo, caracterizado por la presencia de una aristocracia fundiaria cuya base económica consistía en vastas propiedades dispersas por toda la cuenca mediterránea. Por otro lado aceleraba el fenómeno de superación del esquema administrativo constantiniano, basado en la separación rígida entre cargas civiles y militares, ya anunciado con la creación de la figura del exarca a finales del siglo VI. El nuevo equilibrio a la larga favorecería inevitablemente la consolidación de los intereses localistas, dando vigor a expresiones de mayor autonomía de Constantinopla, aunque sin superar nunca los límites del Imperio, y experimentando nuevas formas de relación, más flexibles, de estas realidades con el gobierno territorial.

Los eslavos en los Balcanes

El progresivo alejamiento de las provincias occidentales de Constantinopla se vio facilitado por la aparición en el siglo VII de la cuña que representarían los eslavos en los Balcanes. La estabilización definitiva de las tribus eslavas en la Península Balcánica cambió radicalmente la componente étnica de la región y supuso una transformación profunda en la historia de la Europa centro-oriental (tal y como ponen de evidencia los estudios de Paul Lemerle), cuyas dinámicas precisas son aún en parte un misterio. La etnogénesis de los eslavos fue un proceso muy lento, difícil de datar y con numerosos problemas aún sin resolver. El área de asenta-

miento eslavo originario ha quedado definitivamente fijada, tras descartar las teorías que la situaban en la cuenca del Pripet, o la hacían coincidir con la cultura arqueológica «lusaciana», ubicada al este del Dniéper y al sur de los Cárpatos. Actualmente se identifica con la amplia región delimitada al oeste por el Oder, al norte por el Pripet, al este por el Dniéper y al sur por los Cárpatos, en un contexto cultural de gran fusión ante las vivas influencias germanas, góticas, sármatas y tracias. Anteriormente los eslavos habían quedado asimilados al Imperio huno, a través del cual recibirían también importantes influencias culturales del mundo de las estepas; mantuvieron así mismo contactos prolongados con los godos, ante cuyo impulso comenzaron a desplazarse lentamente a finales del siglo V. La marcha se orientó en direcciones diversas, hacia el este (llegando hasta el Don y el Donetz), hacia el oeste y hacia el sur, dando lugar a continuos procesos de agregación y disgregación de cada núcleo y a diferenciaciones en el plano lingüístico y cultural (de una lengua protoeslava común se formaron una decena de idiomas distintos) conforme se iban asentando en los diferentes países por los que pasaban. Precisamente, a raíz de la emigración y del asentamiento definitivo en las nuevas sedes, se perfeccionó la identidad y se precisó la distinción de cada grupo. Finalmente quedarían constituidos los conjuntos de eslavos occidentales (polacos, eslavos del Elba, sorabos, checos y eslovacos), eslavos orientales (rusos, ucranianos, rusos blancos) y eslavos meridionales (eslovenos, croatas, serbios, macedonios y búlgaros).

El impulso hacia Occidente, que sólo se detendría en época de Carlomagno, fue muy poderoso: en el arco de tiempo de ocho siglos y tras atravesar las tribus eslavas el Oder y el Elba, la frontera entre germanos y eslavos se trasladó desde el curso del Vístula, donde se localizaba a inicios de la era cristiana, a una línea que conectaba Hamburgo con Trieste, pasando por Bohemia, Eslovaquia y Panonia. En definitiva, la presencia eslava se extendió en tiempos relativamente cortos por un ámbito territorial vastísimo, en un fenómeno migrato-

rio que, por sus dimensiones iniciales y por los resultados finales, no se puede considerar de ningún modo menor al de los pueblos germánicos y asiáticos, aunque es cierto que la historiografía le ha prestado menos atención.

A finales del siglo V, o en los primeros decenios del siglo VI, varias tribus eslavas superaron la línea del Danubio y protagonizaron incursiones cada vez más frecuentes en la Península Balcánica, de gran eco en los testimonios aterrorizados de las fuentes bizantinas. Las provincias danubianas, Macedonia, Tracia, Tesalia y Dalmacia, fueron víctimas de correrías devastadoras en el curso de los años; la misma Tesalónica, segunda ciudad en importancia del Imperio bizantino, sufrió un largo asedio. Algunos grupos de eslavos también se aventuraron a lanzarse al mar, agrediendo las islas griegas y alcanzando Creta. A finales de siglo, al menos a partir de los años 80, se testimonian las primeras formas de asentamientos algo más estables en diversas zonas de la Península Balcánica, hasta el Peloponeso, con la aparición de las llamadas *sclavinie*, asentamientos limitados, pero estables, de poblaciones eslavas en territorio imperial. Limitadas solamente a los territorio interiores, las *sclavinie* fueron incapaces de expandirse posteriormente, ya que carecían absolutamente de una coordinación política mínima y no seguían ningún plan coherente de conquista. El Imperio conservaba por el momento la soberanía sobre los Balcanes, pero los enclaves eslavos que se habían creado escapaban a su capacidad de control efectivo.

Se observa una evolución en las formas que adoptaba su presencia a partir de inicios del siglo VII. Desde aquel momento, las tribus eslavas, guiadas por la aristocracia guerrera de los ávaros, infringieron definitivamente el *limes* balcánico y ocuparon de manera estable los territorios invadidos, transformando de manera definitiva el cuadro étnico y social que ocupaban.

Los eslavos habían sufrido el dominio de la estirpe de origen turca de los ávaros desde mediados del siglo VI. Lo habían soportado a duras penas, tal y como prueban la con-

notación fuertemente negativa de los ávaros en textos épicos de la literatura eslava o la enérgica resistencia que les presentaban, sobre todo en Bohemia, Eslovaquia y Moravia. En esta última región, probablemente, el jefe de origen franco Samo creó una primera entidad política eslava coherente (de la que se sabe bien poco), capaz de resistir durante treinta y seis años (623 al 659). Bizancio, ocupada durante aquel tiempo en el frente persa, transigió en la entrega de tributos al *jan* de los ávaros, con la esperanza de evitar las hostilidades por parte de éstos. En el 626 bandas de eslavos ávaros, búlgaros y gépidos unidos asediaron por mar y por tierra la misma Constantinopla, mientras que los persas, que habían penetrado muy al interior del territorio bizantino, se presentaron en el Bósforo, amenazando la ciudad. Sólo la experimentada solidez de las defensas de la capital y la neta supremacía naval de los bizantinos evitó el desastre y provocó, con la retirada de los persas, la derrota de los asediadores bárbaros, una derrota tan eficaz que marcó el declive definitivo de la potencia ávara. La ruina de los ávaros, obligados desde entonces a replegarse en un ámbito territorial cada vez más reducido, hasta ser completamente aniquilados por Carlomagno entre el 791 y el 805, liberó a las poblaciones eslavas que habían estado sumidas bajo su disciplina en los Balcanes. Tal y como había hecho Samo, el búlgaro Kuvrat consiguió deshacerse del yugo ávaro en el reborde septentrional del mar Caspio. Para la ocasión tuvo el apoyo de Constantinopla, al igual que había ocurrido durante la emigración de los serbios y de los croatas desde sus sedes originarias hasta los Cárpatos, en la Península Balcánica, realizada con el beneplácito del emperador bizantino y en perjuicio de los ávaros.

La emergencia de la potencia búlgara

El mapa geopolítico de los Balcanes cambiaría con el asentamiento de los búlgaros en el delta del Danubio. La población de origen turco-eslava afirmó bien pronto su hege-

monia sobre la región, creando en el 680, en la provincia de *Mesia* (correspondiente a la actual Bulgaria nororiental), territorio imperial, un reino que perduraría hasta el siglo XI. En este momento lo destruiría temporalmente el emperador Basilio II, aunque recuperaría su propia autoridad política a finales del siglo XII. El reino búlgaro sometido a la autoridad de un *jan* representó desde su formación una amenaza constante para Bizancio, consolidando progresivamente su poder a pesar de las diversas operaciones militares que lanzaron los bizantinos contra ellos, sobre todo el emperador Constantino V. Finalmente las fuentes bizantinas introdujeron a partir de finales del siglo VII el término «Bulgaria» para designar la nueva realidad político-territorial que se había creado y que estaba destinada a jugar un papel relevante en los acontecimientos de la región durante muchos siglos, resultando ser uno de los más temibles antagonistas del Imperio.

La realidad búlgara nació de la fusión gradual de tres grupos étnicos distintos. Inicialmente existió un connubio entre los eslavos, que habían entrado en gran número en los Balcanes, y la minoría de los tracios, antigua población asentada en la provincia a la que daba nombre, ya helenizada y romanizada y presente en territorio imperial desde el siglo I d. C. Los tracios fueron asimilados por los recién llegados eslavos, aunque ofrecieron a éstos su propia cultura, cuyas trazas se conservan en diversos campos, desde el vestido hasta la toponimia. En un segundo momento, hacia mediados del siglo VII, se agregaron a esta cepa eslavo-tracia los llamados protobúlgaros, caballeros nómadas de etnia turca. Cabe señalar que la palabra del turco antiguo *bulgha* significa «mezcla», confirmando el hecho de que los protobúlgaros, más que una auténtica etnia, eran una federación de tribus, en parte iraníes (sármatas y alanos) y en parte turco-mongolas, activas en un territorio muy amplio y fraccionadas en el curso de su historia en ramas diversas. Los protobúlgaros parece que mantuvieron la memoria de su ascendencia irani en nombres de algunos jefes que nos han llegado, como Isperich (o Asparuch), que guió, en el 670, a su tribu hasta el Danubio;

o en usos, como el típicamente sármata de vendar fuertemente la cabeza de los recién nacidos para dar al cráneo una forma alargada, signo de distinción social. Las pocas fuentes que los mencionan los asimilan étnica y culturalmente a los hunos, a quienes consideraban fieles aliados. Pero, sobre todo, los vinculan estrechamente a las diversas tribus turcas (utiguros, onoguros y cutriguros) que influyeron de manera evidente y determinante en su cultura.

Los búlgaros, por tanto, a quienes hubo de enfrentarse Bizancio, eran resultado de la fusión de los caballeros protobúlgaros con las tribus de eslavos, que a su vez habían absorbido a los tracios. Una vez constituido en la inquieta región balcánica, el reino búlgaro-eslavo hubo de consolidarse rápidamente, entre los siglos VIII y IX, tanto en sus estructuras internas como en su base territorial, ante la constante presión de sus enemigos en las fronteras: los ávaros al noroeste, los jázaros al noreste y, sobre todo, los bizantinos al sur. El emperador Constantino IV ya había tenido que comprometerse a entregarles un tributo en los años ochenta del siglo VII. Sesenta años más tarde el sucesor, Constantino V, consciente de que el peligro búlgaro no sólo no había ni mucho menos desaparecido, sino que incluso era aún más amenazante, condujo personalmente nuevas expediciones militares contra aquel pueblo. En el 763 los búlgaros sufrieron una gran derrota en la costa del mar Negro y una decena de años más tarde fueron obligados a asumir pactos tras sufrir nuevas derrotas. Aún así, la evidente superioridad militar de los bizantinos no consiguió imponer nunca a los búlgaros una pacificación definitiva. Por el contrario, el reino búlgaro supo convertirse a partir de aquel momento en uno de los principales antagonistas del Imperio.

Tras la caída del reino ávaro a manos de Carlomagno, la potencia búlgara conoció un notable fortalecimiento y una considerable ampliación, extendiéndose hacia Panonia y retomando con renovado vigor la ofensiva contra Bizancio. En el 811 los búlgaros liderados por el *jan* Krum consiguieron desbaratar el ejército imperial, asesinando al mismo Nicéforo

I, primer emperador muerto a manos de los bárbaros desde los lejanos tiempos de la muerte de Valente en Adrianópolis. Pocos años después, Krum repitió el éxito en una batalla cerca de Adrianópolis, minando gravemente el prestigio del emperador Miguel Rangabés. Solo se alcanzó una cierta pacificación durante el reinado de su sucesor, Omurtag, que fijó la frontera entre ambos territorios en Tracia.

La convicción de la incapacidad de resolver por la fuerza de las armas la continua inestabilidad del área balcánica y de sesgar el ya demasiado potente reino búlgaro, convenció a muchos bizantinos, empezando por el patriarca Focio, de la necesidad de emprender una vasta acción misionera más allá de los límites del Imperio. A través de ella pretendían convertir estas tierras al cristianismo ortodoxo, haciéndoles abandonar su paganismo tribal, con lo que quedarían de algún modo asimiladas a Bizancio. Según sus planes, al incorporarlas a la jerarquía de la Iglesia se verían vinculadas a la esfera política bizantina. Además, con ello neutralizarían la competencia que representaban los esfuerzos ya en marcha por parte de la sede romana para evangelizar a los eslavos meridionales y occidentales, así como las primeras influencias ejercidas por el Islam. Desde el punto de vista de Bizancio, la conversión de los búlgaro-eslavos significaba introducir una nueva forma de hegemonía (la única en aquel momento, dadas las fuerzas contendientes). Sin embargo, para las clases dirigentes eslavas representaba un vehículo de fortalecimiento del propio poder en el interior del reino y sobre todo hacia el exterior, accediendo con total legitimidad a una nueva dimensión de las relaciones internacionales. Ya no serían «bárbaros», sino copartícipes de la universalidad de los pueblos cristianos (aunque se mantendrían atentos a evitar el riesgo de la asimilación política). La consolidación del poder del príncipe que seguía a la asunción de nuevas formas de legitimación, según el modelo del emperador cristiano, se acompañaba de la posibilidad de reordenar las estructuras político-administrativas de los reinos según el modelo imperial. De este modo se superaba la organización tribal tradicio-

nal, tal y como ya vimos que sucedió también entre los bárbaros de Occidente.

La conversión que se inició en el siglo IX fue lenta y fatigosa, debido también a la competencia ejercida por el Papado con la ayuda del poder carolingio. Resultó genial la intuición de los grandes misioneros Constantino (que pasaría a llamarse Cirilo tras su ordenación como monje) y Metodio, dos hermanos de Tesalónica que elaboraron una liturgia en su propia lengua, con la traducción de las Escrituras al eslavo gracias a la invención del alfabeto galgolítico (después sustituido por la escritura cirílica, más simple). Ello permitió transcribir los fonemas de la lengua eslava con los signos del nuevo alfabeto, pero no impidió que la evangelización griega en el mundo eslavo centroeuropeo fracasase. La labor conjunta del Papado y del clero germánico se impuso en Moravia, Bohemia y Panonia gracias a la presión de las autoridades carolingias; también acabaron dentro de su esfera, en momentos diferentes, otras poblaciones eslavas del sur (croatas y eslovenos) y del norte (polacos). Por su parte el cristianismo ortodoxo se asentó entre los eslavos meridionales, serbios y, sobre todo, búlgaros. El *jan* búlgaro Borís, que también solicitó a los francos el envío de misioneros, recibió el bautismo a manos de un obispo griego en el 864-865, conducido por su padrino espiritual, el mismo emperador Miguel III, de quien tomó el nombre. Esta elección, aparentemente repentina (el bautismo le fue suministrado con toda prisa, de noche), fue animada por el envío de un gran ejército bizantino a las fronteras de su reino. El clero griego se ocupó desde bien pronto en la organización de la nueva Iglesia búlgara, venciendo las resistencias de los círculos paganos a los cultos practicados por la estirpe, cuya diversidad les aportaría creencias diversas, eslavas, mediterráneas (transmitidas por los tracios) y orientales, de los nómadas. Alrededor de la neonata iglesia búlgara se desencadenaría una tormenta de intereses, ya que, mientras Constantinopla intentaba someterla a su patriarca, los búlgaros pretendieron obtener la autocefalia. Por este motivo se dirigieron al papa y provocaron un con-

flicto entre Roma y Constantinopla que contribuiría a crear la primera crisis entre las dos almas de la cristiandad, en el 867, tiempos del patriarca Focio y del papa Nicolás I. Finalmente los búlgaros optarían por abrazar el cristianismo griego. Lo cual aceleraría también su proceso de eslavización y los haría formar parte de lo que, según la feliz y afortunada fórmula de Dimitri Obolensky, ha sido definido como la *«commonwealth* bizantina». Precisamente con este término se alude a la ambigüedad de fondo que caracteriza el vínculo que unía al Imperio con una serie de realidades más o menos belicosas, en términos de subordinación formal y dependencia cultural de Constantinopla, aunque no por ello renunciaran a seguir adelante con la forja de su propia identidad autónoma.

La cristianización del mundo búlgaro en vez de favorecer una convivencia pacífica estimularía la elaboración de una ideología imperial por parte de los búlgaros, sobre todo con el *jan* Samuel, que llegaría incluso a pensar en una posible unificación de los dos Imperios bajo un soberano búlgaro. A inicios del siglo IX Simeón llegó hasta las murallas de Constantinopla para reivindicar la corona imperial. Ésta no sólo englobaría a su pueblo, sino a toda la comunidad bizantina. Se trataba de un giro fundamental en la larga lucha mantenida entre los búlgaros y los bizantinos, ya que se invertirían radicalmente los papeles del juego. El *jan* no llegó a tomar Constantinopla, pero tomó el título de *basileus* de Bulgaria y consiguió que su propia hija fuera tomada por esposa por el emperador Constantino VII, por entonces menor de edad. De este modo, parecía que tomaba las riendas del Imperio, pero las hostilidades se abrirían de nuevo a raíz de la ruptura del pacto por parte bizantina. Más de un decenio de éxitos búlgaros no consiguió garantizar a Simeón el cumplimiento de sus planes, sobre todo porque durante este tiempo no fue capaz en ningún momento de expugnar la ciudad de Constantinopla, a pesar de los repetidos asedios a los que la sometió. Los nuevos pactos que acordó con el emperador Romano Lecapeno, llevaron al búlgaro a recuperar el título imperial, siempre y cuando quedara circunscrito a Bulgaria, y, por

tanto, abandonara cualquier aspiración a la corona bizantina. En el 927 la muerte de Simeón llevaría a alcanzar una pacificación destinada a durar largo tiempo, lo que significaba la victoria de la linea política de Romano. El zar Pedro, hijo de Simeón, reforzaría su propio poder en el Imperio, pero abandonó cualquier otro tipo de veleidad. De este modo, el convulso cuadro de la Península Balcánica alcanzaría una conformación definitiva. Los territorios de los serbios que habían sido agredidos repetidamente por Simeón con objeto de someterlos, se reorganizaron bajo el príncipe Cheslav y reconocieron la soberanía bizantina; sólo se liberarían de ella tras el 1204, momento en que el colapso del Imperio griego favoreció el surgimiento en toda la zona de nuevas formaciones políticas plenamente autónomas, entre las cuales estaría el reino serbio de Esteban Dusan. Por su parte los croatas habían sido capaces de derrotar a los búlgaros guiados por su primer rey, Tomislao, preservando desde el inicio su propia independencia.

En los años ochenta del siglo X surgió un nuevo Imperio búlgaro que, aunque se apoyaría en la tradición del de Simeón y Pedro, tenía en realidad una fisonomía completamente diversa y un epicentro mucho más escorado a Occidente, uniendo a los viejos territorios búlgaros Macedonia y otras zonas como la Tesalia, Épiro y una parte de Albania. Al frente de esta nueva formación estaba el hijo de un gobernador de Macedonia, Samuel, que al principio obtuvo brillantes victorias frente a los imperiales, en lo que se vio favorecido por las luchas intestinas que agitaban el Imperio bizantino. El emperador Basilio II, amenazado por el pretendiente al trono, Bardas Focas, resolvió a su favor la guerra civil gracias a la intervención decisiva de un contingente de rusos varegos enviados por Vladímir, príncipe de Kiev. En agradecimiento por la ayuda prestada al *basileus* legítimo, se concedió al ruso la mano de la hermana de Basilio, Ana, la primera princesa Porfirogeneta que se casaría con un extranjero. Eso sí, a condición de que Vladímir y sus súbditos se convirtieran al cristianismo. La evangelización del principado de Kiev, que

tendría lugar en el 988, señalaría el inicio de una nueva fase del mundo ruso kievita y fortaleció una vez más la esfera de influencia de Bizancio, sometiendo a una entidad muy relevante y con grandes perspectivas. Constantinopla había sido consciente de su fuerza desde los primeros conflictos mantenidos con los rusos, poco después de mediados del siglo IX, por lo que desde entonces había puesto en marcha una lenta, pero tenaz, labor de penetración religiosa.

Felizmente liberado de los enemigos internos, Basilio II pudo concentrarse en la destrucción del Imperio búlgaro-macedonio, guiando una gran campaña militar a partir del 1001. Cinco años después, más de la mitad del territorio controlado por Samuel había sido reconquistado por Bizancio y, tras una larga serie de acontecimientos, en el 1014, el ejército del búlgaro-macedonio sufrió una emboscada en una garganta de los montes Belasia y fue totalmente aniquilado. El zar escapó a la matanza, pero murió pocas semanas después, al ver llegar a la ciudad de Prilep, donde se había refugiado, a todos los hombres de su ejercito que habían caído prisioneros en la batalla contra los bizantinos. Con la desaparición de Samuel cayó el Imperio de los búlgaros y Basilio II el Bulgaróctono (es decir el «asesino de búlgaros») restablecía de alguna manera, y sólo temporalmente, el dominio de Bizancio sobre toda el área balcánica por primera vez desde la irrupción de los eslavos en la misma.

Las últimas invasiones

Los sarracenos

El enorme impulso expansivo del mundo árabe que tuvo inicio tras la muerte de Mahoma, acaecida en el 632, se desarrolló fundamentalmente por vía terrestre. Amenazó seriamente a todo el Imperio de Oriente, al que, como se ha dicho, sustrajo vastas posesiones. Mientras, en Occidente, consiguió desmontar el reino visigodo de España en el 711,

sustituyéndolo por la dominación islámica. Desde su base en la Península Ibérica agredieron la Galia meridional, donde consiguieron controlar por algún tiempo la Provenza y el Languedoc, aunque serían detenidos, en el 732, a partir de la derrota que sufrieron en Poitiers a manos del franco Carlos Martel. Desde ese momento la iniciativa árabe comenzó a ocupar el mar y a asumir formas de correrías conducidas por gentes islamizadas, no árabes, que las fuentes reconocen como sarracenos.

La última gran conquista territorial del Islam en Occidente tuvo lugar en Sicilia, arrancada a los bizantinos a través de una campaña militar que comenzó en el 827 y concluyó en el 902 con la toma de Taormina. Su posesión se mantendría poco más de siglo y medio, hasta la llegada de los normandos y el estallido de una guerra que concluiría treinta años después con la derrota musulmana. A lo largo de todo el siglo X se utilizarían las bases del África septentrional, España y Sicilia para agredir repetidamente diversas regiones costeras, sobre todo italianas. Llegarían incluso a crearse algunas entidades político-territoriales de cierta solidez en zona enemiga, como ocurrió en Bari y Taranto; o a organizar algunas bases de apoyo, desde las que lanzar las incursiones, como las establecidas en Campania, en la desembocadura del Garigliano, y en Agrópolis, desde las que consiguieron mantener en jaque a toda la Italia apenínica. El ataque del 846 contra Roma provocó un gran revuelo, ya que sufrió el saqueo de las basílicas de San Pedro y de San Pablo. El suceso obligó al emperador Lotario I a organizar una expedición militar de respuesta. Entre los objetivos más perseguidos de los piratas sarracenos estaban las grandes abadías aisladas, que custodiaban enormes riquezas y estaban mal defendidas. De este modo acabaron siendo víctimas de ataques importantes centros monásticos como San Vincenzo al Volturno, Montecasino, Farfa, San Pietro della Novalesa o San Gallo. El ensañamiento que mostraron hacia algunos territorios de fácil acceso desde sus bases costeras provocó su despoblamiento. Además de la Italia meridional fueron particularmente asedia-

das por los sarracenos regiones costeras situadas entre la Península Italiana y la Galia y las del arco alpino occidental. Desde Fraxinetum, cerca de la moderna Saint-Tropez, los piratas musulmanes atormentaron durante largo tiempo a los habitantes de la Provenza, el Piemonte y la Liguria, adentrándose por los Alpes hasta alcanzar incluso Suiza. Sólo en el 912 el conde de Provenza, Guillermo, fue capaz de organizar una expedición contra Fraxinetum, infligiendo un duro castigo a los sarracenos, que vieron drásticamente reducida su capacidad ofensiva.

Los húngaros

Tras la estabilización de los búlgaros y la ruina de la potencia ávara a manos de Carlomagno, la amplia y turbulenta área panónico-danubiana conoció una breve fase de calma que atrajo a nuevos inmigrados. En esta ocasión procedían de territorios germanos y eslavos antes de que, en el 895, apareciera de improviso una nueva etnia, la de los magiares o húngaros, tal y como son tratados en las fuentes occidentales. Eran una estirpe de matriz ugrofinesa, cuyo núcleo originario procedía con toda probabilidad de la región del Volga medio. Habían tenido contactos prolongados con los nómadas de las estepas, iraníes (como los alanos) y turcos, de quienes adquirieron algunos elementos culturales y lingüísticos, además de una mayor práctica con el caballo. Entre los siglos VII y VIII los húngaros se habían trasladado hacia Occidente, asimilando nuevos sujetos y acabando por establecerse en Ucrania, donde se enfrentaron con la etnia turca de los pechenegos. Tras este evento se dividieron en varios grupos, el principal de los cuales fue liderado por Arpad y guiado hacia Panonia, que se convirtió desde entonces en la sede definitiva de esta estirpe, de quien adoptaría el nombre de Hungria (Magyarorszàg en húngaro moderno).

A partir, al menos, del 862, cuando los húngaros estaban aún más allá del Dniéper, se registraron incursiones esporádi-

cas contra los señores carolingios, protagonizadas por un pueblo que hasta entonces había sido sustancialmente desconocido para los occidentales. La posterior participación en las guerras de Arnulfo de Carintia contra el rey de Moravia, como mercenarios al servicio del primero, hizo evidente a sus ojos la opulencia de Occidente y los posibles botines que ofrecía. De este modo, se asistió a una primera expedición hacia el oeste, en el 899, con el objetivo de alcanzar la Italia septentrional. El enemigo que hizo irrupción en el valle del Po era desconocido y por tanto temible, bien organizado militarmente, con un ejército a caballo que seguía el modelo de los nómadas orientales, con armamento ligero y de gran movilidad, que apostaba por la rapidez y el factor sorpresa. Los húngaros derrotaron rápidamente al ejército italiano del rey Berengario I en el río Brenta, en la actual región del Véneto, desde donde llevaron a cabo diversas correrías por las regiones septentrionales sin que nadie les opusiera resistencia, sometiendo a razias y destruyendo incluso el célebre monasterio de Nonantola. Incapaz de doblegarlos con la fuerza de las armas, Berengario intentó domar su violencia poniéndolos a su servicio como mercenarios al menos durante quince años. Aprovechando su fuerza contra sus diversos enemigos políticos, inauguró una práctica que tendría muchos émulos.

Desde entonces la campañas húngaras se desarrollaron de manera regular a lo largo de cincuenta años, embistiendo además de Italia casi toda la Europa occidental continental. De hecho, fueron víctimas de sus incursiones Carintia, Baviera, Sajonia, Turingia, Suabia, Franconia, Lorena, Alsacia, Borgoña, además de efectuar rápidas correrías en las áreas más septentrionales de la Galia y contra la región pirenaica, hasta llegar al norte de la Península Ibérica. Sin duda fueron favorecidos por la debilidad general de los organismos públicos occidentales en el periodo, con la consiguiente escasa capacidad de reacción militar por parte de los agredidos. Varias provincias fueron obligadas a pagar onerosos tributos para evitar los saqueos y, como ya hemos dicho, los reyes italianos suceso-

res de Berengario y los aristócratas del reino prefirieron continuar pagando a los húngaros para lanzarlos contra los propios adversarios personales, mejor que intentar afrontarlos en el campo. Italia fue acosada, tras el episodio del 899-900, por una serie de incursiones que llegaron hasta el asedio de Pavía, en el 924, y a un ataque contra Roma, en el 942. La gran expedición del 937 fue particularmente notable por la extensión territorial que alcanzó: los húngaros penetraron en la península por el noroeste, a través del Moncenisio y del Monginevro y, con dirección al sur, siguiendo el trayecto tradicional que llevaba desde los Alpes occidentales hasta Roma, llegaron hasta la Campania, desde donde volverían a subir lentamente para salir con toda probabilidad por la frontera nororiental. Precisamente durante este retorno los húngaros sufrieron una dura derrota a manos de los habitantes de la Marsica, que sorprendieron a los enemigos en una garganta montañosa, infligiéndoles un severo castigo cuando hubieron de ralentizar su marcha ante la pesada carga del botín recogido a lo largo de sus correrías.

El impacto general de las correrías húngaras resultó indudablemente duro para los países occidentales. Eligieron como víctimas de sus agresiones sobre todo objetivos con posibilidades de ofrecer un buen botín y mal defendidos, como las ricas abadías que surgían aisladas en el territorio, o los alrededores y suburbios extramuros de los centros urbanos. Los húngaros, poco hábiles en la poliorcética, tendían a evitar los largos y complejos asedios a ciudades y fortificaciones bien pertrechadas, y preferían también huir de grandes batallas campales frente a ejércitos organizados. En las regiones germánicas, sobre todo a partir de los años cuarenta del siglo X, se constata una reacción generalizada que llevó a la intensificación progresiva de éxitos contra las bandas húngaras, gracias a una oportuna reorganización político-militar y a una inteligente política de fortificación del territorio. A este respecto se ha de precisar que no se debe pensar, tal y como se ha hecho a menudo, que las incursiones húngaras provocaron el conocido fenómeno del encastillamiento, es decir, la erec-

ción de gran cantidad de fortalezas en los países occidentales, característico de este periodo. En su origen existieron sin duda factores más complejos de naturaleza socio-política, vinculados a la fragmentación del poder público tras el ocaso de la potencia carolingia. El poder de los húngaros influyó sólo en parte en el proceso, estimulando la construcción de algún castillo en las zonas más expuestas al peligro.

La importancia de las correrías húngaras, que tanta aversión suscitaron, comprensiblemente, en las fuentes contemporáneas, ha sido a menudo exagerada por la historiografía, que hacía lo mismo respecto a la piratería sarracena. Incluso se ha pretendido relacionar su eclipse con la recuperación económica y demográfica que experimentaría Occidente a partir del año mil, tras el presunto estancamiento de los siglos precedentes (que también habría que revisar). En realidad, aunque la gravedad de los daños provocados por los húngaros es indudable, hasta el punto de ralentizar el desarrollo de las regiones atacadas, no es posible atribuirles efectos tan devastadores y situarlos en la raíz de procesos que se desarrollaron en tiempos larguísimos y en cuyo desarrollo concurrieron factores complejos y heterogéneos. Las incursiones húngaras, reducidas en el tiempo por la mayor capacidad de resistencia de los agredidos o por la disminución del impulso propulsor del mundo húngaro, cesaron tras la durísima derrota sufrida a manos del soberano germánico Otón, el futuro emperador, que los neutralizó en Lechfeld, junto a Augusta, en el 995. Desde ese momento los húngaros se estabilizaron en su territorio, se convirtieron al cristianismo con el rey Esteban I (coronado en el 1000 y muerto en el 1038) y desarrollaron un reino que serviría a los occidentales de colchón frente a la amenaza de otras estirpes de caballeros nómadas, como los pechenegos o los cumanos, a quienes debió enfrentarse incluso el Imperio bizantino. Tras siglos de grandes turbulencias, el mundo de las estepas alcanzaba una época de calma relativa, al menos hasta la llegada de los mongoles en el siglo XIII.

Los normandos

En el extremo norte del continente europeo, en la Península Escandinava, que desde tiempos remotos había sido la tierra de origen de muchos de los pueblos bárbaros, y que por tanto se conocería entre muchos autores medievales como una auténtica «matriz de naciones», surgieron entre los siglos VIII y X, según las fuentes, nuevas gentes que intentaban superar sus límites geográficos en busca de mejores condiciones de vida. Dado que las vías terrestres frecuentadas en el pasado eran ahora impracticables, a causa de la nueva configuración de los territorios germanos, los normandos debieron recurrir forzosamente al mar. Este tipo de movimientos no constituían ninguna novedad, aunque en estas fechas asumieron una frecuencia y entidad sin precedentes. Las causas que provocaron este incremento migratorio desde Escandinavia no han sido precisadas: probablemente el principal estímulo sería el anhelo de gloria militar y de botín en regiones más floridas que la inhóspita madre patria. Los jefes, deseosos de destacar en un contexto políticamente fluido y de hacerse con grandes séquitos, verían ésta como una opción muy sugerente; posteriormente los éxitos obtenidos en las primeras expediciones suscitaron efectos imitativos que llamarían a nuevas empresas. Sin embargo, las recientes investigaciones arqueológicas tienden a desmentir la existencia de factores tradicionalmente aceptados como tales, caso de los drásticos cambios climáticos o repentinos crecimientos demográficos capaces de inducir a amplios segmentos de la población a partir.

Los individuos procedentes de Escandinavia aparecen en las fuentes latinas con el término genérico de *nordmanni*, es decir «hombres del norte». Testimonios de ingleses y frisones redactados en vulgar hablan sin embargo de *viking* (de *vik* «bahía») al referirse a los normandos que los atacaron por mar con objeto de realizar razias y quizás también para comerciar con ellos. Por su parte, los que se trasladaron hacia los países de la Europa oriental, a lo largo de los grandes ríos, para comerciar y actuar como soldados en los ejércitos bizantinos,

fueron denominados *vaeringi* (de *vár* «juramento», que subraya la naturaleza del vínculo que unía a los miembros de estas compañías de mercaderes-guerreros). También en estos casos es evidente que, tal y como hemos visto que sucedía normalmente con todos los pueblos bárbaros, eran denominaciones utilizadas por observadores externos, y que no suelen corresponderse con los nombres con que los escandinavos se autodenominaban.

Al menos en los primeros tiempos, cada grupo de escandinavos se movió hacia los países más próximos de sus propias regiones de partida. Así, cuando procedían de la actual Noruega se dirigieron al oeste, hacia las islas Shetland, Escocia e Irlanda, llegando también al litoral de la Francia septentrional y dirigiéndose hasta Islandia; por su parte los daneses atacaron las costas meridionales del mar del Norte e Inglaterra oriental y los suecos se proyectaron hacia el área báltica, remontando ríos como el Volga, Dniéper y Dvina para llegar hasta el mar Caspio, el mar Negro y el Bósforo. Repetimos, se trata de líneas tendenciales fácilmente comprensibles en el plano geográfico, que ciertamente no impidieron diversas combinaciones, así como la posible constitución de grupos mixtos. Incluso emprendieron aventuras ocasionales en el Mediterráneo a partir de los años sesenta del siglo IX, cuando una flota nórdica depredó las costas ibéricas, provenzales y toscanas, saqueando también las ciudades de Pisa y Luni.

La gran onda de expansión escandinava ocupó todo el arco cronológico comprendido entre los siglos IX y XI y se desarrolló a lo largo de distintas fases (con un *lapsus* que ocupó gran parte del siglo X). Quedó articulado en múltiples empresas, desde simples actos de piratería a exploraciones de países lejanos, desde la colonización de inhóspitas tierras semidesiertas al asentamiento en áreas ya densamente pobladas y civilizadas, originando en más de una ocasión entidades político-territoriales destinadas a tener una influencia decisiva en el desarrollo del mundo occidental. La velocidad de los desplazamientos de los normandos y la amplitud de su radio de acción se debieron en gran medida, más que a la pericia

marinera y al coraje de sus tripulaciones, a la calidad de las naves empleadas. La clásica y conocida embarcación utilizada en las correrías denominada *snekkia* (y no *drakkar*, como se cree), tenía un calado reducido al mínimo que le permitía remontar fácilmente los ríos, golpeando duramente ricas abadías del interior y ciudades que se consideraban seguras por estar lejos del mar. Los piratas normandos actuaban en grupos reducidos (generalmente alrededor de 1.000 guerreros) que apostaban por el efecto sorpresa y por la rapidez de las incursiones, provocando el pánico entre la población, lo que inhibiría su reacción. Evidentemente, las iniciativas normandas en la mayoría de los casos no contenían planes de conquista territorial de amplio alcance, limitándose a operaciones de asalto y robo favorecidas por la debilidad de las defensas del mundo carolingio y de la Inglaterra anglosajona. La respuesta de los países que fueron víctimas de sus ataques fue de turbación inicial frente a un peligro nuevo y particular. Los soberanos carolingios, incapaces de afrontar el fenómeno con la fuerza de las armas, se vieron obligados a pagar para mantener la paz, entregando onerosos tributos a los normandos para aplacar su agresividad, a la par que regiones enteras se iban despoblando. Sólo en los años setenta del siglo IX, bajo la égida de Carlos el Calvo, hubo una respuesta eficaz, con la construcción de puentes fortificados y la obstrucción de ríos y nuevas cintas amuralladas en torno a las ciudades. Inglaterra tomó medidas análogas, esforzándose en preparar flotas capaces de neutralizar a los normados en el mar.

La auténtica colonización de nuevas tierras tuvo lugar en primer lugar en las inhóspitas islas Feroe, prácticamente deshabitadas con anterioridad, donde, a finales del siglo VIII, se asentaron individuos procedentes de Noruega. Hasta mediados del siglo siguiente fueron pobladas también las Orcadas y las Shetland, donde se han localizado elementos célticos. A partir del 870 llegaron a Islandia grupos de noruegos, que encontraron allí algunos ermitaños de origen irlandés y que se establecieron en estas tierras, donde pocos años después crecerían hasta alcanzar los 35.000 habitantes. Allí mismo cons-

truirían una cultura floreciente que generaría una de las principales fuentes literarias del mundo nórdico, la *Edda*, además de la gran familia de las sagas. A finales del siglo X se llegó a Groelandia, prácticamente desierta, donde se mantendría una presencia humana significativa hasta el siglo XV, momento en el que tuvo lugar un empeoramiento drástico de las condiciones climáticas. Según la tradición de las sagas (por lo demás, producto muy tardío, adscrito a los siglos XIII-XIV), algunas naves procedentes de Groenlandia habrían tocado en varias etapas una tierra que ellos llamarían *Vinland* y que no ha sido identificada, aunque hipotéticamente se podría reconocer en la misma una parte del continente americano, quizás una región costera, o una isla de Canadá.

Junto a las tierras vírgenes, los normandos pretendieron establecerse en regiones habitadas desde tiempo y dotadas de una estructura socio-política consolidada. Los inmigrados escandinavos, los varegos (llamados por las fuentes *Rus* o *Rhos*), desempeñaron un papel importante en el proceso de formación del espacio ruso, en vías de definición progresiva en torno a los centros de Kiev y Novgorod. No obstante su peso efectivo aún hoy es difícilmente cuantificable, aunque en todo caso favoreció la formación y el desarrollo en el área de entidades político-territoriales bien estructuradas. Los datos arqueológicos parecen demostrar el predominio en estos contextos, incluso en ámbitos urbanos, de una sólida base de población eslava en la que se insertaron los varegos, aunque no conseguirían protagonizar una colonización en masa. De todos modos, la voluntad firme de los mercaderes-guerreros varegos de establecerse de manera permanente en aquellos territorios, superponiéndose a los campesinos eslavos y fundiéndose con ellos, fue determinante en la fijación de nuevos grupos sociales y políticos destinados a tener gran peso.

En Occidente los noruegos se establecieron, sobre todo a lo largo del siglo IX en algunas partes de Irlanda, en particular en su mitad meridional, ocupando durante largo tiempo ciudades como Dublín, Cork y Limerick. Estas zonas mantendrían una fisonomía política autónoma hasta el siglo XII y

conocieron un buen nivel de desarrollo económico, asistiendo a una fusión gradual de los indígenas celtas con los escandinavos inmigrados. Las islas Hébridas y la isla de Man fueron asimismo entidades bajo el control de dinastías noruegas, también en este caso superpuestas a la sociedad céltica.

Por su parte los daneses dieron vida entre los siglos IX y X a numerosas realidades politico-territoriales en la Inglaterra centro-septentrional y oriental, además de ocupar las costas de Frisia, Sajonia y la Galia, especialmente junto al estuario del Sena. No obstante todos estos núcleos tendrían una breve duración, con excepción del ducado de Normandía. En Inglaterra los vikingos conquistaron a finales del siglo IX un territorio muy amplio que ocupaba cerca de dos tercios de la parte centro-septentrional y oriental de la isla, denominada *Danelaw*, es decir, «región en la que existe la ley de los daneses». La ordenarían en unidades distintas bajo su autoridad, la principal de las cuales sería York. El rey sajón de Wessex, Alfredo, fue el único capaz de resistir con éxito su presión. Finalmente toda Inglaterra caería bajo el dominio danés en una nueva oleada de invasiones y el rey Canuto, por poco tiempo, se convertiría en cabeza única. En esta época, a inicios del siglo XI, consiguieron controlar también Noruega y parte de Suecia, pero tan vasta construcción tendría una vida efímera. La presencia danesa en Inglaterra, expresada generalmente en fórmulas de gestión político-militares, desde arriba, sobre la más numerosa población indígena, parece favorecer el desarrollo del comercio y la urbanización del país, aunque quedan dudas acerca de su peso real en la vida de los campos.

La única creación política vikinga duradera en tierras ya habitadas se desarrolló en la porción septentrional de la Galia, que tomó su nombre, Normandía, de los normandos. Tras fracasar la expedición contra París del 885, la presión de los vikingos experimentó una regresión sustancial que acabaría con un convenio definitivo firmado en el 911, cuando el rey Carlos el Simple cedió al jefe Rollón (de probable origen noruego) una parte de Neustria, concretamente el conjunto de

tierras comprendidas entre ambas orillas del Sena y el oeste del valle del Epte, convertida poco después en una de las regiones más prósperas del Occidente europeo. Las nuevas posesiones, elevadas al grado de ducado, continuaron absorbiendo inmigrados escandinavos hasta los primeros decenios del siglo XI, formando en el territorio núcleos de asentamiento muy densos que se fundieron rápidamente con la población local. La misma lengua escandinava se olvidaría pronto y Rollón recibiría el bautismo en el momento mismo de entrega de su ducado, impulsando de este modo la conversión de los suyos.

Al igual que en Inglaterra, en Normandía la influencia escandinava impulsaría el nacimiento de nuevas ciudades, o al menos la recuperación de las existentes, y el desarrollo económico. Se preservaron en gran medida las instituciones francas, al menos en los aspectos administrativos, en el derecho, en la organización fundiaria o en las tradicionales relaciones con la Iglesia. Además, a lo largo del siglo XI partirían desde Normandía expediciones que tendrían gran importancia en los países que constituyeron su meta. En el 1066 Guillermo desembarcó en Inglaterra, derrotando en la batalla de Hastings al ejército del rey anglosajón Haroldo, con lo que se pondría fin a la experiencia anglosajona en la isla (que se había recuperado tras el breve paréntesis danés de Canuto), sustituida por un reino normando destinado a gozar de gran fortuna. De hecho, sería el crisol sobre el que se plasmaría la nueva sociedad inglesa, punto de encuentro entre el elemento normando de reciente inmigración y la base sajona y en parte céltica.

También eran de procedencia normanda los mercenarios que, desde los inicios del siglo XI, quedaron al servicio de algunos jefes lombardos y bizantinos, aún enzarzados en luchas endémicas entre ellos. Aprovechando los contrastes continuos entre las realidades locales (entre las que destacaban las ciudades marítimas campanas), un número exiguo de hombres, aunque de iniciativa militar y política sobresaliente, supo hacerse con un espacio de cada vez mayor relieve. En el 1027

el jefe Rainulfo Drengot obtuvo para sí el condado de Aversa y, dieciséis años más tarde, Guillermo el de la Larga Espada, de la familia de los Hauteville, se hizo con Melfi. Pero fue otro miembro de esa misma familia, Roberto, llamado Guiscardo, quien conquistaría entre los años cincuenta y sesenta de ese siglo casi toda la Italia meridional continental, contando con el abierto apoyo del Papado, que consideraba positivo el surgimiento de una potencia amiga en el sur de la península. Los Hauteville completaron el plan reunificador de la Italia meridional cuando los ejércitos guiados por Roger I arrancaron Sicilia a los musulmanes, entre el 1061 y el 1091. Roger II anexionaba Sicilia a las posesiones continentales en 1130, asumiendo desde entonces el título de rey de una realidad dispuesta a lanzarse a la gran política mediterránea y en la que la cultura normanda supo fundirse admirablemente con la base latina, griega y árabe de la gran mayoría de la población.

CONCLUSIONES

A partir de finales del siglo IV importantes masas humanas procedentes de los inmensos espacios euroasiáticos estuvieron implicadas en un vasto fenómeno migratorio, cuyas causas de fondo no han sido precisadas. Al ser empujados hacia Occidente, mediante una serie de traslados en cadena, algunos de estos grupos se toparon directamente con las fronteras del Imperio romano. Muchas de estas poblaciones, de naturaleza heterogénea y caracterizadas por culturas fuertemente contaminadas por los frecuentes intercambios recíprocos, aún cuando se situaran en territorios externos al *limes*, no eran del todo extrañas a la ecúmene romana. Al contrario, constituían una especie de periferia, capaz de dialogar con el centro y de acusar influencias. El desafío que suponía la emigración a tierras lejanas y el enfrentamiento a peligros desconocidos, estimularon la agregación de grupos tribales menores que darían vida a pueblos de entidad más relevante y cuya nueva identidad se definiría a partir de los acontecimientos que debieron afrontar, adoptando entonces las denominaciones con las que serían identificados en los siglos posteriores. Por su parte el Imperio, convertido al cristianismo, vivía una época de profundas transformaciones, conse-

cuencia de procesos de largo alcance que implicaban a los sectores más diversos, desde las instituciones a la sociedad, desde la economía a la cultura. Su reducida capacidad defensiva, al menos en la *pars occidentis*, favoreció, junto a episodios de correrías de efectos más o menos devastadores, aunque en todo caso transitorios, la penetración gradual más allá de las fronteras de varios pueblos bárbaros, que procedieron a efectuar formas de asentamiento cada vez más estables. El proceso se racionalizó a través de fórmulas procedentes del derecho romano, hasta llegar a la sustitución del Imperio de Occidente por varios reinos, en los que los romanos hubieron de convivir con los bárbaros recién llegados, bajo la autoridad de un soberano elegido por estos últimos.

La deposición del último emperador occidental en el 476 no fue un evento tan traumático para los contemporáneos como pudiera sugerir el valor como término de cesura que ha alcanzado convencionalmente entre los modernos. El Imperio, aunque mutilado territorialmente, prosiguió su existencia sin solución de continuidad en la *pars orientis*. Para los romanos de Occidente se trataba de conseguir nuevos equilibrios dentro de los reinos creados y de aceptar nuevos modos de cooperación con los bárbaros que la cultura romana, pagana y cristiana, de la Antigüedad tardía había identificado como instrumento (si no la causa) que propiciaría el fin de su civilización. Los reinos conocidos como romano-barbáricos, subrayando la fisonomía mixta en los planos étnico y político, fueron, más que producto de modelos institucionales tradicionales de los bárbaros, creaciones surgidas del encuentro determinante con las estructuras de la romanidad y con el bagaje ideológico de ésta, faltando al carácter experimental en la no fácil búsqueda de soluciones eficaces para situaciones sin precedentes. El empirismo y la multiplicidad de situaciones específicas promovieron la existencia de trayectos y finales distintos en cada caso. Entre todas estas realidades destacó por duración y por sus derivaciones el reino de los francos. Pero el hecho de conocer su derivación última, su transformación en el Imperio de Carlomagno, no nos permite

identificar signos distintivos originarios, capaces de predeterminar el futuro, ya que, repetimos, cada solución respondió a contingencias pocas veces previsibles.

El último intento protagonizado por Justiniano, a mediados del siglo VI, de restaurar la antigua unidad del Imperio, ideológica y política más que territorial, al recuperar las provincias mediterráneas de Occidente, fue un plan tan ambicioso como inevitablemente destinado al fracaso. Ya no existían las condiciones materiales y los recursos útiles para mantener un área tan amplia bajo una misma autoridad. La pérdida inmediata de cuanto había sido conquistado tras la llegada de los lombardos a Italia y de los árabes al norte de África, contribuyó a acelerar la contracción progresiva del Imperio —manifiesta también en Oriente—, precipitando con ello el proceso de alejamiento político y cultural del mundo de lengua griega del Occidente latino, que se agudizaría con el tiempo. De hecho, la experiencia de los lombardos en Italia, considerada de manera improcedente durante mucho tiempo como un simple paréntesis en la historia de la península y que, sin embargo, resulta ser parte integrante y significativa de la misma, aparece como un interesante ejemplo de evolución (en el plano social e institucional) de la dominación de un pueblo bárbaro —de partida ajeno a la *civilitas* de Roma— en el corazón mismo de la romanidad. Resultó un experimento que, sin embargo, fue interrumpido, en el plano político, por la emergencia de una nueva coincidencia de intereses entre el Papado, en vías de independizarse de Constantinopla, y la dinastía de los Pipínidas, que se impuso por entonces en el mundo franco.

La progresiva cristianización de los antiguos pueblos bárbaros jugó un papel determinante, al estimular mecanismos de aculturación de las *gentes* y al modelar la ideología política y la organización institucional de sus reinos, hasta dar vida a una nueva solidaridad de Occidente bajo el signo de la fe común, promoviendo con ello la ampliación de sus mismas fronteras. Las tierras de la Cristiandad, incluido el Imperio bizantino, fueron víctima, entre los siglos VII y XI,

de un último asalto de gentes muy diversas entre sí, aunque percibidas como una nueva amenaza bárbara, por su cultura y religión extrañas y por su agresividad. Se trataba de «bárbaros» muy diferentes de los que habían embestido el Imperio romano en siglos anteriores, algunos de los cuales —los normandos, los húngaros y, sobre todo, la gran masa de las poblaciones eslavas— acabaron integrándose, transformando la geografía política del continente europeo. Los otros, los pueblos islamizados del Medio Oriente y del norte de África, tras haber prolongado su estancia durante largo tiempo en la Península Ibérica y en Sicilia, se encontraron desde muy pronto con que ellos mismos serían víctimas de la contraofensiva del mundo cristiano.

APÉNDICE

LAS INVASIONES BÁRBARAS Y EL FINAL DE ROMA: MITOS PARA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO[1]

Una reacción muy común, que hemos podido comprobar, por parte de los lectores cultos (o culturizados) no especialistas en Historia frente a los temas tratados en este libro, los lleva a establecer una analogía inmediata entre los acontecimientos ligados a la *Völkerwanderung* antigua y algunos sucesos de la actualidad. Como es evidente, se trata de un

1. Existe, en lengua española, un excelente y ya añejo trabajo de crítica y balance de los estudios más importantes sobre la crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo. Como Cláudio Azzara, su autor también parte de la premisa de «que la interpretación dada a la caída del Imperio romano o, si se quiere, de la cultura clásica, no es sólo una cuestión erudita, sino que en ello se vuelca la concepción más personal de que de la Historia se tenga»; de modo que, en definitiva, «con harta frecuencia la "cuestión" del fin del mundo antiguo haya sido, pura y llanamente, una cuestión ideológica, y en ocasiones increíblemente alejada de toda consideración histórico-científica». Veáse José Fernández Ubiña, *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid, Akal, 1982; las citas proceden de la página 7 *(N. de la T.)*.

paralelismo desprovisto de perspectiva histórica, incapaz de percibir las diferencias insalvables que separan los fenómenos citados y que supera con gran soltura un hiato temporal de unos quince siglos. No obstante, esta postura es muy significativa de la perdurable y fortísima carga evocadora y simbólica que las invasiones bárbaras del pasado siguen ejerciendo en una sociedad como la nuestra, aún cuando no disponga de conocimientos históricos adecuados o malinterprete el sentido mismo de la Historia.

Los paralelismos que se creen identificar entre lo que sucedió entonces y las dinámicas modernas proceden, tal y como se puede suponer, de la conciencia que existe en el mundo actual de que se asiste a un nuevo y creciente fenómeno migratorio desde los países más pobres del planeta hacia los opulentos. Es «igual» que lo que ocurrió en la Antigüedad tardía, cuando la periferia bárbara del Imperio romano acabó haciéndose con la porción occidental del mismo. Esta imagen (por lo demás raramente consciente de la incidencia que en estos eventos tienen los inaceptables desequilibrios en la distribución de la riqueza entre las diferentes áreas) no se limita a constatar, de manera, digamos, neutra, que estamos frente a desplazamientos de masas humanas importantes desde una región del mundo a otra, sea cual sea el motivo. Es muy fácil añadirle una carga de ansiedad ante las consecuencias que pueden conllevar tales procesos (que, además, suelen ver agigantadas sus dimensiones reales) sobre el orden político, social, demográfico, económico y cultural de los países meta de la migración, llegando a ver en ellos —desde las posiciones más extremas— casos de auténtica invasión, violenta y lacerante sobre un orden instituido.

El aflujo de inmigrantes de diversa procedencia a las sociedades occidentales se percibe como la vía de entrada de culturas consideradas más atrasadas —al menos tecnológicamente— y difícilmente integrables y, por tanto, se ve en ello una amenaza para la identidad de la civilización occidental y de sus valores peculiares. Según esta corriente de pensamiento, una vez penetrado y enraizado, el elemento alógeno ejer-

citaría sobre el modelo de partida una labor progresiva de contaminación, cuando no se percibe incluso como un enfrentamiento entre culturas incompatibles (o mejor dicho, presentadas instrumentalmente como tales), como una agresión explícita contra Occidente por parte del exterior.

En definitiva, los fenómenos migratorios de masa desde una periferia económicamente atrasada (y explotada) hacia un centro detentor de la riqueza, constituyen una amenaza sobre el fin de un determinado orden político, social, económico y cultural, dado el abatimiento en que están sumidas aquéllas. En este sentido se perciben como fenómenos análogos a los que las invasiones bárbaras pudieron suponer en aquella fase de transición del mundo antiguo al medieval, en el «fin de Roma», general y repetidamente percibida como paradigma válido del ocaso de una civilización.

El ocaso de la civilización de Roma y las invasiones de los bárbaros en la cultura contemporánea

En época contemporánea, a comienzos del siglo XIX, la cultura historiográfica occidental se ha enfrentado con renovado vigor e interés al problema —de todos modos siempre vivo— del ocaso del Imperio romano (al menos de su *pars occidentis*) y de las invasiones que lo causaron (o fueron consecuencia del mismo), arguyendo cada vez motivos diferentes para explicar las causas del fenómeno. De este modo, se han señalado como factores principales del final del Imperio la desnaturalización cultural de la antigua tradición romana debido a la aparición del cristianismo; al alejamiento de las instituciones primigenias (Edward Gibbon) o a la extinción de las elites dirigentes (Otto Seeck), la crisis de las ciudades (Mijail Rostovtzeff), o la revolución social de las clases dominantes (la historiografía marxista y soviética), hasta llegar, en el caso de André Piganiol, a hablar de un Imperio «asesinado» por la agresión de los bárbaros. Se cargan las tintas indistintamente sobre aspectos endógenos o

exógenos (como en la tesis de Piganiol), cuando en realidad parece tratarse del concurso de diversos factores que componen un cuadro bastante complejo.

En las interpretaciones decimonónicas, todas ellas basadas en la idea de progreso típica del periodo marcado por la revolución industrial y por grandes innovaciones científicas y tecnológicas, prevaleció una percepción del final de la civilización romana como conclusión natural de un ciclo de desarrollo que había llegado al límite extremo de sus posibilidades de expansión. No podía, por tanto, una vez alcanzado el apogeo, más que iniciar un inevitable proceso de decadencia. Esta parábola era vista como un flujo continuo en el devenir del proceso histórico, sin cesuras traumáticas pero con factores de renovación, entre los que se cuenta la misma cristianización, que acompañaron el paso hacia nuevos equilibrios. Semejante perspectiva resulta ser en muchos aspectos cercana a posiciones adoptadas por la historiografía más actual, que no por casualidad usa locuciones como «época de transición», «periodo de transformaciones en el mundo romano» para aludir al arco cronológico comprendido, aproximadamente, entre los siglos IV y VII-VIII d. C. Desde luego las corrientes actuales se aproximan más a esta postura que a la generada a partir de estudios realizados a finales del siglo XIX o primera mitad del XX, que tendía a ver fracturas netas. La continuidad institucional entre la romanidad tardía y la Alta Edad Media ha sido tradicionalmente un elemento de reflexión crucial, con lecturas muy polarizadas, proclives, en unos casos, a percibir pervivencias significativas de la herencia romana en los tiempos bárbaros altomedievales y, en otros, por el contrario, a descubrir drásticas interrupciones ante la preeminencia de las costumbres bárbaras. Hoy se prefiere articular la valoración según cada uno de los aspectos considerados (políticos, jurídicos, sociales, económicos, culturales), más que mantener juicios rígidos en esquemas globales y axiomáticos.

Por otro lado el siglo XIX vio en los acontecimientos acaecidos durante el Bajo Imperio romano no sólo una trayec-

toria de declive, sino el momento de expresión de una cultura sofisticada y extremadamente refinada. Parecía casi que el arte, frente al tumultuoso mundo en el que se desarrolló, fue capaz de concentrarse sobre sí mismo y condensar lo mejor de una civilización superior que había llegado a su crepúsculo. La decadencia comportó una revalorización de la literatura de la Antigüedad tardía, descuidada hasta entonces, dado que se consideraba muy inferior a la producida en época clásica. En los estantes de la biblioteca de Des Esseintes, el protagonista de una obra elevada a la categoría de manifiesto, *À Rebours*, de Joris-Karl Huysmans (de 1884)[2], sobresalen, no por casualidad, autores como los Padres de la Iglesia, Ausonio, Rutilio Namaciano, Prudencio, Sidonio Apolinar y, sobre todo, el dilecto Claudiano, quien, resucitando la más sobresaliente y auténtica tradición clásica «en la perenne amenaza de los bárbaros que se acumulan ya a las puertas del Imperio», «desafía el tiempo con el brillo de sus colores, pasa con todos sus fuegos prendidos entre la oscuridad que engulle el mundo». La síntesis de suprema, extenuada elegancia de las formas artísticas y del voluptuoso abandono a un destino de muerte de una civilización, proyectada sobre las ruinas de una Roma ya víctima de los bárbaros, se expresa en su formulación más eficaz —y conocida— en los primeros versos del celebérrimo soneto *Langueur* [*Languidez*] de Paul Verlaine, publicado en 1883 y adoptado como enseña de todo un movimiento literario (superando con mucho las intenciones de su autor): «*je suis l'Empire à la fin de la décadenze, / qui regarde passer les grands Barbares blancs / en composant des acrostiches indolents / d'un style d'or òu la langueur du soleil danse*»[3]. Un ocaso dorado de la romanidad en el gran

2. Trad. esp.: *A contrapelo*, trad. de Juan Herrero, Madrid, Cátedra, 1984 *(N. el T.)*.

3. «Soy el Imperio que al final de la decadencia / que ve pasar los bárbaros blancos, y que indolente / va componiendo acrósticos en un estilo de oro / en que danza la languidez del sol poniente»; sigo la trad. esp. de Luis Guarner en Pablo Verlaine, *Sus mejores versos*, Madrid, 1930, p. 71 *(N. de la T.)*.

mar de los bárbaros que todo lo cubre, cuyos últimos, espléndidos, iconos imaginados fueron fijados, a través de la relectura decimonónica, en la reconstrucción pictórica de un artista como Lawrence Alma Tadema, de sensibilidad próxima a la peculiar interpretación de la Antigüedad tardía de Walter Pater, el culto estudioso del arte y de la literatura clásica y renacentista, autor de la novela *Marius the Epicurean* (1885)[4].

El mito del crepúsculo del Imperio de Roma y de la civilización en que se expresó, aún cuando ya estaba bien presente entre los estudiosos, al menos desde el Humanismo, con todas sus implicaciones y símbolos, suscitó un nuevo interés en el siglo XIX y aportó nuevas claves de lectura. Todo ello lo llevaría a convertirse en el siglo XX —tal y como ha sido resumido de manera eficaz, entre otros, por Santo Mazzarino— en una auténtica «página de la historia contemporánea», hasta tal punto llegó la superposición de los dramáticos hechos modernos a la historia pasada. El final del mundo antiguo se asumió como paradigma de las convulsiones del presente, a la vez espejo, advertencia y presagio. Pasó a un segundo plano la percepción de la continuidad —aún dentro de la transformación— del flujo histórico que había caracterizado la interpretación historiográfica decimonónica, en favor de una visión de ciclos sucesivos cerrados en sí mismos y destinados a finalizar de manera irremediable. Esta actitud se acentuó de modo particular en la generación que estudió y escribió inmediatamente después de la carnicería de la Primera Guerra Mundial: para esta gente resultó casi automático el nexo entre la caída del Imperio romano y el derrumbe de los Imperios de los Habsburgo, ruso y alemán, consecuencia (o en concomitancia) del conflicto del 1914-1918 y al que esta generación había asistido o incluso tomado parte. En todo caso, se creó una sintonía emotiva entre el eco de las fuentes del otoño del Imperio romano y el contexto

4. Trad. esp.: *Mario, el epicúreo*, trad. de Rafael Lassaletta, Madrid, Valdemar, 1997 *(N. de la T.)*.

cultural y psicológico en el que se producía: por ejemplo, el duelo de un Stefan Zweig por el *Mundo de ayer* de la *felix* Austria (*Die Welt von gestern. Erinnerungen eines Europäers* fue publicado póstumamente en 1944[5]), o el desarraigo del protagonista de la *Cripta de los capuchinos*, de Joseph Roth (*Die Kapuzinergruft* es de 1938[6]), privado de puntos de referencia tras la muerte de su mundo y vagando como un espectro, en la última página de la novela, alrededor de la tumba de su difunto emperador.

Según la interpretación difundida en aquellos años, el Imperio romano habría caído no tanto por los golpes infligidos por los bárbaros, cuanto por causas fundamentalmente internas. La atención se centró en particular sobre la crisis institucional de la romanidad tardía, sobre la incapacidad de las instituciones para adaptarse a las exigencias de un cuerpo social en rápida transformación, dando representación a los elementos de su nueva fisonomía y a sus nuevas necesidades. En definitiva, aunque prescindiendo de juicios de valor acerca de la bondad de la estructura más antigua del Imperio romano (exaltada, por ejemplo, por Gibbon, que imputaba la culpa del declive justamente al alejamiento de este modelo), la ruina de todo el sistema se achacó a la falta de evolución del mismo.

Numerosos estudiosos atribuyeron el colapso de las instituciones no sólo a la excesiva rigidez de éstas frente a los cambios acontecidos, sino también a su entrega a las masas, que en la Antigüedad tardía habrían sustituido en la gestión de aquéllas a las elites dominantes, arrollándolas. El mito de la coincidencia entre el final del mundo antiguo y el final de la elite que lo gobernaba —y que representaba su cultura y sistema de valores— tuvo una gran fortuna historiográfica, en

5. Trad. esp.: *El mundo de ayer: Memoria de un europeo*, trad. de Joan Fontcuberta y Ágata Orzeszek, Barcelona, El Acantilado, 2002 *(N. de la T.)*.

6. Trad. esp.: *La cripta de los capuchinos*, trad. de Jesús Pardo, Barcelona, El Acantilado, 2002 *(N. de la T.)*.

el último decenio del siglo XIX y primeros treinta años del siglo XX, entre autores muy leídos (no todos necesariamente formados como especialistas del mundo antiguo), desde Otto Seek a Matthias Gelzer, desde Oswald Spengler a José Ortega y Gasset, desde Mijail Rostovtzeff al italiano Guglielmo Ferrero. Las elites antiguas se habrían extinguido, «suicidado», ante su incapacidad de renovarse, dejándose desbancar por campesinos y militares: la muerte de la civilización romana habría coincidido con la muerte de la civilización aristocrática, asesinada por una repentina «democratización de la cultura» y por los «bárbaros internos» encarnados en las masas populares. Esta visión (absteniéndonos de cualquier juicio crítico acerca de su corrección histórica) se prestaba a paralelismos inmediatos con el presente. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, la afirmación gradual del sufragio universal en varios países europeos había favorecido como reacción al mismo el desarrollo de movimientos de crítica radical hacia los principios y la práctica de la democracia parlamentaria, a la que se oponía una teoría de las elites (políticas, económicas y culturales) como sede auténtica del verdadero poder. Se consideraba que con la Primera Guerra Mundial la elite supranacional que hasta aquel momento había dirigido Europa se había lanzado a su propio suicidio, precipitando el final de todo un mundo, «exactamente como» se suicidaron las clases dirigentes aristocráticas imperiales desde el siglo III d. C., que habría significado el ocaso de la romanidad *tout court*. Y —hoy como entonces— tampoco faltaban los «bárbaros internos», listos para sustituir a los «mejores»: la masas obreras y los bolcheviques, actualización de los militares y campesinos antiguos.

También para la literatura marxista el Imperio romano habría sucumbido ante la desaparición violenta de sus clases dirigentes a raíz de un acto revolucionario considerado positivo —frente a lo que pretendía la teoría contraria—, además de destinado a repetirse en el presente. En el contexto de una visión de la historia como sucesión de fases, el traspaso de una a otra debía estar necesariamente marcada por una revo-

lución. El colapso del orden económico y social antiguo (basado, para la escuela marxista, en el trabajo esclavista) lo atribuían a la acción revolucionaria de los explotados, de los esclavos, que se sumaron a los bárbaros. En cuanto al mundo moderno, la revolución comunista había abatido el capitalismo. Esta interpretación del ocaso de Roma, ya presente en los escritos de Marx y Engels, encontró su aval ideológico definitivo cuando Stalin la proclamó públicamente como teoría oficial y auténtica.

A diferencia de la generación activa en el periodo de la guerra de 1914-1918 y de la revolución rusa, la que vivió el periodo de la Segunda Guerra Mundial y de la posguerra privilegiaría otros factores como causantes del fin del Imperio romano. En vez de subrayar elementos de disolución interna, darían más importancia a un evento exógeno: la invasión de los bárbaros procedentes de más allá del *limes*. Esta posición queda representada al más alto nivel por la fórmula ya citada de André Piganiol (cuya obra apareció en 1947): *«la civilisation romaine n'est pas morte de sa belle mort. Elle a été assassinée»* [«la civilización romana no murió de vieja y sin sufrimiento. Fue asesinada»]. Esta tesis se forjó sobre la base de una determinada interpretación de las fuentes (que no se puede compartir desde un punto de vista crítico), que llevaba a condenar el peso de las invasiones. Pero, en esta ocasión, tampoco fueron ajenos a semejante interpretación los acontecimientos del momento: la civilización occidental acababa de afrontar la terrible agresión nazi y fascista que había puesto en peligro los valores más profundos, amenazando con destruirla en una espiral de «bárbara» y deshumana violencia. Una obra de gran fortuna editorial en Italia, *Il Medioevo barbarico d'Italia*, de Gabriele Pepe, publicada en 1941, no puede negar que, en su empeño por negar la aportación de un pueblo «germánico», los lombardos, a la construcción de la identidad italiana en la Edad Media, de algún modo refleja la repulsa que siente el autor por la criminal locura racista del nazismo. Llegó con ello a provocar un cortocircuito entre la hostilidad por los alemanes de su tiempo y la voluntad de

negar la significación de la componente lombarda en la historia de Italia.

En definitiva, la conciencia de que la civilización democrática del Occidente del siglo XX había estado a punto de ser atropellada por la espiral de los «nuevos bárbaros» nazi-fascistas, contribuyó, por analogía y sugestión, a remodelar la atención de muchos historiadores sobre el papel jugado por los bárbaros en el final del Imperio romano de Occidente en el siglo V. De igual modo, tras la revolución bolchevique, y más aún tras la división del mundo en bloques en los años cincuenta y al inicio de la llamada guerra fría, el pensamiento de la derecha política consideró como «nuevos bárbaros», potenciales agresores y subversores del orden occidental, a la Unión Soviética y a sus aliados, además de a la ideología comunista (intentando incluso localizar «bárbaros internos» entre los partidos comunistas y el movimiento obrero de los países occidentales). Desaparecidos estos adversarios, hay que preguntarse si la identificación de nuevos enemigos por parte del actual orden occidental (*in primis*, el Islam radical) no conducirá a futuras deformaciones de la perspectiva histórica y a enésimos efectos impropios de orientación de la investigación. El dilatado juego de paralelismos entre eventos en realidad irremediablemente diferentes entre ellos, y, por tanto, incomparables, si bien puede parecer insignificante en el ámbito científico, parece constituir siempre un riesgo al que resulta difícil sustraerse.

De parte de los bárbaros: la invención de los germanos

Al atribuírseles un papel decisivo o de simple concausa de la subversión del orden de la romanidad, los bárbaros, con sus migraciones de masa —o, desde el punto de vista de los romanos, invasiones—, figuran entre los actores del drama que tuvo lugar en la Antigüedad tardía. Se ha visto cómo hoy, en un clima de renovación general del interés por los temas de investigación de las raíces étnicas remotas de los pueblos

modernos (desde luego no sin episodios de forzamientos y malas interpretaciones), la configuración de los pueblos bárbaros de la Antigüedad y de la Baja Edad Media se ha sometido a una profunda revisión crítica, proponiendo un modelo absolutamente nuevo de su estructura y de la definición de su identidad. Sin embargo en el pasado, debido en gran medida a indebidas voluntades actualizadoras, se procedió a realizar generalizaciones y construcciones arbitrarias de entidades inexistentes. La más conocida es, sin duda, la de los germanos (nombre empleado a menudo como sinónimo de bárbaros, de manera absolutamente impropia), presentados falsamente durante largo tiempo como pueblo unitario, con características distintivas y, en muchos aspectos, antitéticas a los romanos.

Esta peculiar caracterización de los germanos —una elaboración erudita, repetimos, y no una realidad histórica— ha hecho que el estudio de las antigüedades germánicas no haya gozado de mucha fortuna en la academia italiana, vestal del culto de la herencia de Roma. El problema del desencuentro (más que del encuentro) entre la romanidad y el germanismo en la época de la *Völkerwanderung* se evidenció ya entre los humanistas, caso de Flavio Biondo o de Enea Silvio Piccolomini. De manera más o menos soterrada se ha mantenido vivo el interés por las cosas germánicas (conocido también como «goticismo») a lo largo de los siglos XVI y XVII, para emerger finalmente de manera más explícita a lo largo del siglo XVIII. Por entonces florecieron una serie de investigaciones filológicas —obra de estudiosos del calibre de Giambattista Vico— que llegarían a asumir tonos apologéticos, enfrentándose en polémicas abiertas a los defensores del clasicismo romano.

Se asiste a una nueva, neta, oposición a las investigaciones germánicas en la época fascista, que idolatra el pasado romano, útil para la propaganda del régimen y del renovado primado de los clasicistas, no sólo en ámbito académico. Esta postura se encontró frente a una contradicción: la Alemania de Hitler, heredera de una larga tradición de exaltación grie-

ga, en vez de romana (los griegos eran celebrados como el pueblo elegido, al igual que los alemanes) y, sobre todo, de la comprensible mitificación de los antiguos germanos, motivó la necesidad de asumir infinitas mediaciones y compromisos inmediatamente después de la alianza militar establecida con la Italia de Mussolini.

De hecho la cultura alemana había elaborado, desde la proclamación del Imperio en 1871 y hasta el nazismo, un modelo interpretativo original (por supuesto infundado históricamente) de los «antiguos germanos». Según esta tesis, se trataba de una entidad unitaria caracterizada por una absoluta pureza racial y por una concepción propia y distintiva del «Estado» y de las instituciones políticas, jurídicas y sociales. Esta concepción se basaba en la asunción acrítica del testimonio proporcionado por la *Germania* (título con el que se conoce *De origine et situ Germanorum*) de Tácito, considerada como una descripción objetiva y precisa de esta realidad. Sin embargo, debemos recordar nuestros mismos comentarios acerca de los límites de esta obra respecto a su capacidad de ofrecer una información creíble sobre la verdad histórica de los pueblos bárbaros, tanto por sus criterios de composición como por sus intenciones específicas. El cuarto parágrafo de la *Germania* se prestó particular e involuntariamente a sostener el mito de la originaria «pureza racial» (sobre la que insistió el nazismo) de los germanos, considerados progenitores directos de los modernos alemanes, así como de su naturaleza autóctona respecto a los territorios que ocupaban. Se derivaban de la obra de Tácito prejuicios como el que defendía que los germanos siempre habían evitado mezclarse con otros pueblos, preservando sus características raciales de cualquier contaminación, tal y como confirmaría la homogeneidad de sus rasgos somáticos (alta estatura, ojos azules, cabellos rubio-rojizos). El historiador romano advertía cautamente que se limitaba a exponer opiniones ajenas, recogidas por él. Pero su información se consideró absolutamente válida y probatoria, creándose con extraordinaria facilidad un nexo inmediato entre aquellos antiguos germanos (que eran en realidad una

invención) y los alemanes del mundo contemporáneo. Éstos, a su vez, serían portadores, al igual que sus remotos antepasados, de una pureza racial subrayada por su aspecto físico «típico» y que debía ser defendida de las contaminaciones, hoy como entonces. Junto al argumento de la raza, y estrechamente relacionado, existía también un vínculo primigenio con la tierra de la que habrían nacido y a la que permanecerían ligados de manera indisoluble a lo largo de los siglos. La relación entre sangre y suelo, la identidad de «*Blut und Boden*» resultó fundamental en las teorías racistas que alimentaron el nacionalsocialismo.

Los antiguos germanos, fruto de la reelaboración ideológica de los siglos XIX y XX del texto de Tácito, ofrecían como rasgos distintivos no solo el motivo «sangre y suelo», sino instituciones consideradas características como el *comitatus* —en el plano político—, es decir el séquito (*Gefolgschaft*) de guerreros que acompañaban a cada jefe, basado en la fidelidad directa y personal de los primeros hacia el segundo. A partir de esta institución germánica antigua se había hecho descender la «natural» predisposición a la fidelidad personal que ligaría al alemán moderno —primero de época imperial, después del III Reich— a su jefe (fuera éste el *Kaiser* o Hitler). La relación especial que se establecía entre el jefe (*Führer*) y la «comunidad del pueblo» (*Volksgemeinschaft*), o entre el jefe y los funcionarios estatales (*Beamten*), sería una prerrogativa propia de los germanos/alemanes, extraña al concepto romano de Estado y autoridad y que se resolvería en una relación de subordinación espontánea y absoluta a un *Führer* capaz de encarnar la voluntad del pueblo. Toda la nación, definida en términos de unidad racial, constituía el *comitatus* del moderno *Führer* alemán. Al afirmar la identificación entre los alemanes modernos y sus antepasados germanos, el nazismo buscaba la vuelta de una estructura social anterior a la difusión de las ideas romanas de política y derecho (el *Recht* alemán se oponía explícitamente al *ius* romano), constituyendo una réplica de las formas e instituciones de las tribus germánicas antiguas. En este contexto, la guerra repre-

sentaba un elemento decisivo e irrenunciable para el mantenimiento de la cohesión social, ya que sólo en el conflicto se podía mantener y fortalecer la relación entre el *princeps* y su *comitatus*, encontrando nuevas motivaciones y afirmaciones. Pero la intención del Reich de volver al modelo de la tribu germánica antigua se basaba en un equívoco consciente: olvidaba que el nexo comunidad-jefe de la Alemania hitleriana se desarrollaba en el marco de un Estado fuerte y organizado, una creación típica del pensamiento político moderno, mientras que, en la antigua sociedad de matriz tribal, la idea misma del Estado era desconocida.

Toda una cultura viva entre finales del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX se preocupó de inventar un arquetipo germánico/alemán, capaz de conservar y transmitir a lo largo de los siglos valores propios a partir de una pretendida unidad racial del pueblo alemán. Obsérvese que la creación de una entidad germánica antigua imaginaria —de características diversas a las hasta aquí tratadas— puede verse también en un autor de signo ideológico opuesto frente a las tradiciones conservadoras-nacionalistas o nazis, como Friedrich Engels. En este caso se pretendía ver en la sociedad primitiva de los germanos un modelo —muy encomiable— de organización «precapitalista», antitético a la estructura socio-económica de los romanos. En uno y otro caso asombra el modo en el que han surgido y prosperado este tipo de elaboraciones basadas en fundamentos faltos de todo rigor científico, creados a partir de una base literaria, Tácito, de carácter conscientemente anticuario y para la que su autor readaptó textos muy anteriores y heterogéneos con tal libertad que atribuyó a los llamados germanos descripciones relativas a otros pueblos.

Ni siquiera la constatación, fácil de realizar, sólo leyendo las fuentes, de que las características atribuidas a los germanos como «típicas» son comunes a otras estirpes, fue capaz de hacer mella en las certezas acerca de la identidad racial de los germanos/alemanes. Por ejemplo, los rasgos somáticos considerados «germánicos», o la misma institución

del *comitatus*, tal y como son descritos por Tácito, parecen poder atribuirse fácilmente a los galos-celtas (respecto al segundo aspecto, ya lo había comentado, entre otros, Polibio). Pero el problema no se resolvió a través de un nuevo análisis crítico de los testimonios, como debería haberse hecho, y que debería haber llevado a abandonar toda interpretación preconstituida. Contrariamente a todo ello, se solucionó imaginando una fantasiosa comunidad originaria «protogermánica» (*Ur-germanisch*), escindida en un segundo momento en dos ramas: los galo-francos (después franceses), incapaces de preservar su fisonomía original y degenerados por la mezcla con los romanos, y los germano-alemanes, capaces de tutelar incontaminada la propia pureza. En definitiva, en el caso de la invención de los germanos, la obstinación por querer permanecer fieles a cualquier precio a una tesis axiomática, dirigida a demostrar mediante un presunto paralelismo con realidades del pasado una «verdad» ficticia del presente, ha mantenido viva durante demasiado tiempo una falsedad histórica, eludiendo no solo una mínima corrección metodológica en la investigación, sino el sentido común más elemental.

LECTURAS ACONSEJADAS

Elaborar una bibliografía exhaustiva sobre los diversos temas tratados en este libro resulta evidentemente imposible. Nos limitaremos a indicar las obras que hemos utilizado como base para la preparación de este trabajo en sus diferentes aspectos, a partir de las cuales se podrá acceder a eventuales ampliaciones bibliográficas. Ni siquiera es posible ofrecer un elenco de fuentes útiles para reconstruir el periodo estudiado, respetando la amplitud geográfica y cultural que para ello debería ser considerada. Baste con recordar que hay una importante cantidad de testimonios escritos, literarios o documentales, editados en grandes colecciones como la *Patrologia, Latina* y *Graeca*, los *Monumenta Germaniae Historica*, el *Corpus Christianorum*, o el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*. A partir de los estudios citados se podrá acceder a indicaciones más exactas sobre cada argumento, incluidas las importantes fuentes materiales.

Entre las obras generales sobre las invasiones bárbaras, véanse al menos F. Lot, *Les invasions barbares et le peuplement de l'Europe*, 2 vol., París, 1937; P. Courcelle, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1948; P. Riché, *Les invasions barbares*, París, 1953; L. Musset, *Les invasions*.

Les vagues germaniques, París, 1965 [trad. esp., *Las invasiones: las oleadas germánicas*, Barcelona, 1967]; Idem, *Les invasions. Le second assaut contre l'Europe chrétienne (VII$_e$-XI$_e$ siècles)*, París, 1965 [trad. esp., *Las invasiones: el segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1975[1]]; E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, 2 vol., París, 1969-1978; F. Dahn, *Die Völkerwanderung. Germanisch-romanische Frühgeschichte Europas*, Klagenfurt, 1977.

En referencia a los temas tratados en la *Introducción*, véanse también A. Piganiol, *L'empire chrétien (325-395)*, París, 1947; O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, 1918-1922 [trad. esp., *La decadencia de Occidente: bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid, 1923-1927[1]]; L. Canfora, *Ideologie del classicismo*, Turín, 1980 [trad. esp., *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid, 1991]; G. Costa, *Le antichità germaniche nella cultura italiana da Machiavelli a Vico*, Nápoles, 1977.

Roma y los bárbaros en vísperas de las grandes invasiones

Acerca del Bajo Imperio romano en general, siguen siendo clásicas J. B. Bury, *The Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian*, 2 vol. Londres, 1923; E. Stein, *Histoire du Bas-Empire*, 3 vol., París-Bruselas-Amsterdam, 1949-1959; A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire, 284-602*, 3 vol., Oxford 1964; P. Brown, *The world of Late Antiquity, from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres, 1971 [trad. esp., *El mundo en la Antigüedad tardía (de Marco Aurelio a Mahoma)*, Madrid, 1989]. Véase también A. Chastagnol, *Le Bas Empire*, París, 1969; S. Mazzarino, *La fine del mondo antico*, Milán, 1959 (reed. Milán, 1988) [trad. esp., *El fin del mundo antiguo*, México, 1961]; H. I. Marrou, *Decadenza romana o Tarda antichità? III-IV secolo*, Milán, 1979 [trad. esp., *¿Decadencia romana o Antigüedad tardía? Siglos III-IV*, Madrid, 1980]; y los más recientes de

A. Demandt, *Die Spätantike. Römische Geschichte von Diocletian bis Justinian, 284-565 n. Chr.*, Múnich, 1989; y A. Cameron, *The Later Roman Empire,* Londres, 1993; por último, hay una estimulante y brevísima síntesis en A. Schiavone, «Il mondo tardoantico», en *Storia Medievale Donzelli*, Roma, 1998, pp. 43-64. Entre las obras colectivas, destacan, además de los volúmenes XII-XIV de la *Cambridge Ancient History,* A. Giardina (ed.), *Società romana e Impero tardoantico,* 4 vol., Bari, 1986; y A. Schiavone (ed.), *Storia di Roma,* III/1-2: *L'età tardoantica,* Turín, 1993.

Para los aspectos sociales y económicos, M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire,* Londres, 1926 [trad. esp., *Historia social y económica del Imperio romano,* Madrid, 1962]; L. Cracco Ruggini, *Economia e società nell'Italia annonaria. Rapporti fra agricoltura e commercio dal IV al VI secolo d. C.,* Milán, 1961; y G. Alföldy, *The Social History of Rome,* Londres, 1985 [trad. esp., *Historia Social de Roma,* Madrid, 1987]; respecto a los aspectos militares, E. K. Chrysos y A. Schwarcz (eds.), *Das Reich und die Barbaren,* Viena-Colonia, 1989; M. Cesa, *Impero tardo antico e barbari: la crisi militare da Adrianopoli al 418,* Como, 1994; y, sobre las figuras de los grandes generales tardoimperiales, S. Mazzarino, *Stilicone. La crisi imperiale dopo Teodosio,* Roma, 1942[1] (reed., Milán, 1990); y G. Zecchini, *Aezio: l'ultima difesa dell'Occidente romano,* Roma, 1983.

Acerca de los acontecimientos religiosos, véanse al menos P. Brown, *Religion and Society in the Age of Saint Augustine,* Londres, 1972; y A. Momigliano (ed.), *The conflict between Paganism and Christianity in the fourth century,* Oxford, 1963 [trad. esp., *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV,* Madrid, 1989]. Respecto a la percepción de los bárbaros en la cultura romana, véase L. Cracco Ruggini, «La fine dell'impero e le trasmigrazioni dei popoli», en N. Tranfaglia y M. Firpo (ed.), *La storia. I grandi problemi dal Medioevo all'Età contemporanea, II: Il Medioevo,* t. 2: *Popoli e strutture politiche,* Milán, 1993 (1 ed. Turín, 1988), pp. 1-52. La obra clásica de E. Gibbon, *A*

History of the Decline and Fall of the Roman Empire, Londres, 1896-1900 [trad. esp., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Madrid, 1984; ed. abreviada, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Barcelona, 2003].

Sobre el mundo bárbaro (para el que se tendrá también en cuenta la bibliografía facilitada en los capítulos siguientes), hay síntesis generales en E. A. Thompson, *The Early Germans*, Oxford, 1965; M. Todd, *The Early Germans*, Oxford-Cambridge (Mass.), 1992; W. Pohl, *Die Germanen*, Múnich, 1998; de este último autor, véase «L'universo barbarico», en *Storia Medievale Donzelli...*, pp. 65-88. En relación al importante tema de la definición de las identidades étnicas, además de la basilar obra de R. Wenskus, *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen Gentes*, Colonia-Graz, 1961, véase el reciente S. Gasparri, *Prima delle nazioni. Popoli, etnie e regni fra Antichità e Medioevo*, Roma, 1997, mientras que el problema de la etnogénesis de las tribus bárbaras se afronta de manera específica en H. Wolfram y W. Pohl (ed.), *Typen der Ethnogenese*, Viena, 1990; K. Brunner y B. Merta (ed.), *Ethnogenese und Überlieferung. Angewandte Methoden der Frühmittelalterforschung*, Viena-Múnich, 1994; G. Ausenda (ed.), *After Empire. Towards an Ethnology of Europe's Barbarians*, Woodbridge, 1995. Finalmente, sobre la religión de las tribus bárbaras, continúa siendo válido J. de Vries, *Altergermanische Religionsgeschichte*, 2 vol., Berlín-Leipzig, 1935-1937 (en ámbito germánico), mientras que, como obra de síntesis ampliada también a las culturas eslavas, bálticas y célticas, véase H. Ch. Puech (ed.), *Histoire des religions*, París, 1970-1976, vol. I, pp. 695-840 [trad. esp., *Historia de las religiones*, Madrid, 1977-1982].

Las grandes migraciones y el nacimiento de los reinos de Occidente

Sobre los acontecimientos políticos y militares de los siglos III-V, nos remitimos a la bibliografía sobre el Bajo

Imperio citada en el capítulo I, a la que añadimos L. Cracco Ruggini, «I Barbari in Italia nei secoli dell'Impero», en *Magistra Barbaritas. I Barbari in Italia,* Milán, 1984, pp. 3-51 (obra miscelánea de la que han de tenerse en cuenta otros trabajos); sobre la tipología de asentamientos de los bárbaros en suelo imperial, véanse W. Goffart, *Barbarians and Romans A. D. 418-584. The techniques of Accomodation,* Princeton-Oxford, 1980; y la reciente obra miscelánea editada por W. Pohl, *Kingdoms of the Empire. The integration of Barbarians in Late Antiquity,* Leiden-Nueva York-Colonia, 1997.

Sobre los reinos romano-barbáricos en general, un primer cuadro sintético se ofrece en M. Rouche, «I regni latino-germanici (secoli V-VIII)», en *La storia. I grandi problemi...,* pp. 89-122; y F. Marazzi, «Dall'Impero d'Occidente ai regni germanici», en *Storia medievale Donzelli...,* pp. 89-112. Para un panorama global, véanse también R. Fossier (ed.), *Le Moyen Age, I: Les mondes nouveaux (350-950),* Paris, 1982 [trad. esp., *La Edad Media. I: La formación del mundo medieval,* Barcelona, 1988]; y *Il passaggio dall'antichità al medioevo in Occidente,* Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 9), 1962; para Italia continúa siendo válido G. Tabacco, *La storia politica e sociale. Dal tramonto dell'impero romano al secolo XVIII,* t. I, Turín, 1974, pp. 5-274. Los temas económicos y sociales se analizan en R. Doehaerd, *Le Haut Moyen Age occidental: économies et sociétés,* Paris, 1971 [trad. esp., *Occidente durante la alta Edad Media. Economía y sociedades,* Barcelona, 1984]; y C. Wickham, *Early medieval Italy. Central Power and Local Society, 400-1000,* Londres, 1981; los militares en Ph. Contamine, *La guerre au Moyen Age,* Paris, 1980 [trad. esp., *La guerra en la Edad Media,* Barcelona, 1984]; y P. Moro, *«Quam horrida pugna». Elementi per uno studio della guerra nell'alto medioevo italiano (secoli VI-X),* Venecia, 1995. Para el derecho, entre las síntesis mas recientes destacan M. Caravale, *Ordinamenti giuridici dell'Europa medievale,* Bolonia, 1994; sobre la cuestión de la posible vigencia territorial de las leyes tribales, véase P. Amory, «The meaning and purpose of ethnic

terminology in the burgundian laws», en *Early Medieval Europe,* 2/1 (1993), pp. 1-28; sobre el tema de la realeza, además del libro de Wallace-Hadrill ya citado, véase M. McCormick, *Eternal Victory. Triumphal rulership in late Antiquity. Byzantium and the early medieval West,* Cambridge, 1986; y C. Azzara, *L'ideologia del potere regio nel papato altomedievale (secoli VI-VIII),* Espoleto, 1997.

Para cada tribu, al menos para la más importantes, se ofrecen las siguientes indicaciones a modo de orientación entre la abundantísima bibliografía.

Para los godos: 1) en general: *I Goti in occidente: problemi,* Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 3), 1956; S. Teillet, *Des Goths à la Nation gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du V*[e] *au VII*[e] *siècle,* París, 1984; 2), sobre los ostrogodos: H. Wolfram, *Geschichte der Goten bis zum Mitte des 6. Jahrhundert,* Múnich, 1979, [y, *Los godos y su historia,* Madrid, 2002]; *Teoderico il Grande e i Goti d'Italia. Atti del XIII congresso internazionale di studi sull'alto medioevo (Milano 2-6 novembre 1992),* Espoleto, 1993; J. Moorhead, *Theoderic in Italy,* Oxford, 1993; P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554,* Cambridge, 1994; V. Bierbrauer, *Die ostgotischen Grab— und Schatzfunde in Italien,* Espoleto, 1975 (sobre todo para aspectos arqueológicos); 3), sobre los visigodos: E. A. Thompson, *The Goths in Spain,* Oxford, 1969 [trad. esp., *Los godos en España,* Madrid, 2002]; D. Claude, *Geschichte der Westgoten,* Stuttgart, 1970; J. Orlandis, *Historia social y económica de la España visigoda,* Madrid, 1975 (del mismo autor también se puede ver la síntesis *Historia del reino visigodo español,* Madrid, 1988]; B. Saitta, *Società e potere nella Spagna visigotica,* Catania, 1987; R. Collins, *Early Medieval Spain. Unity and Diversity, 400-1000,* Londres, 1983 [trad. esp., *España en la Alta Edad Media, 400-1000,* Barcelona, 1986]; L. A. Garcia Moreno, *Historia de España visigoda,* Madrid, 1989.

Acerca de los suevos: W. Reinhart, *Historia general del reino hispánico de los suevos,* Madrid, 1952; P. C. Díaz Martínez, «El alcance de la ocupación sueva de Gallaecia y el

problema de la germanización», en *Galicia: da romanidade á xermanización. Problemas históricos e culturais*, Santiago de Compostela, 1992, pp. 209-226. Sobre la Península Ibérica en vísperas de las invasiones, véase también J. Arce, *El último siglo de la Hispania romana*, Madrid, 1986.

Sobre los vándalos: L. Schmidt, *Geschichte der Vandalen*, Leipzig, 1901; Ch. A: Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1931.

Sobre los burgundios: O. Perrin, *Les Burgondes*, Neuchâtel, 1968.

Sobre los alamanes: W. Hübener (ed.), *Die Alemannen in der Frühzeit*, Bühl-Baden, 1974; R. Christlein, *Die Alamannen. Archäologie eines lebendigen Volkes*, Stuttgart-Aalen, 1979[2].

Sobre los bávaros: H. Dannheimer y H. Dopsch (eds.), *Die Bajuwaren. Von Severin bis Tassilo 488-788*, s. l., 1988.

Sobre los francos: G. Fournier, *Les Mérovingiens*, París, 1966; E. Ewig, *Die Merowinger und das Frankenreich*, Stuttgart, 1988; P. Geary, *Before France and Germany. The creation and the transformation of the merovingian world*, Oxford-Nueva York, 1988; I. Wood, *The merovingian Kingdoms, 450-751*, Londres-Nueva York, 1994; y sobre la realeza, J. M. Wallace Hadrill, *The long-haired Kings*, Londres, 1962 (sobre los francos se debe tener también en cuenta la bibliografía citada en el capítulo III).

Sobre los anglos: F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England*, Oxford, 1943; *Angli e Sassoni al di qua e al di là del mare*, 2 vol., Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 32), 1986; S. Basset (ed.), *The Origins of Anglo-Saxon Kingdoms*, Londres-Nueva York, 1989 (véase también el capítulo III).

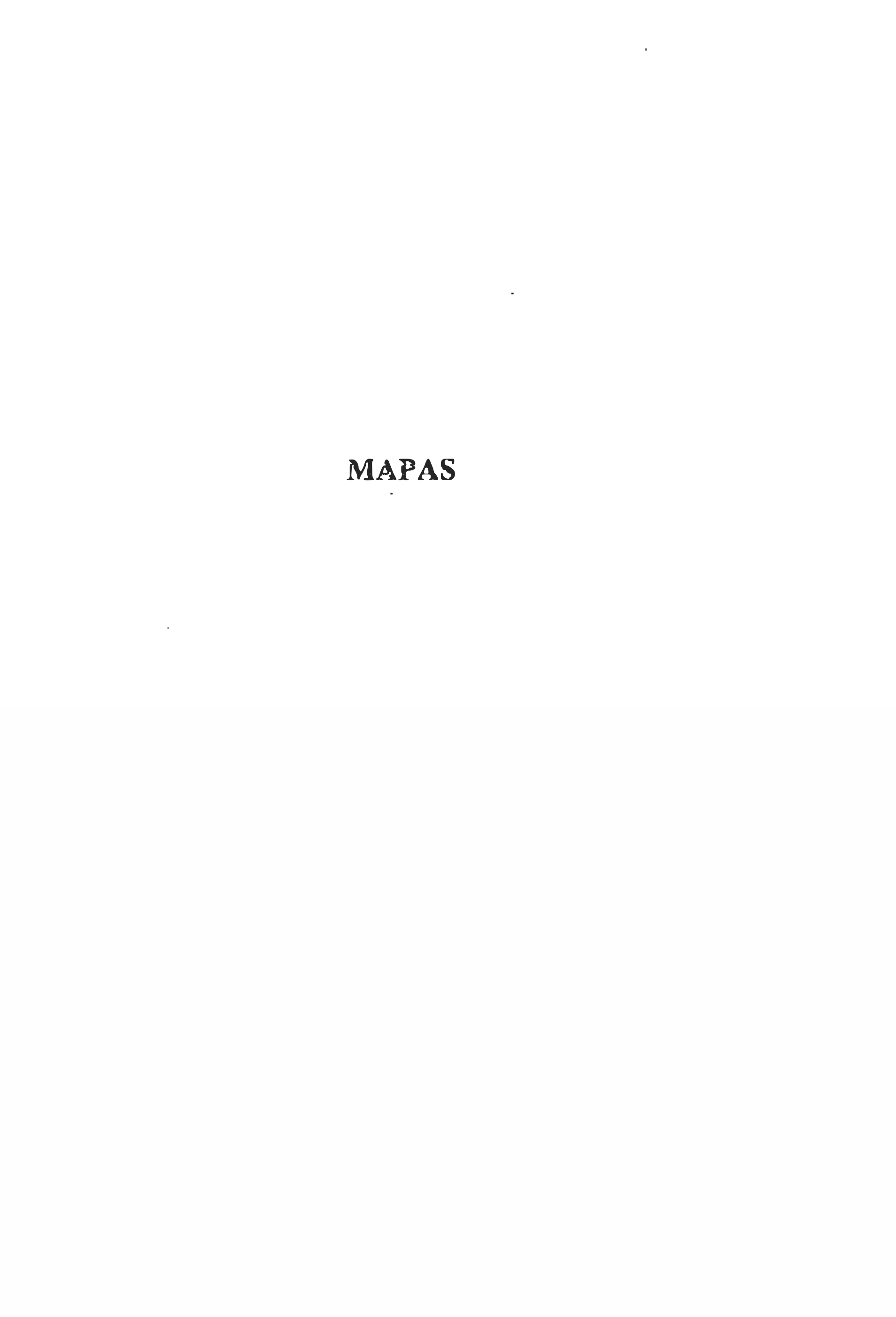
Sobre los celtas insulares y continentales: N. Chadwick, *The Celts*, Harmondsworth, 1970; A. Demandt, *Die Kelten*, Múnich, 1998 [trad. esp., *Los Celtas*, Madrid, 2003].

Sobre los pueblos nómadas de las estepas: *Popoli delle steppe: Unni, Avari, Ungari*, 2 vol., Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 35), 1989. Véase también la bibliografía del capítulo IV.

Por último, sobre Justiniano y su política de recuperación territorial en Occidente, nos remitimos al clásico G. Ostrogorsky, *Geschichte des byzantinischen Staates,* Múnich, 1963 [trad. esp., *Historia del Estado bizantino,* Madrid, 1983], útil también para los capítulos siguientes; y a la ágil síntesis de G. Ravegnani, *Giustiniano,* Teramo, 1993. Para un panorama general sobre la civilización bizantina deben tenerse en cuenta también los volúmenes misceláneos de A. Ducellier (ed.), *Byzance et le monde orthodoxe,* París, 1986 [trad. esp., *Bizancio y el mundo ortodoxo,* Madrid, 1992]; y para los siglos IV-V, V. Dagron (ed.), *Naissance d'une capitale. Costantinople et ses institutions de 330 à 451,* París, 1947.

La migración de los lombardos en Italia y la evangelización de las tribus bárbaras

Un punto de referencia imprescindible sobre la Italia lombarda es aún la obra de G. P. Bognetti, *L'età longobarda,* 4 vol., Milán, 1966-1968 (en particular el volumen II: *Santa Maria Foris Portas di Castelseprio e la storia religiosa dei Longobardi).* Como síntesis de conjunto destacan P. Delogu, «Il regno longobardo», en P. Delogu, A. Guillou y G. Ortalli (ed.), *Longobardi e Bizantini,* Turín, 1980 (*Storia d'Italia* dirigida por G. Galasso), pp. 1-216; y J. Jarnut, *Gestchichte der Langobarden,* Stuttgart-Berlín-Colonia-Maguncia, 1982. Para las instituciones del reino lombardo, véase S. Gasparri, «Il Regno longobardo in Italia. Strutture e funzionamento di uno stato altomedievale», en S. Gasparri y P. Cammarosano (ed.), *Langobardia,* Udine, 1990, pp. 237-305; en el mismo volumen misceláneo —útil como estudio de conjunto actualizado— es importante también el trabajo sobre la condición de los romanos de P. Delogu, *Longobardi e Romani: altre congetture,* pp. 111-167. Para los aspectos culturales, S. Gasparri, *La cultura tradizionale dei Longobardi. Struttura tribale e resistenze pagane,* Espoleto, 1983; para las estructuras sociales, G. Tabacco, «Dai possessori dell'età carolingia agli esercitali



MAPAS

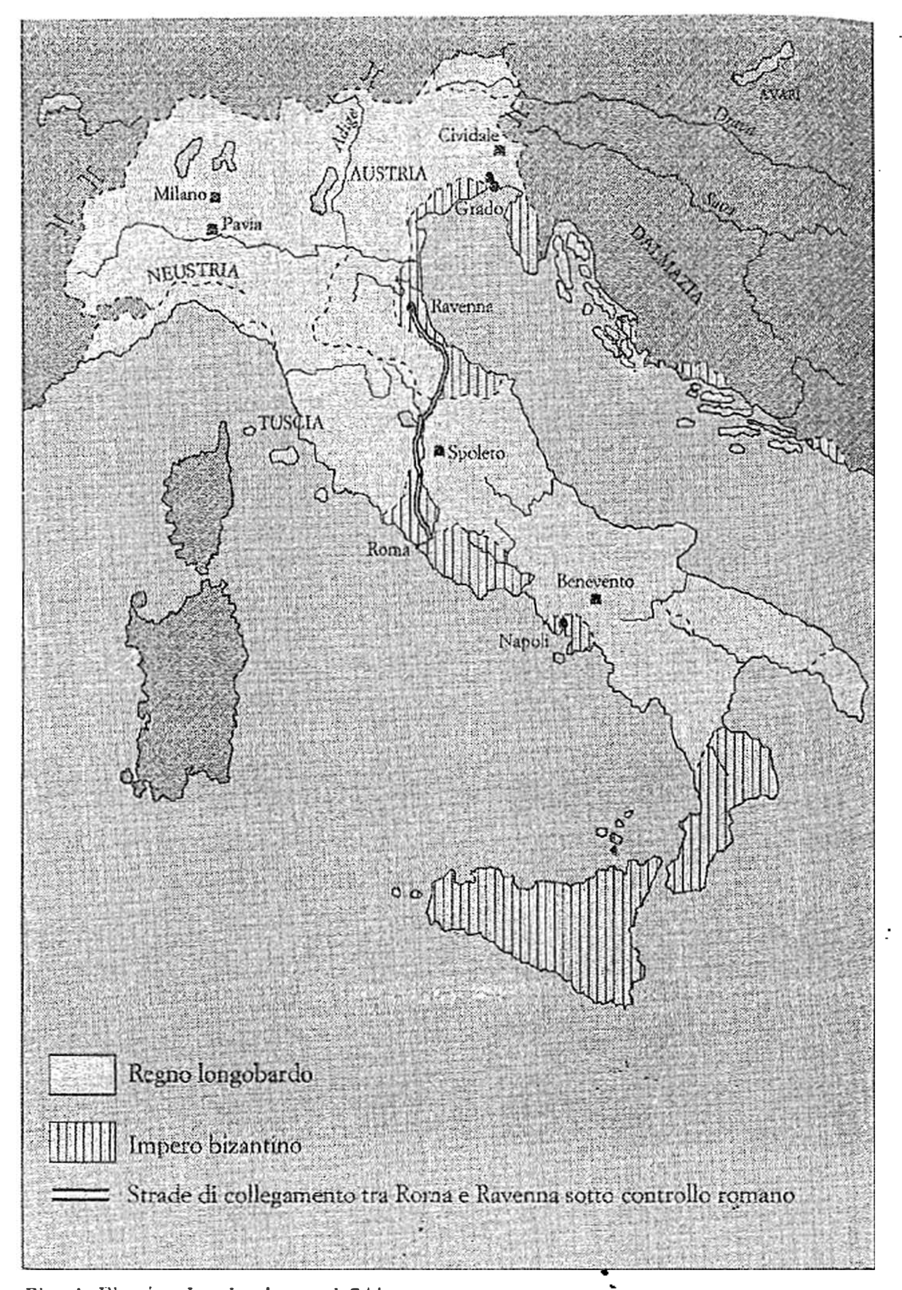


Fig. 4. El reino Lombardo en el 744.
Fuente: J. Jarnut: *Storia dei Longobardi,* trad. it. Turín, 1995, p. 2.

nell'alto medioevo e la formazione della civiltà occidentale, Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 4), 1957; Véase también J. N. Hillgarth, *Christianity and Paganism, 350-750 The conversion of Western Europe,* Philadelphia, 1986; y, para la actuación de Gregorio Magno, R. Markus, «Gregory the Great's Europe», en *Transactions of the Royal Historical Society,* V serie 31 (1981), pp. 21-36; y C. Azzara, «Gregorio Magno, i Longobardi e l'Occidente barbarico. Costanti e peculiarità di un rapporto», en *Bulletino dell'Istituto Storico Italiano per il Medio Evo e Archivio Muratoriano,* 97 (1991), pp. 1-47.

Respecto a la evangelización de cada pueblo y al desarrollo eclesiástico en los diversos ámbitos territoriales, además de las aportaciones generales indicadas en el capítulo II, véanse los siguientes trabajos. Para la Inglaterra anglosajona: J. Godfrey, *The Church in Anglo-Saxon England,* Cambridge, 1962; H. Mayr Harting, *The coming of Chrystianity to Anglo-Saxon England,* Londres, 1972. Para la España visigoda: H. Anton, «Der König und die Reichskonzilien im westgotischen Spanien», en *Historiches Jahrbuch*, 92 (1972), pp. 257-281. Para Irlanda: K. Hughes, *The Church in Early Irish Society,* Londres, 196. Para las misiones de los insulares en el continente: Th. Schieffer, *Winfrid Bonifatius und die christliche Grundlegung Europas,* Freiburg i. B, 1954; A. Angenendt, *Monachi peregrini. Studien zu Pirmin un den monastichen Vorstellungen des frühen Mittelalters,* Múnich, 1972.

LAS MIGRACIONES DE LOS PUEBLOS ESLAVOS Y LAS ÚLTIMAS INVASIONES CONTRA LA CRISTIANDAD

Para las transformaciones del mundo bizantino a partir del siglo VII, nos remitimos (además de a los trabajos de Ostrogorsky y de Gallina citados más arriba) a A. N. Stratos, *Byzantium in the Seventh Century,* 5 vol., Amsterdam, 1968-1980; y, sobre todo, a J. F. Haldon, *Byzantium in the Seventh Century. The Transformation of a Culture,* Cambridge-Nueva

York-Port Chester-Melburne-Sidney, 1990; y P. Lemerle, *Essai sur le monde byzantin*, Londres, 1980; el concepto de "Commonwealth bizantina" lo explica D. Obolensky, *The byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*, Londres, 1971.

Hay reconstrucciones de conjunto sobre el mundo eslavo, que se pueden encontrar en F. Dvornik, *The Slavs. Their early History and Civilization*, Boston, 1956; G. Hermann, *Die Welt der Slawen. Geschichte, Gesellschaft, Kultur*, Múnich, 1986; F. Conte, *Les slaves. Aux origines des civilisations d'Europe*, París, 1986; y en la síntesis de J. Macek, «Il mondo slavo», en *La storia. I grandi problemi...*, pp. 597-622. Para el traslado de los eslavos a Occidente y a la Península Balcánica, véanse L. Leciejewicz, *Gli slavi occidentali*, Espoleto, 1991; *Gli slavi occidentali e meridionali nell'alto medioevo*, 2 vol., Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 30), 1983; y P. Lemerle, *Les plus anciens recueils des miracles de S. Démétrius et la pénetration des Slaves dans les Balkans*, 2 vol., París, 1979-1981; sobre la etnia de los ávaros, W. Pohl, *Die Awaren. Ein Steppenvolk im Mitteleuropa 572-822 n. Chr.*, Múnich, 1988; y *Popoli delle steppe...* citado para el capítulo II; sobre los búlgaros, S. Runciman, *A history of the first bulgarian empire*, Londres, 1930; sobre las relaciones entre eslavos y Bizancio, D. Obolensky, *Byzantium and the slavs. Collected studies*, Londres, 1971; J. Ferluga, *Byzantium on the Balkakns. Studies on the byzantine administration and the southern slavs from the VIIth to the XIIth centuries*, Amsterdam, 1976.

Las problemáticas ligadas a la conversión de los pueblos eslavos se pueden seguir en los estudios de A. P. Vlasto, *The entry of the slavs into the Christendom. An introduction of the medieval history of the slavs*, Cambridge, 1970; A. E. N. Tachios, *Cyril and Methodios of Thessalonike. The acculturation of the slavs*, Tesalónica, 1989; S. W. Svierkosz-Lenart (ed.), *Le origini e lo sviluppo della cristianità slavo-bizantina*, Roma, 1992; de manera específica para la Rusia de Kiev, V. Vodoff, *Naissance de la chrétienté russe. La conversion du prince*

Vladimir de Kiev (988) et ses conséquences (XI^e-XII^e siècles), París, 1988.

Sobre el mundo islámico en sus relaciones con Occidente, véanse *L'Occidente e l'Islam nell'alto Medioevo*, Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 12), 1965; N. Daniel, *Gli arabi e l'Europa nel medioevo*, Bolonia, 1981; D. Jakoby, «Nuovi e mutevoli orizzonti: verso e oltre l'Oriente mediterraneo», en G. Ortalli (ed.), *Storia d'Europa, III: Il Medioevo*, Turín, 1994. Específicos para Italia son M. Amari, *Storia dei musulmani in Sicilia*, 3 vol, Catania, 1933-1939; N. Cilento, «Le incursioni saraceniche nell'Italia meridionale», en Idem, *L'Italia meridionale longobarda*, Milán-Nápoles, 1966; F. Gabrieli y U. Scerrato, *Gli arabi in Italia. Cultura, contatti, tradizioni*, Milán, 1979; Para la Galia, Ph. Sènac, *Musulmans et sarrasins dans le sud de la Gaule du VIII^e au XI^e siècle*, París, 1980. La obra de H. Pirenne, *Mahomet et Charlemagne*, Bruselas, 1937, [está también traducida al español *(Mahoma y Carlomagno*, Madrid, 1978[1])].

Sobre los húngaros, nos remitimos, además de a *Popoli delle steppe...*, citado para el capítulo II, al viejo trabajo de G. Fasoli, *Le incursioni ungare in Europa nel secolo X*, Florencia, 1945; y, sobre todo, a A. Settia, «Gli Ungari in Italia e i mutamenti territoriali fra VIII e X secolo», en *Magistra Barbaritas...*, pp. 185-218; de este último autor, véase también *Castelli e villaggi nell'Italia padana. Potere, popolamento e sicurezza fra IX—XIII secolo*, Nápoles, 1984, para la relación entre las incursiones húngaras y el fenómeno del encastillamiento. Véase también T. De Bogyay, *Grundzüge der Geschichte Ungarns*, Darmstadt, 1990; y C. Di Cave, *L'arrivo degli ungheresi in Europa e la conquista della patria. Fonti e letteratura critica*, Espoleto, 1995.

Sobre los normandos, véanse L. Musset, *Les peuples scandinaves au moyen âge*, 2 vol., Paris, 1951 (útil para la fase más antigua de la historia de las gentes escandinavas); A. D'Haenens, *Les invasions normandes, une catastrophe?*, París, 1970; J. Le Patourel, *The Norman Empire*, Oxford, 1976; D. J. A. Matthew, *L'Europa normanna*, Roma, 1987;

A. A. Settia, «L'espansione normanna», en *La storia. I grandi problemi...*, pp. 263-285; y la miscelánea *I Normanni e la loro espansione in Europa nell'alto medioevo*, Espoleto (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 16), 1969. Para Italia, S. Tramontana, «La monarchia normanna e sveva», en *Il mezzogiorno dai Bizantini a Federico II*, Turín, 1983 (*Storia d'Italia*, ed. por G. Galasso, 3), pp. 435-810; D. J. A. Matthew, *I Normanni in Italia*, Roma-Bari, 1997; y, con atención específica a aspectos institucionales, M. Caravale, *Il regno normanno di Sicilia*, Milán, 1966. Por último, téngase en cuenta la serie de Actas de las *Giornate Normanno-Sveve*, que se celebran en Bari desde 1973.

* * *

Son también interesantes las obras publicadas recientemente sobre la migración de los pueblos en la Antigüedad tardía: W. Pohl, *Die Völkerwanderung. Eroberung und Integration*, Stuttgart-Berlín-Colonia, 2002, y K. Rosen, *Die Völkerwanderung*, Múnich, 2002; más específico sobre la presencia de las estirpes bárbaras en Italia, C. Azzara, *L'Italia dei barbari*, Bolonia, 2002.

Para los temas tratados en el *Apéndice*, además de los textos de L. Canfora, G. Costa, S. Mazzarino ya citados, nos remitimos, al menos, a L. Canfora, *Le vie del classicismo*, Roma-Bari, 1989.

ÍNDICE DE NOMBRES Y LUGARES

Adaloaldo, rey de los lombardos, 102
Adriano, emperador, 13
Adriano I, papa, 109
Adrianópolis, 22, 27, 29, 60, 137
Aecio, 22, 23, 30, 56, 63, 65-67.
Aemilia, 99
África, 14, 19, 21, 31, 52, 57, 59, 64, 65, 69, 72, 74, 75, 76, 85, 88, 91, 128, 130, 142, 157.
Agazia de Mirina, 24.
Agilulfo, rey de los lombardos, 67, 99-102, 114.
Agrópolis, 142.
Agustín de Canterbury, santo, 117-119, 123.
Agustín di Hipona, santo, 61.
Aigrain, R., 184.
alamanes, 22, 37, 39, 44, 52, 53, 56-58, 62, 69-71, 74, 111.
Alamania, 124.
alanos, 44, 60, 62, 63, 143.
Alarico I, rey de los visigodos, 30, 60-63.
Alarico II, rey de los visigodos, 48, 71.
Albania, 140.
Albertoni, G., 184.
Alboíno, rey de los lombardos, 67, 93, 99.

Alchfled, princesa de los anglos, 120.
Alemania, 76, 124, 169, 172.
Alföldy, G., 177.
Alfredo, rey de los anglosajones, 151.
Alma Tadema, L., 164.
Alpes, 69, 143, 145.
Alpes Cozie, 109.
Alpes Marítimos, 70.
Alsacia, 70, 144.
Amalasunta, reina de los ostrogodos, 89.
Ámalos, dinastía, 48.
Amari, M., 187.
Ambrosio, santo, 27, 31.
Amory, P., 179, 180.
Ancona, 84.
Angenendt, A., 185.
anglos, anglosajones, 49, 64, 76, 116, 118, 120, 123.
Anna, princesa bizantina, 140.
Antioquia, 17.
Anton, H., 185.
Apeninos, 100, 124.
Apulia, 42, 56, 60, 66, 98.
Aquilea, 42, 56, 60, 66, 98.
Aquitania, 62, 80.
árabes, 91, 107, 121, 127-130, 142, 157.
Arbogasto, comandante militar, 23.
Arcadio, emperador, 24.
Arce, J., 181.
Arechi, príncipe lombardo, 110.
Arioaldo, rey de los lombardos, 102, 104.
Ariovisto, jefe germánico, 55.
Ariperto, rey de los lombardos, 104.
Arlés, 19, 63.
Arminio, 55.
Armórica, 64.
Arnaldi, G., 183.
Arnulfo de Carintia, emperador, 144.

Arpad, jefe húngaro, 143.
Ascoli Piceno, 84.
Asia, 7, 8, 20, 45, 57.
provincia romana, 14.
Asia Menor, 14, 130.
Astolfo, rey de los lombardos, 101, 104, 107.
Atalarico, rey de los ostrogodos, 89.
Atanarico, rey de los visigodos, 48.
Ataulfo, rey de los visigodos, 62, 63.
Atila, rey de los hunos, 7, 45, 65-67, 100.
Atlántico, 13, 70, 129.
Augusta, 146.
Augusto, emperador, 38.
Aureliano, emperador, 20, 57.
Aurelio Claudio, emperador, 57.
Ausenda, G., 178.
Ausonio, 163.
Austrasia, 79, 80, 108, 124.
Austria, 39, 44, 165.
Autario, rey de los lombardos, 98, 99, 101.
Auvernia, 70.
ávaros, 45, 46, 94, 95, 134, 136.
Aversa, 153.
Avito, emperador, 67.
Avito, Obispo de Vienne, 114.
Azzara, C, 180, 185, 188.

Balcanes, 65, 127, 130, 131, 133-135.
Baleares, 64, 88.
Báltico, 37, 42, 47.
Barda Focas, usurpador, 140.
Bari, 142
Basilio II, emperador, 135, 140, 141.
Bassett, S., 181.
bávaros, 39, 52, 53, 74, 111, 130.
Baviera, 126, 144.
Beda, 33.

Belasia, monte, 141.
Belgica secunda, 71.
Belisario, comandante military, 88, 90.
Belluno, 84.
Benevento, 100, 109, 110.
Berengario I, emperador, 144, 145.
beréberes, 19.
Berta, reina de los anglosajones, 117.
Bertolini, O, 183.
Bética, 62, 72, 88, 130.
Bierbrauer, V., 180.
Biondo, F., 169.
Bizancio, 15, 110, 130, 134-137, 141.
bizantinos, 79, 93, 94, 134, 136, 139, 141, 142, 147, 152.
Bloch, M., 79.
Bobbio, 124.
Bognetti, G.P., 182.
Bohemia, 39, 44, 132, 134, 138.
Bólsena, lago, 89.
Bonifacio (Winfrido), santo, 115, 124.
Bonn, 70.
Borgoña, 79, 80, 124, 144.
Boris, jan de los búlgaros, 138.
Bósforo, 134, 148.
Braunfels, W., 184.
Bréhier, L., 184.
Brenno, jefe de los galos, 61.
Brenta, 144.
Brescia, 84.
Bretaña, 64.
bretones, 64.
Britania, 13, 21, 37, 51, 62-64, 117.
Brogiolo, G.P., 183.
Brown, P, 16, 176, 177.
Brunequilda, reina de los francos, 80.
Brunner, K., 178.
búlgaros, 107, 132, 134-136, 138, 139-141, 143.

Bulgaria, 69, 135, 139.
burgundios, 22, 45, 52, 57, 62, 63, 70-72, 74, 111.
Bury, J.B., 176.
Busento, 61.
Busta Gallorum, 46, 90.
Butilín, jefe franco-alamano, 91.

Caedwalla, rey de los anglos, 120.
Calabria, 83.
Caledonia, 63.
Cambrai, 63.
Cameron, A., 177.
Cammarosano, P., 182.
Campania, 84, 90, 142, 145.
Campos Cataláunicos, 66.
Campus Mauriácus, 66.
Canadá, 150.
Canfora, L., 176, 188.
Canterbury, 119, 120.
Canuto, rey de los daneses, 151, 152.
Capitani, O., 184.
Capua, 61.
Caracalla, emperador, 20.
Caravale, M., 179, 188.
Carile, A., 183.
Carintia, 126, 144.
Carlomagno, rey de los francos y emperador, 46, 81, 109, 125, 126, 132, 134, 136, 143, 156.
Carlomán, rey de los francos, 109.
Carlos el Calvo, emperador, 149.
Carlos el Simple, rey de Francia, 151.
Carlos Martel, 81, 108, 142.
Carolingios, dinastía, 81, 149.
Cárpatos, 52, 132, 134.
carpos, 56, 57.
Cartagena, 64.
Cartago, 65, 130.

Casiodoro, 73, 85.
catos, 36.
Cavallo, G., 184.
celtas, 34, 37, 173.
Cerdeña, 67, 68.
Cerniakhov, cultura arqueológica, 39, 51.
Cesa, M., 177.
César, Cayo Julio, 32, 37, 46, 55.
Chadwick, N., 181.
Châlons, 66.
Chastagnol, A., 176.
checos, 132.
Cheslav, príncipe de los serbios, 140.
Childeberto I, rey de los francos, 79, 80.
Childerico, rey de los francos, 108.
Chilperico, padre de Clodoveo, rey de los francos, 71.
Chilperico I, rey de los francos, 80.
China, 44.
Christlen, R., 181.
Chrysos, E.K., 177.
Cilento, N., 187.
cimbrios, 55.
Cirilo (Costantino), santo, 138.
Cividale, 98.
Claude, D., 180.
Claudiano, 30, 60, 163.
Clefi, rey de los lombrados, 99.
Clodomiro, rey de los francos, 79.
Clodoveo, rey de los francos, 71, 77, 79, 81, 114, 118.
Clotario I, rey de los francos, 79.
Clotario II, rey de los francos, 80, 81.
Clotilde, reina de los francos, 77.
Collins, R., 180.
Colombano, santo, 123, 124.
Colonia, 58, 70.
Comodiano, 26.
Contamine, Ph., 179.

Conte, F., 186.
Cornualles, 63, 64.
Constancio III, emperador, 22.
Constantino, antipapa, 109.
Constantino, usurpador, 62.
Constantino I, emperador, 14, 18, 21, 24, 27, 58, 71, 113, 115.
Constantino IV, emperador, 136.
Constantino V, emperador, 135, 136.
Constantino VII, emperador, 139.
Córcega, 67, 88.
Cork, 150.
Cosenza, 61.
Costa, G., 177, 188.
Costantinopla, 14, 17, 24, 30, 31, 46, 68, 74, 87, 89, 91, 94, 101, 107, 108, 110, 122, 128, 130, 131, 134, 138, 139, 141, 157.
Courcelle, P., 175.
Cracco Ruggini, L., 177, 179.
Creta, 133.
Crimea, 44.
croatas, 132, 134, 138.
cuados, 38, 58.
Cuma, 84.
cumanos, 146.
Cuniperto, rey de los lombardos, 104.
cutriguros, 136.

Dacia, 57.
Dagoberto I, rey de los francos, 80, 81.
Dagron, G., 182.
Dahn, F., 176.
Dalmacia, 69, 84, 90, 133.
Danelaw, 151.
daneses, 148, 151.
Daniel, N., 187.
Daniel, obispo de Winchester, 115.
Dannheimer, H., 181.

Danubio, 14, 37, 39, 51, 55-57, 59, 69, 133, 134, 135.
De Bogyay, T., 187.
Delogu, P., 182.
Demandt, A., 177, 181.
Demougeot, E., 176.
Des Esseintes, personaje literario, 163.
Desiderio, rey de los lombardos, 109, 110.
Devonshire, 64.
De Vries, J., 178.
D'Haenens, A., 187.
Díaz Martínez, P.C., 180.
Di Cave, C., 187.
Diehl, C., 173.
Dinamarca, 42.
Diocleciano, emperador, 14-21, 24, 56.
Dniéper, 39, 44, 132, 143, 148.
Dniéster, 44, 48, 59.
Dobero, 57.
Doehaerd, R., 179.
Don, 132.
Donetz, 132.
Dopsch, H., 181.
Dublín, 150.
Ducellier, A., 182.
Dupraz, L., 184.
Dvina, 148.
Dvornik, F., 186.

Echternach, 124.
Edwin, rey de los anglos, 118, 119.
Egipto, 130.
Elba, 38-40, 47, 55, 93, 125, 132.
Engels, F., 157, 172.
Enodio, 85.
Épiro, 140.
Epte, 152.
Eridano, divinidad, 60.

Ermengarda princesa lombarda, 110.
Escandinavia, 39, 49, 93, 127, 147.
escandinavos, 148, 150.
escitas, 29, 36-38, 68.
Escocia, 13, 63, 64, 148.
escotos, 13, 63.
eslavos, 34, 35, 107, 127, 129, 130-138, 143, 150.
eslovacos, 132.
Eslovaquia, 39, 132, 134.
Eslovenia, 144.
eslovenos, 132, 138.
Esmaragdo, exarca, 94.
Espoleto, 100, 109.
Esteban I, rey de los húngaros, 146.
Esteban II, papa, 108.
Esteban III, papa, 108, 109.
Esteban Dusan, rey de los serbios, 140.
Estilicón, 23, 30, 60, 61, 67.
Estrasburgo; 58.
Ethelberto, rey de los anglos, 115, 117, 118.
Eurico, rey de los visigodos, 70.
Eusebio de Cesarea, 30, 58.
Ewig, E., 181.

Fano, 57.
Farfa, 124, 134.
Fasoli, G., 187.
Félix, obispo de Treviso, 67.
Ferluga, J., 186.
Feroe, islas, 149.
Ferrero, G., 166.
Fichtenau, H., 184.
Fiésole, 61.
Filippo, antipapa, 109.
Firpo, M., 177.
Fliche, A., 184.
Floro, Lucio Anneo, 26.

Focio, patriarca, 137, 139.
Fossier, R., 179.
Fournier, G., 181.
francos, 22, 31, 36, 37, 48, 52, 56-58, 61, 71, 75, 77-81, 108, 110, 111, 117, 124, 125, 173.
francos ripuarios, 63, 70, 74.
francos salios, 63, 70, 71, 74.
Francia, 76, 148.
Franconia, 144.
Francovich, R., 183.
Fraxinetum, 143.
Fredegario, 33.
Frisia, 124, 151.
frisones, 147.
friules, 46.
Fulda, 124.

Gabrieli, F., 187.
Gainas, 24.
Galasso, G., 182, 188.
gálatas, 37.
Galeno, emperador, 23, 56, 57.
Gales, 64.
Galia, 13, 19, 22, 30, 31, 37, 45, 52, 56-58, 62-64, 68, 70-72, 75, 113, 123, 143, 144, 151.
Galicia, 70.
Gallina, M., 183, 185.
galos, 37, 61, 173.
García Moreno, L.A., 180.
Garda, lago, 57.
Garigliano, 142.
Gascuña, golfo, 171.
Gasparri, S., 178, 182.
Geary, P., 181.
Gelichi, S., 183.
Gelimero, rey de los vándalos, 88.
Gelzer, M., 166.

Genserico, rey de los vándalos, 64.
gépidos, 45, 69, 134.
Germania, 37, 52, 55, 58, 64, 170.
Germania inferior, 52.
Germania superior, 52.
Germánico, emperador, 55.
germanos, 29, 34, 37, 38, 65, 113, 132, 143, 147, 168, 170-172.
Giardina, A., 177.
Gibbon, E, 15, 161, 165, 177.
Gibraltar, 64, 70.
Ginebra, 52, 63, 110.
Glicerio, 68.
Godfrey, J., 185.
godos, 31, 34, 36-39, 44, 46, 48, 51, 52, 56-59, 68, 82, 85, 86, 89, 93, 95, 132.
Goffart, W., 82, 179.
Gontrán, rey de los francos, 80.
Graciano, emperador, 59.
Grecia, 57, 60.
Gregorio de Tours, 71.
Gregorio I Magno, papa, 67, 99, 102, 113, 114, 117-119.
Grenoble, 63.
greutungos, 48.
Grimoaldo, rey de los lombardos, 49, 100.
Groenlandia, 150.
Gualdo Tadino, 90.
Guillermo, conde de Provenza, 143.
Guillermo el Conquistador, jefe vikingo, 152.
Guillermo el de la larga espada, jefe normando, 153.
Guillou, A., 182.
Gundebaldo, 67.

Habsburgo, 164.
Haldon, J.F., 185.
Hamburgo, 132.
Haroldo, rey anglosajón, 152.
Hastings, 152.

Hauteville, 153.
Hébridas, islas, 151.
Hengist, personaje mítico, 49.
Heraclio, emperador, 130.
Hermann, G., 186.
herminones, 40.
hérulos, 45, 68, 69.
Híllgarth, J. N., 185.
Hipólito, 27.
Hispania, 19, 52, 56, 72.
Hitler, A., 169, 171.
Honorio, emperador, 61, 62.
Horsa, personaje mítico, 49.
Hübener, W., 181.
Hughes, K., 185.
Humber, rio, 118, 119.
húngaros (magiares), 127-129, 143-146, 158.
Hungría, 44, 143.
hunos, 36, 45, 46, 51, 58, 60, 62, 63, 65-67, 100.
Huysmans, J. K., 163.

Ildeprando, rey de los lombardos, 107.
Iliria, 57, 60, 69.
ingaevones, 140.
Inglaterra, 64, 76, 115-117, 120, 121, 123, 129, 151, 152.
Iona, 123.
Irlanda, 13, 63, 111, 123, 148, 150.
Islandia, 148, 149.
Isonzo, 70.
Isperich (Asparuch), jefe protobúlgaro, 135.
istaevones, 40.
Istria, 109.
Italia, 22, 30, 31, 42, 45, 46, 57, 60-62, 64, 67, 69, 70, 73, 75, 76, 79, 82-85, 87-91, 93, 94, 96, 98-100, 105, 107, 109-111, 115, 116, 123, 124, 129-131, 142, 144, 145, 153, 157, 167, 183.

Jakoby, D., 187.
Jarnut, J., 182.
jázaros, 136.
jazigos, 56.
Jedin, H., 184.
Jerónimo, santo, 27, 31, 61.
Jones, A. H. M., 176.
Jordanes, 33, 49.
Jovino, usurpador, 62.
Juan Crisóstomo, santo, 30.
Juan I, papa, 89.
Juliano, emperador, 30, 58.
Julien, Ch.A., 181.
Justiniano, emperador, 72, 87-91, 101, 113, 129, 157.
Justino, 29.
jutos, 64.
jutungos, 57.

Kent, 114, 115, 117, 118.
Kiev, 140, 150.
Krum, jan de los búlgaros, 136, 137.
Kuvrat, jefe búlgaro, 134.

La Rocca, C., 183.
Lactanzio, 27.
Languedoc, 142.
Lattari, montes, 90.
Leandro, obispo de Sevilla, 114, 121.
Lechfeld, 146.
Leciejewicz, L., 186.
Lemerle, P., 131, 186.
Leon I, papa, 66, 67, 100.
Leon III Isáurico, emperador, 108.
Leonardi, C., 184.
Leovigildo, rey de los visigodos, 120, 121.
Le Patourel, J., 187.
Leutario, jefe franco-alamano, 91.

Liberio, 82.
Liguria, 143.
Limerick, 150.
Lindisfarne, 123.
Liutprando, rey de los lombardos, 103, 105-107, 109.
Loira, 70.
Lombardía, 57, 84.
lombardos, 34, 39, 44-46, 49, 51, 53, 58, 67, 74, 76, 91, 93-107, 109-111, 116, 124, 130, 152, 157, 167.
Londres, 119.
Lorena, 144.
Lot, F., 175.
Lotario I, emperador, 142.
Lucrecio Caro, Tito, 26.
Luni, 148.
Luxeuil, 124.
Lyon, 70.

Macedonia, 57, 133, 140.
macedonios, 132.
Macek, J., 186.
Magencio, emperador, 71.
Magiares, 143.
Maguncia, 70.
Man, isla, 151.
Mancha, La, 49, 62, 64.
Manno, personaje mítico, 40.
Mantzikert, 130.
Marazzi, F., 179.
Mar Caspio, 59, 134, 148.
Mar del Norte, 129, 148.
Mar Negro, 14, 38, 44, 48, 136, 148.
Marcas, 84, 100.
Marciano, emperador, 165.
Marco Aurelio, emperador, 20, 22, 55.
marcomanos, 39, 56.
Mario, Cayo, 55.

Markus, R., 185.
Marrou, H. L, 176.
Marsica, 145.
Martín, V., 184.
Martín de Tours, santo, 113.
Marx, K., 167.
Matthew, D. J. A., 187, 188.
Maximino el Tracio, emperador, 22, 56.
Mayr Harting, H., 185.
Mazzarino S., 164, 176, 177, 188.
McCormick, M., 180.
Mediterráneo, 14, 127, 148.
Melfi, 153.
Melucco Vaccaro, A., 183.
Menestó E., 183.
Meno, 44, 52.
Mercia, 119.
Meroveo, rey mítico de los francos, 71.
Merovingios, dinastía, 71. 78, 81, 108, 118, 124.
Merta, B., 178.
Mesia, 56, 57, 135.
Mesia superior, 57.
Mesia inferior, 69.
Mesina, 61.
Mesopotamia, 56, 130.
Metodio, santo, 138.
Metz, 65.
Miguel I Rangabé, emperador, 137.
Miguel III, emperador, 138.
Milán, 17, 30, 57, 66, 102, 118.
Mincio, 66.
Moirey, 66.
Moldavia, 39.
Momigliano, A., 177.
Moncenisio, 110, 145.
Monginevro, 145.
mongoles, 146.

Montecasino, 124, 142.
Monza, 101.
Moorhead, J., 180.
Moravia, 39, 42, 134, 138, 144.
Moro, P., 179.
Musset, L., 175, 187.
Mussolini, B., 170.

Naiso, 57.
Nápoles, 84.
Narbonense, 62.
Narsés, 90.
Nazario, 58.
Nepi, 109.
Nepote, emperador, 68.
Nertho, divinidad, 47.
Neustria, 79, 80, 151.
Nibelungos, 33.
Nicea, concilio, 58.
Nicéforo I, emperador, 136.
Nicolás I, papa, 139.
Nicomedia, 117.
Noé, personaje bíblico, 48.
Nola, 61.
Nonantola, 124, 144.
Nórica, 69.
Normandía, 129, 151, 152.
normandos, 129, 142, 147-151.
Northumbria, 118, 120.
Noruega, 148, 149, 151.
noruegos, 150, 151.
Novae, 69.
-Novgorod, 150.
Noyé, G., 183.

Obolensky, D., 139, 186.
Oder, 132,

Odín, divinidad, 51.
Odoacro, rey de los hérulos, rugios y turingios, 23, 68-70, 75, 82, 83, 85, 86.
Olibrio, emperador, 67.
Omurtag, jan de los búlgaros, 137.
onoguros, 136.
Orcadas, islas, 149.
Orestes, 68.
Orlandis, J., 180.
Orleáns, 65.
Ortalli, G., 182, 187.
Ortega y Gasset, J., 166.
Osimo, 84.
ostrogodos, 48, 69, 72, 75, 76, 79, 80-86, 88-90, 95, 111.
Ostrogorsky, G., 182, 183, 185.
Oswin, rey de los anglos, 120.
Otón I, emperador, 146.

Pablo I, papa, 108, 109.
Pablo Diácono, 33, 66, 67, 95.
Palestina, 14, 130.
Panonia, 42, 45, 46, 57, 62, 65, 67, 93, 127, 128, 132, 136, 138, 143.
París, 65, 151.
Parma, 84.
partos, 13, 20.
Pater, W., 164.
Patricio, santo, 123.
Pavía, 57, 66, 100, 101, 103, 110, 145.
Peada, rey de los anglos, 120.
pechenegos, 146.
Peloponeso, 133.
Penda, rey de los anglos, 119, 120.
Península Balcánica, 56, 128, 130, 131, 133, 134, 140.
Península Escandinava, 147.
Península Ibérica, 13, 21, 62, 64, 72, 75, 76, 122, 127, 142-144, 158.

Península de Istria, 107.
Península Italiana, 94, 107.
Pentápolis, 100.
Pepe, G., 167.
Peredeo, duque lombardo, 107.
Perrin, O., 181.
persas, 56, 58, 94, 130, 134.
Persia, 14, 130.
Pertarido, rey de los lombardos, 104.
Pescara, 84.
Petronio, Cayo, 26.
Petronio Maximo, emperador, 67.
Piacenza, 57, 67.
Piccolomini, E. S., 169.
pictos, 13, 63.
Piemonte, 143.
Pietro, zar de los búlgaros, 140.
Piganiol, A., 161, 162, 167, 176.
Pipínidas, dinastía, 81, 110, 114, 116, 123, 126, 157.
Pipino de Héristal, 81, 108.
Pipino el Breve, rey de los francos, 81, 108, 109.
Pirenne, H., 129, 187.
Pirineos, 62, 70, 71.
Pisa, 148.
Po, 60, 66, 90, 144.
Pohl, W., 178, 179, 186, 188.
Poitiers, 71, 108, 142.
polacos, 132, 138.
Polibio, 173.
Pollenzo, 60.
Polonia, 42, 52.
Pompeyo Trogo, 29.
Ponthion, 108.
Ponto, 14.
Porfirio, 58.
Porfirogenetas, 140.
Portugal, 72.

Póstumo, 57.
Prilep, 141.
Pripet, 132.
Prisco, 45.
Probo, emperador, 57.
Procopio de Cesarea, 46, 95.
protobúlgaros, 135, 136.
Provenza, 70, 71, 142, 143.
Prudencio, 163.
Puech, H.Ch., 178.
Puente Milvio, 71.

Quintiliano, Marco Fabio, 26.
Quintilio Varo, 55.

Radagaiso, jefe godo, 61.
Rainulfo Drengot, jefe normando, 153.
Ravegnani, G., 182.
Rávena, 30, 61, 66, 70, 84, 90, 94, 101, 107.
Recaredo, rey de los visigodos, 77, 114, 118, 120, 121.
Recia, 56, 57, 69.
Reggio Emilia, 84.
Reichenau, 124.
Reims, 65.
Reinhart, W., 180.
Remigio, obispo de Reims, 77, 114.
Riché, P., 175.
Ricimero, 23, 67, 68.
Rímini, 84.
Rin, 14, 37-40, 43, 44, 51, 55-57, 62, 63, 65, 66, 70, 71, 111, 125.
Roberto Guiscardo, jefe normando, 153.
Roger I, jefe normando, 153.
Roger II, rey de Sicilia, 153.
Rollón, jefe vikingo, 151, 152.
Roma, 14, 17, 20, 23, 26, 30, 31, 37, 41, 43, 44, 56-58, 60-63, 65-67, 75, 79 84, 90, 99-101, 107, 108, 119, 120, 122, 139, 142, 145, 157, 159, 161, 163, 164, 167, 169.

basílica de San Pablo, 142.
basílica de San Pedro, 142.
Romaña, 84, 100.
Romano Lecapeno, emperador, 139, 140.
Romano, R., 180.
Rómulo Augústulo, emperador, 68.
Rosen, K., 188.
Rostovzeff, M., 161, 166, 177.
Rotario, rey de los lombardos, 100, 102, 103, 106.
Roth, J., 165.
Rouche, M., 179.
Rufino, 60.
rugios, 69.
Runciman, S., 186.
Rusia, 59, 127.
rusos, 132, 141.
rusos blancos, 132.
Rutilio Namaciano, 31, 163.

Saberto, rey de los anglos, 119.
Sáhara, 14.
Saint-Tropez, 143.
Saitta, B., 180.
Salviano de Marsella, 31.
Samo, jefe franco/eslavo, 134.
Samuel, zar de los búlgaros, 139, 141.
San Gallo, 142.
San Pietro della Novalesa, 142.
San Vincenzo al Volturno, 124, 134.
Saona, 80.
Sapaudia, 63, 70.
sármatas, 44, 45, 58, 132.
sarracenos, 129, 141-143.
sajones, 56, 64, 125,
Sajonia, 125, 144, 151.
sasánidas, 14, 20, 130.
Scadanan, 49

Scerrato, U., 187.
Schiavone, A., 126, 177.
Schieffer, Th., 185.
Schmidt, L., 181.
Schwarcz, A., 177.
Secondo de Non, obispo, 101.
Sedica, 117.
Seeck, O, 161, 166.
Segismundo, rey de los burgundios, 114.
Sena, 151, 152.
Sènac, Ph., 187.
Séneca el Viejo, Lucio Anneo, 26.
senones, 57.
Sens, 166.
serbios, 132, 134, 138.
Sergio, papa, 121.
Septimio Severo, emperador, 21.
Settia, A., 187, 188.
Severino Boecio, 89.
Severo Alejandro, emperador, 16, 20, 56.
Severos, dinastia, 14, 56.
Sevilla, 64, 121.
Shetland, islas, 148, 149.
Siagrio, comandante militar, 70, 71.
sicambrios, 36.
Sicilia, 61, 67, 69, 90, 127, 128, 142, 153, 158.
Sidonio Apolinar, 163.
Sigeberto I, rey de los francos, 80.
Silva Piri, paso alpino, 69.
Símaco, Quinto Aurelio, 31, 89.
Simeón, zar de los búlgaros, 139, 140.
Siria, 14, 56, 130.
Sistov, 69.
Soissons, 70.
Somme, 70.
sorabos, 132.
Spengler, O., 8, 166, 176.

Stalin (J.V. Dzugagvili), 167.
Stein, E., 176.
Stenton, F.M., 181.
Stratos, A. N., 185.
Suabia, 144.
Suecia, 49, 151.
suecos, 148.
suevos, 62, 63, 70, 72, 76.
Suiza, 70, 143.
Sulpicio Severo, 31, 113.
Sutri, 109.
Swierkosz-Lenart, S.W., 186.

Tabacco, G., 179, 182.
Tachios, A.E.N., 186.
Tácito, Cornelio, 26, 29, 32, 36, 38, 47, 50, 170, 171, 172, 173.
Tánger, 65.
Taormina, 142.
Taranto, 142.
Tasilón, duque de Baviera, 126.
Teillet, S., 180.
Teodato, rey de los ostrogodos, 89, 90.
Teodoberto, rey de los francos, 80.
Teodolinda, reina de los lombardos, 101, 113.
Teodorico, rey de los ostrogodos, 33, 48, 69, 70, 76, 82, 83-87, 89, 95.
Teodorico I, rey de los francos, 79.
Teodorico II, rey de los francos, 80.
Teodorico III, rey de los francos, 81.
Teodorico I, rey de los visigodos, 66.
Teodorico II, rey de los visigodos, 70.
Teodoro, obispo de Tarso, 120.
Teodosio, emperador, 18, 22, 27, 60, 113.
tervingos, 48.
Tesalia, 133, 140.
Tesalonica, 18, 133, 138.
teutones, 55.

Teyas, rey de los ostrogodos, 90.
Thompson, E.A., 178, 180.
Tiberio, emperador, 55.
Todd, M., 178.
Tolbac, 71.
Toledo, 72, 122.
concilio, 120, 121.
Tolosa, 62.
Tomislao, rey de los croatas, 140.
Toscana, 100.
Totila, rey de los ostrogodos, 46, 90, 91.
Tracia, 14, 57, 60, 133, 137.
tracios, 132, 135, 136, 138.
Tramontana, S., 188.
Tranfaglia, N., 177.
Transilvania, 39.
Treveris, 17.
Treviso, 67.
Trieste, 132.
Trípoli, 64.
troyanos, 48.
Troyes, 65, 66.
Tuistón, divinidad, 40.
turcos selyúcidas, 130, 143.
Turingia, 124, 126, 144.
turingios, 52, 69, 71, 115, 124.

Ucrania, 143.
ucranianos, 132.
Ulfila, obispo, 33, 38, 58.
Umbria, 84, 90.
Unión Soviética, 168.
utiguros, 136.

Valaquia, 39.
Valia, rey de los visigodos, 63.
Valente, emperador, 59, 60, 137.

Valentinianos, dinastía, 30.
Valentiniano III, emperador, 63, 66, 67.
Valeria, vía, 84.
Valeriano, emperador, 56.
Valle del Susa, 110.
vándalos, 7, 31, 45, 53, 57, 58, 62, 64, 65, 67-69, 72, 75, 76, 85, 88, 91.
vándalos hasdingos, 62, 63.
vándalos silingos, 62, 63.
varegos, 150.
vascones (vascos), 72.
Venetia, 91, 99, 100, 109.
Véneto, 144.
Verlaine, P., 163.
Verona, 60, 70.
Vicenza, 107.
Vico, G., 169.
Víctor Vitense, 31, 65.
vikingos, 151.
Vinland, 150.
visigodos, 48, 62-64, 66, 71, 72, 74-76, 87, 88, 116, 118, 120.
Vístula, 37, 42, 51, 132.
Vitaliano, papa, 120.
Vitiges, rey de los ostrogodos, 90.
Vivanti, C., 180.
Vladimir, príncipe de Kiev, 140.
Vlasto, A.P., 186.
Vodoff, V., 186.
Volga, 143, 148.
Vouillé; 48, 71, 87.

Wallace-Hadrill, J.M., 180, 181.
Wenskus, R., 35, 178.
Weser, 38.
Wessex, 151.
Wickham, C., 179.

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

CAPÍTULO PRIMERO. ROMA Y LOS BÁRBAROS EN VÍSPERAS DE LAS GRANDES MIGRACIONES 13
El Bajo Imperio Romano 13
Las transformaciones de la romanidad tardía 13
El ejército y los bárbaros 21
El sentimiento del final y la percepción romana de los bárbaros 25
Los bárbaros 32
La galaxia bárbara 32
Las tribus germánicas 37
Los bárbaros y la romanidad 41
Los nómadas de las estepas 44
Las estirpes en la época de las grandes migraciones. 47

CAPÍTULO II. LAS GRANDES MIGRACIONES Y EL NACIMIENTO DE LOS REINOS DE OCCIDENTE 55
Los bárbaros contra el Imperio 55
Las incursiones de los siglos III y IV 55
Las migraciones del siglo V 59
El fin del Imperio de Occidente 68
Los nuevos reinos 72
Los reinos «romano-barbáricos» 72

A partir de los siglos IV y V, los inmensos espacios situados entre Asia y Europa fueron escenario de un vasto proceso de desplazamientos en cadena protagonizados por poblaciones heterogéneas. Aquel largo peregrinar, coincidente con el colapso del Imperio romano de Occidente, se conoce como la época de las grandes migraciones de los pueblos, o, como se suele decir al adoptar el punto de vista romano, de las invasiones bárbaras , y ha ejercido desde siempre una influencia altamente sugestiva que en la actualidad es objeto de una atención historiográfica muy particular. El trabajo de Azzara analiza las compleja serie de sucesos que llevarían a la sustitución del Imperio de Occidente por una pluralidad de reinos bárbaros tan heterogéneos como de desigual perduración, incluyendo los fenómenos migratorios que afectarían al espacio europeo en los siglos X y XI. Su exposición no se detiene simplemente en las cuestiones particulares, sino que está atenta a indicar posibles líneas de desarrollo de la investigación histórica acerca de cuestiones que subyacen en las raíces mismas de nuestra civilización.



14

DIVULGATIVA COLLECTANEA LIMITANEA

DIRECTOR: MANUEL GONZÁLEZ DE MOLINA

Universidad de Granada

CLAUDIO AZZARA (Venecia, 1964) es profesor de Historia Medieval en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Salerno. Colaborador de la *Rivista di storia della Chiesa in Italia* y miembro de la *Association pour l=Antiquité Tardive*, sus principales ámbitos de investigación se refieren a la historia político-institucional de la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media. Entre sus publicaciones destacan *Venetiae* (1994), *L=ideologia del potere regio nel papato altomedievale* (1997) y *L=Italia dei barbari* (2002).



ISBN 84-338-3124-0





